SEÑORA

SINUÉS

DE MARCO.

—

EL ÁNGEL

DEL HOGAR

—

III.

1862.

L47
2295

n.º 3388 Fondo 23/63

EL ÁNGEL DEL HOGAR.

ESTUDIOS MORALES ACÉRCA DE LA MUJER

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

B. 119 Dep. 1842

TERCERA EDICION.

TOMO III.

PRECIO:

OCHO REALES.

ADMINISTRACION:
CALLE DE TRUJILLOS, NÚM. 3, CUARTO SEGUNDO.
MADRID.

3595

L47-2295

31-7. bis.

BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA.

V.

3595

BIBLIOTECA NOVAE A. UNIVERSITÄT

EL ÁNGEL
DEL HOGAR.

ESTUDIOS MORALES ACÉRCA DE LA MUJER

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

TERCERA EDICION.

TOMO III.

ADMINISTRACION:
CALLE DE TRUJILLOS, NÚM. 3, CUARTO SEGUNDO.
MADRID.

En propiedad de la autora.—Queda hecho el depósito que previene la ley.

MADRID.—1862.
IMPRENTA ESPAÑOLA, TORIJA 14.

CAPÍTULO PRIMERO.

La resignacion.

I.

La impaciencia es un defecto de carácter, que puede tener una influencia fatal y directa en la felicidad de la mujer, y que es preciso, por lo tanto, que la educacion modifique y estinga, si es posible: es un defecto muy comun. Tanto, que las mujeres mas virtuosas y ejemplares no se aperciben de que lo sea, y se dejan llevar de él, casi sin conocerlo: es uno de los defectos que mas daño causan en la vida doméstica, por la misma razon de que, pasando desapercibido, á veces basta por sí solo á destruir un edificio, al parecer muy sólido, de felicidad y bienestar.

A la primera persona, que toca reprimir y

moderar el carácter impaciente de una niña, es á su madre, puesto que aquel se desarrolla desde la edad mas tierna. Apenas la niña conoce á su madre, ya se impacienta si no la toma en sus brazos en el momento que la vé. Luego, si tiene mala educacion, si la miman, su vida no es otra cosa que una impaciencia contínua.

Se impacienta si no le compran, cuando sale de casa, cuantos juguetes y dulces encuentra al paso. Mas tarde, se impacienta si no le permiten que lleve á paseo á su muñeca, ó si no le ponen el trage que prefiere. Así que llega á la calle, vuelve á impacientarse si andan despacio. Si van á visitas, no deja sosiego á su madre con sus enojosas impaciencias. La incomoda el gato que la mira: el perro que le lame la mano: la mucha ó poca luz del aposento, y sobre todo, la quietud que se vé obligada á guardar.

Se me dirá que hay caractéres malos y propensos á la impaciencia, pero que hay otros dulces y sumisos; no obstante, el mas escelente de estos últimos se pervierte con la condescendencia contínua é imprudente de sus padres, así como el que haya nacido mas voluntarioso y desapacible se cambia, con el freno de la educacion, en bueno y amable.

Criaturas hay, á quienes se teme como á un enemigo formidable por sus repetidos caprichos é impaciencias. No há muchos dias que, hallándome yo de visita en casa de una amiga, entró una señora con una hermosa niña, que contaria de cinco á seis años; sobre un velador, colocado

en el centro de la estancia, habia multitud de juguetes de la China, pequeñas estátuas de pórfido de un mérito admirable, y vasos de dibujo antiguo y de un gusto esquisito; la criatura se fué derecha á él y se puso á jugar alineando los preciosos objetos, y llevando parte de ellos á los sillones donde los distribuyó á su antojo.

Todos veíamos cambiar cien veces de color el semblante de su madre, mientras le rogaba suavemente que dejase aquellos objetos en su lugar; pero la niña, indómita de sí y acostumbrada á cumplir siempre su voluntad, no hizo el menor caso de las advertencias maternas, y continuó su diversion con la mayor tranquilidad. De súbito, yo que no perdia de vista el hermoso rostro de la jóven madre, le ví cubrirse de mortal palidez; ella por su parte, no separaba los ojos de su hija, y habia visto caer dos vasos y una pequeña estátua, que representaba á Hebe, antes de que el estruendo nos avisara á los demás de que se habian hecho pedazos.

En efecto, el pavimento de mármol—pues por ser estío estaba sin alfombra—el pavimento despiadado recibió é hizo añicos la estátua de Hebe, y dos vasos incomparables; es decir, destruyó el valor de 1,000 duros. Entonces la pobre madre, arrebatada por la ira y por el pesar, se levantó y dió dos ó tres golpes á la niña ocasionando otro mal, pues esta empezó á llorar de un modo capaz de ensordecer á todos los presentes. Unicamente calló, cuando su madre depuso su enojo, y la tomó en sus brazos llenándola de

caricias, ofreciéndole dulces, y diciéndole que lo que habia hecho *no valia nada*.

Si aquella madre, demasiado débil, hubiera oido el concierto de vituperios que se levantó contra ella apenas hubo salido de la sala, es seguro que hubiera deplorado amargamente la educacion que daba á su hija, y que hubiera procurado mejorarla.

II.

El castigo en público, lejos de correjir á los niños, les exaspera y les hace perder el sentimiento de su propia dignidad, sentimiento el mas precioso de todos, y el que con mas cuidado debe conservarse en la infancia.

La correccion de los defectos de los hijos es una de las tareas mas sagradas, que pesan sobre los padres, y que estos deben cumplir en el retiro de su hogar sin dar jamás intervencion en ella á personas estrañas. Los mas pequeños accidentes de la vida sirven á una madre para corregir la impaciencia y los caprichos de su hija. ¿Para qué ha dado Dios si no, ese lazo, tan hermoso como fuerte, del cariño filial y materno? ¿Para qué, si no para que la madre forme á su hija de modo que un dia pueda bendecirla?

La madre que no corrige la impaciencia de su hija, desde la mas tierna edad de esta, se impone un martirio que cada dia ha de ir creciendo forzosamente; un martirio, que, cuando la niña llegue á ser mujer, se convertirá en un su-

plicio intolerable, pues su misma hija la despreciará, en justo castigo de sus imprudentes condescendencias. Por buena, por dulce que sea una niña, debe acostumbrársela á que vea alguna vez quebrantada su voluntad; este medio de dulcificar la índole es mas eficaz que el castigo; porque el castigo exaspera casi siempre, y la índole exasperada se vuelve amarga. Es necesario hacer comprender á las niñas que solo para el bien deben tener voluntad; y sabiendo que carecen de ella para todo lo demás, y que el mas precioso de sus deberes es la obediencia, no se impacientarán por nada, pues estarán persuadidas de que aquello que les ordenan es lo mejor.

Casi siempre la impaciencia mas peligrosa aparece en la mujer á la edad en que deja de ser niña, y esto por buena, cuidadosa y esmerada que haya sido su educacion; y es que la razon enseña á la jóven que existe la voluntad; que el corazon habla y la mente desea y sueña mil placeres aun no conocidos.

A la edad de quince años, se impacienta una jóven porque no estrena un trage el dia que habia pensado; porque no vá al teatro á causa de la lluvia: porque el calzado le está ancho, ó porque la jaqueca no permite á su mamá llevarla á paseo. Todas estas impaciencias son mas ó menos perniciosas y culpables, segun la índole y la educacion de quien las tiene: si aquella y esta son buenas, la impaciencia se convertirá muy en breve en un pesar dulce y razonado; el corazon de la mujer debe sentir, y ¡ay de aquella que

tiene el suyo indiferente á todo! De esa clase de mujeres sin pasiones, sin tristeza, sin sentimientos, en una palabra, nada bueno puede esperarse.

La que siente las contrariedades, y es contenida por su educacion y su buen carácter, no tarda en hallar la resignacion, que es el antídoto mas precioso contra todas las borrascas de la vida. La resignacion, esa hija del cielo, es tan hermosa, tan dulce, tan benéfica, que en el alma de la criatura mas aflijida, mas despreciada, mas perseguida, derrama la tranquilidad y el bálsamo del consuelo. No hay pena que no dulcifique, ni herida cuyos dolores no aminore.

III.

Mil ejemplos pudiera aducir para probar que la resignacion de una persona perseguida y atormentada ha desarmado á sus perseguidores. Cárlos I, el rey mártir de Inglaterra, Luis XVI, el rey santo de Francia, llegaron al cadalso llevando en pos los remordimientos de sus verdugos. Su perfecta y digna resignacion durante sus largos cautiverios, y en medio de los tormentos y humillaciones sin cuento que les hicieron sufrir, convencieron á sus frenéticos enemigos de que algo de sobrenatural y sublime habia en los hombres que iban á sacrificar.

Cuando cayó la cabeza del heróico Cárlos I, un sollozo inmenso retumbó en Wite-Hall, y acompañó su alma al cielo. El mismo Cromwell

se estremeció hasta lo íntimo de su alma, y llevó la mano á su frente, creyendo hallar en ella la sangre que acababa de hacer verter.

Cuando rodó en la guillotina la cabeza del santo, del benéfico, del dulce Luis XVI, muchos de los espectadores, que desde el Temple habian ido acompañándole hasta el lugar de su martirio, huyeron desalentados como si la sangre régia hubiese cegado sus ojos. Las madres, escondidas en lo mas recóndito de sus hogares, estrecharon á sus hijos contra el pecho, y los esposos de aquellas mujeres, que habian escoltado al rey con picas, sables, chuzos y palos, que le habian llenado de injurias, que le habian escupido al rostro, que le habian negado una capa y un sombrero para guarecer de la lluvia su régia cabeza y sus desfallecidos miembros, aquellos hombres, digo, volvieron á sus casas, pálidos, desalentados, y transidos de piedad y de horror.

Era que habian visto al rey dejarse atar las manos pacientemente, aunque temblando de dolor. Era que se acordaban de que le habian privado hasta de lo último que se concede á todos los moribundos, pues no le habian permitido hablar mas que estas dos palabras que, desbordándose de su corazon, subieron hasta sus lábios:

—¡Muero inocente!

Era que el santo abate Firmont, su confesor, habia gritado dominando todos los murmullos, todas las maldiciones:

—¡Hijo de San Luis! ¡Subid al cielo!!

Y este grito ahogó las maldiciones llevando

el remordimiento y el espanto á todos los corazones.

Luego gritaron:

—¡Viva la república!

Pero este grito, que habia hecho estremecer de júbilo á los pueblos, se apagó sin eco.

«La república, dice Alejandro Dumas (padre), tenia sobre su frente una de las manchas que no se borran jamás. Hubo en París un sentimiento inmenso de estupor, que llegó hasta la desesperacion. Una mujer se arrojó al Sena. Un peluquero se degolló. Un librero se volvió loco. Un antiguo oficial murió de espasmo.» Por la noche se iluminó París, pero sus calles estaban desiertas: únicamente algunas hordas de esos hombres que, como demonios escapados del infierno, aparecen solo en las revoluciones, recorrieron la ciudad, llevando en las puntas de sus picas girones empapados en la sangre del rey y gritando con voz ronca y vinosa:

—¡El tirano ha muerto! ¡Hé aquí la sangre del tirano!

Pero estos ahullidos de hienas fueron contestados únicamente con sollozos varoniles desde el fondo de las casas: con plegarias de mujeres que rezaban ante las imágenes del Crucificado por el alma del santo Luis XVI; de aquel rey, cuyo único amor era su esposa, cuya única amistad era su hermana, cuya única alegría eran sus hijos, cuya única ambicion la felicidad de aquella Francia ingrata que le habia sacrificado.

IV.

La Francia, que deliró de dolor y de arrepentimiento á la muerte de su rey, vió con carcajadas de alegría el cadalso y la muerte de su reina: y es que Luis era todo resignacion y dulzura, y María Antonieta todo impaciencia y altanería. Nada conmovió ni á París ni á las provincias federadas: ni la hermosura de María Antonieta, hermosura de ninfa, hermosura la mas seductora de su tiempo: ni su tez de nácar, ni sus grandes ojos celestes, ni su pura frente, ni el desolador manto de nieve que en la noche de dolor que siguió á su despedida con el rey matizó sus cabellos doaados; nada, en fin, conmovió á aquel pueblo irritado con sus desdenes, ultrajado por su impaciencia, herido por su orgullo. María Antonieta perdió ante el pueblo francés hasta su carácter de madre, y eso que es notorio con cuánto estremo amaba á sus hijos aquella reina sin ventura.

El orgullo, la altanería de María Antonieta perdieron á su esposo: y los franceses que, cegados por la revolucion, no lo conocieron, abrieron los ojos á la luz despues de haber sacrificado al inocente Luis XVI, y revolvieron todo su furor contra su viuda, acusándola de la muerte de su monarca.

—¡Muera la austriaca! gritaron furiosos, al verla llegar al cadalso que le habian destinado. ¡Ella es nuestra enemiga mortal y verdadera! ¡Ella separó al rey de su pueblo! ¡Ella le hizo

huir de entre nosotros! ¡Ella nos obligó á traerle preso, pues nos irritó con sus palabras iracundas! ¡Ella mató á su esposo y nuestro rey! ¡Muera, muera!

Y María Antonieta murió, mártir tambien, pero sin ser compadecida mas que por sus hijos y por la princesa Isabel, la hermana santa del santo rey.

Si aquella mujer hubiese opuesto la resignacion y las dulces lágrimas de súplica, á los primeros rugidos de la revolucion; si en vez de castigar como reina, se hubiese presentado rogando como esposa y como madre, quizá hubiera salvado la monarquía. En vez de usar de la resignacion con su pueblo, opuso la seduccion con los representantes de la Asamblea Constituyente: víctimas de la pasion que supo inspirarles, fueron el gran Mirabeau, el génio inmortal que asombró á la Francia: el austero y apasionado Barnave, hombre intachable y gran orador: el noble y hermoso conde de Charny, cuyos hermanos Jorge é Isidoro murieron, como él, defendiendo á la reina, y otros muchos que seria prolijo enumerar.

El mayor atractivo de la mujer no es la hermosura, ni el talento, ni la opulenta cuna: uno de sus mas poderosos encantos, una de sus mas bellas cualidades, su mas irresistible dominio, consiste en la dulzura y la resignacion.

V.

Jóvenes esposas, hijas de familia, madres res-

petables, mujeres todas que sabeis sentir, á vosotras me dirijo, y para vosotras escribo, porque ya os he dicho otras veces que vuestra felicidad me interesa mucho.

La resignacion es una de las santas coqueterías de la mujer. No es la falta de sentimiento: es el sentimiento mismo, domado, suavizado, embellecido, por decirlo asi, con la dulzura y la paciencia.

Toda la mujer religiosa es resignada, porque la resignacion se encierra en estas palabras: *Dios lo quiere.*

Las mas insufribles desgracias, los mas terribles golpes de la fatalidad, se hacen llevaderos con este pensamiento lleno de suavidad, con esta consoladora reflexion Acordaos vosotras, cuya vivaz imaginacion sufre con las contrariedades, acordaos de que Dios no puede ordenar nada que no sea para nuestro bien, pues su amor ni puede engañarse ni engañarnos.

Acordaos tambien de que la impaciencia roba tados los atractivos de vuestro rostro, y empaña todas las bellas cualidades de vuestro carácter. Cuando esteis impacientes, si sois hijas, provocareis el enojo de vuestros padres. Si sois esposas, hastiareis á vuestros esposos que huirán de vuestro lado por no soportar vuestro mal humor. Si sois madres, asustareis á vuestros hijos, los cuales, por otro lado, se creerán autorizados para imitar vuestros raptos de impaciencia, pues es sabido lo mucho que influye el ejemplo en la infancia y en la juventud. Y de todos modos, cual-

quiera que sea vuestro estado ó vuestra posicion, perdereis el prestigio mas poderoso de vuestro sexo, que consiste en la bondad y la dulzura.

No me cansaré de repetirlo: la mujer debe dominar por la dulzura y la persuasion. La debilidad hace ridícula la ira y hasta la impaciencia: y cada sexo tiene sus atributos señalados por el mismo Dios.

Dejemos al hombre la fuerza, la resistencia y el dominio. Nuestro imperio es mas suave y mas ligero, pues consiste en la dulzura, en la resignacion y en la conformidad. Ondee la mujer el blanco estandarte de la paz, y bajo él irán á cobijarse la alegría, el amor y los dulces afectos de la familia.

CAPITULO SEGUNDO.

La bondad y la amabilidad.

I.

La bondad se confunde muchas veces con la amabilidad, á pesar de que son dos prendas esencialmente distintas, aunque igualmente recomendables: ambas son necesarias en la vida: empero la bondad lleva no pocas ventajas á la amabilidad: la bondad emana del corazon, y tiene el privilegio, no solo de hacer dichosos á todos los seres á quienes amamos, sino de contribuir á nuestra propia felicidad: la persona, que está dotada de verdadera bondad, sufre poco, porque es indulgente. Sin que se fatigue en buscarlas, halla escusas para casi todos los defectos de los seres que la rodean: y es indudable que hay mucha mas dulzura en perdonar que en acu-

sar, porque la persona que se cree ofendida, tiene amargado el corazon, y ya padece solo por esta causa.

Sin embargo, la bondad tiene ciertos límites, porque, si no, degenera en *debilidad*, cosa fatal siempre, y sobre todo en ciertas circunstancias de la vida. Un padre, una madre, pueden y deben ser bondadosos, pero jamás débiles: porque su debilidad no solo les hará descender de su sagrado lugar, sino que labrará la desdicha de sus hijos.

Como ya os dije en otro lugar de este libro, lectoras mias, os presentaré ejemplos verdaderos, siempre que me sea posible, en vez de haceros áridas reflexiones: pues todo cuanto se acerca á lo natural, todo lo que es sencillo, conmueve y persuade mas que los argumentos mas pomposos. Además, yo escribo mi *Angel del hogar* para la mujer en general: y aunque vuestro ilustrado entendimiento comprenda todo cuanto yo os diga, sea en los términos que quiera, tal vez este libro caiga en manos de otras personas, que por su poco desarrollada inteligencia ó su escasa instruccion, necesiten, para distinguir el bien, verle representado en imágenes vivas.

Las que hayais leido la sublime obra de Richardson que lleva por título *Clara Harlowe*, no teneis mas que estudiar el carácter de la heroina para conocer la mas verdadera, la mas bella imágen de la bondad. No obstante, como esta novela está reputada en general como sobradamente difusa y poco entretenida, habrá muchas

de vosotras que no hayan tenido ánimo para leerla, y quiero trazar con breves rasgos el carácter de la incomparable Clara.

La hija de Sir Jaime Harlowe, opulento señor inglés, aunque no de nobleza muy antigua, era á los diez y siete años el modelo mas perfecto de su sexo. Dulce como un ángel, casta y poéticamente bella, su belleza y su dulzura estaban, no obstante, llenas de fuego y de espresion, lo que prueba que su bondad emanaba de la escelencia de su corazon, y no de las cualidades negativas de su carácter: porque se ven en el mundo muchas personas que pasan por bondadosas porque son impasibles; porque su cabeza está vacia ó su corazon helado, ó porque sus cortos alcances les impiden todo raciocinio, y las libran de toda pena en el presente, de todo temor para el porvenir.

Clara Harlowe era una criatura de esas que aparecen pocas veces en la tierra, ó que la cruzan con paso tan breve y tan ligero que no dejan la mas leve huella de él. Unia al mas claro y distinguido talento, la mas rara bondad y la dulzura mas esquisita, á la mayor sensibilidad, la mas angélica resignacion, y su carácter presentaba esa estraña mezcla de suavidad y de energía que en tan pocas mujeres se vé, y que es, sin embargo, el bello ideal de nuestro sexo.

Pero la desdichada jóven tenia un padre duro y rigorista, una madre débil y de pocos alcances, una hermana maligna y envidiosa y un hermano despótico, vulgar y grosero. Clara era un

blanco lirio que habia brotado en medio de un enorme zarzal, este creció y sus ásperas ramas y su maleza, erizada de espinas, ahogaron á la pobre flor y le dieron un doloroso martirio, cuyo término fué el sepulcro.

Para colmo del infortunio de Clara, se enamora de ella un libertino sin corazon, y al mismo tiempo sus padres se empeñan en casarla, por instigaciones de sus hermanos, con otro ente tan despreciable como despreciado por todos, á pesar de sus grandes riquezas.

La paciencia, la dulzura de Clara, durante la desesperada lucha que sostiene con toda su familia, son admirables. Su bondad disculpa siempre á sus padres y á sus hermanos; pero con una firmeza no menos asombrosa se resiste á dar hasta la menor esperanza á su odioso pretendiente; en fin, *Lovelace*, el amante libertino, se vale de una estratagema, ayudado de un criado que tiene á su devocion en el palacio de los Harlowes, y roba á Clara de su casa.

La desdichada es conducida á Lóndres, donde, creyendo que va á vivir con una señora viuda que tiene dos sobrinas, es condenada á pasar sus dias entre gente que ha perdido enteramente su reputacion. Los ultrajes de su indigno amante, y por último el conocimiento de lo que son aquellas mujeres, le obligan á huir de aquella casa; pero es arrestada por supuestas deudas y conducida á una prision.

Ni aun entónces se abate su dignidad, ni se altera su dulzura. Cúlpase á sí misma de cuanto

padece, y su bondad le obliga á disculpar constantemente á sus padres y á sus hermanos, á pesar de ser ellos la causa de sus infortunios.

Cuando un amigo del perverso Lovelace, que no obstante su depravacion se duele de la desgracia y de la hermosura de Clara, la saca de la prision, la hija de Sir Jaime Harlowe está ya herida de muerte. Tantas penas, tantas angustias, tan malos tratamientos habia sufrido, que una fiebre lenta la consumia, y una estrema languidez acababa con su vida: entonces fué conducida á casa de un honrado comerciante, cuya jóven esposa, cariñosa y benéfica criatura, la habia acogido al huir de la fatal casa á donde la habia conducido Lovelace; pero ya no habia remedio para la pobre Clara, que se agostaba como una flor sin sol y sin rocío. Contínuamente leia una carta de su cruel hermana, en la cual le repetia palabra por palabra la terrible maldicion que su padre le habia lanzado al saber su huida con Lovelace; y aquella maldicion perseguia siempre á la desdichada jóven, robándole el sosiego de sus dias, y el sueño de sus noches.

Vió, por fin, llegar la muerte sin susto. Desde su entrada en la prision habíase negado constantemente á ver á su indigno amante, á pesar de todos los medios que este buscó para que le recibiese. Preparóse á morir, esperando de Dios que su largo martirio podria servir de expiacion á la falta de haber abandonado la casa de sus padres, y entró en la agonía con la dulce paz del justo.

Lo que prueba la rara bondad de Clara, es que jamás acusó á sus padres por la violencia que querian egercer al tratar de casarla con un hombre á quien aborrecia, no obstante que este inhumano empeño fué la causa de su huida. Lo que manifiesta su firmeza, es que en ninguna de las muchas cartas que les dirigió implorando su perdon, y la revocacion del terrible anatema que lanzaron contra ella, se confesó culpable por haber rehusado aquella union; pues sabia que, al hacerlo, usaba de su derecho.

Es muy notable la siguiente circunstancia de la vida, ó mejor dicho, de la muerte de Clara. En los últimos dias que estuvo en el mundo, ocupó su tiempo en preparar su ataud, eligiendo ella misma en la Biblia las inscripciones que habia de llevar en la tapa, y haciéndole colocar á los pies de su lecho cuando estuvo concluido. Este rasgo de la fortaleza de su alma es mas elocuente que cuanto yo pudiera deciros para elogiarlo.

La pobre Clara muere al fin, sin haber conseguido ver á nadie de su familia, escepto á su primo el coronel Morden, que llega para asistir á su agonía y acompaña su cuerpo al palacio de Harlowe.

En la historia de Clara, figura otra jóven amiga suya, Miss Ana Howe, bella tambien y virtuosa: pero Richardson, sin duda para hacer resaltar mas el sublime tipo de Clara, ha hecho de Ana su contraste, dotándola de un carácter vivaz y atrevido. Efectivamente, el contraste no pue-

de ser mas perfecto: pero, á pesar de las brillantes dotes del carácter de Ana, cuya base es la generosidad, el interés del lector es todo para Clara, lo que demuestra que la virtud preferente en la mujer, su mas irresistible atractivo son la bondad y la dulzura.

II.

Una mujer bondadosa, con un talento muy mediano, tendrá siempre mas simpatías en la sociedad que otra de genial áspero, aunque su inteligencia sea muy brillante y privilegiada.

Aun asentaré otra verdad. La mujer de talento y de gran penetracion es mirada en la sociedad con prevencion ó con envidia; y tiene que hacerse perdonar el *grave pecado* de poseer dotes intelectuales no comunes á fuerza de bondad, ó de amabilidad al menos; porque la amabilidad es la bondad aparente. Una mujer amable recibe siempre sonriendo á sus amigos, se domina para no manifestarse jamás iracunda, y pone todo su conato en parecer agradable y graciosa en cualquier tiempo y lugar.

Puede decirse que la amabilidad es una parte integrante de la coquetería, una belleza del carácter. La bondad es una prenda del corazon.

¡Feliz la mujer que posea ambas cualidades, pues ella será amada de cuantos la traten! Pero de tener la una ó la otra solamente, vale mil veces mas que posea la bondad sincera que la amabilidad cortés. Porque la bondad únicamen-

te la posee la mujer *buena*; de la amabilidad se sirven muchas perversas criaturas para encubrir graves defectos.

Yo conozco á una mujer, que es bastante antipática á primera vista; pero cuya seductora amabilidad le conquista el corazon de las personas que empiezan á tratarla.

Esta mujer reune en su carácter todos los defectos mas odiosos, y en su corazon los mas infames instintos; pero su amabilidad y dulce cortesía no se alteran por nada, y recibe con la mas encantadora sonrisa hasta á su mayor enemigo. Sin embargo, quien la trata con alguna intimidad ve, al fin, que es helada, egoista, y que hace de su amabilidad una especulacion, y por consiguiente, abandona su trato poco á poco, ó le sostiene solo de una manera superficial.

Estas mujeres se dejan ver pocas veces sin máscara, porque evitan todo trato frecuente, á fin de no descubrir su carácter, y de conservar el prestigio que han adquirido en sociedad. La mujer bondadosa, por el contrario, gana con ser tratada: y en gracia de las escelentes cualidades de su corazon, se le perdonan mil leves defectos, é inspira una simpatía viva y duradera.

III.

Mujeres hay tambien, y por fortuna no son muy escasas, en quienes la amabilidad de su trato y la dulzura de sus modales son consecuencias de la bondad de su carácter y de su corazon.

¡Cuán encantadoras son esas mujeres! Sea cualquiera su edad, todos las buscan y las aman. Ni la vejez misma es bastante á destruir el poderoso encanto de su bondad; lejos de eso, ella es la única coquetería que sienta bien á las canas.

En ninguna parte, como en Madrid, se halla ese tipo tan encantador; por eso sus mujeres están reputadas como irresistibles. Muchas veces se vé en un palco del Teatro Real á una señora de cabellos plateados y vestida con una elegancia que parece estremada é impropia de su edad á primera vista: pero fijad durante algun tiempo vuestra atencion en aquella mujer, y poco á poco ireis olvidando que es anciana, y la gracia de sus modales, esquisitamente distinguidos, la benevolencia de su sonrisa, la dulzura de su fisonomía, os cautivarán con una fuerza invencible: y es que aquella dama lleva impreso el carácter de la verdadera bondad, ó que, á lo ménos, ha hecho tan perfecto estudio del modo de aparentarla, que nadie puede dudar de la que respira su fisonomía, sus modales, su porte todo.

Esa dama dará bailes probablemente, porque la ancianidad, que une la bondad á la amabilidad, gusta de rodearse de juventud, de alegría y de flores: y si una noche de sarao os fuera posible penetrar en sus deliciosos salones, no podríais dejar de profesarle, al salir, la mas viva simpatía, al ver el esmero con que procura complacer á todos, su indulgencia para los jóvenes, su tacto para toda clase de personas.

Por eso esas mujeres tienen su córte, y se

ven rodeadas de afectos mas sinceros que la juventud misma: porque los afectos mas durables son aquellos en los cuales entran por poco las ilusiones y que están basados en las prendas del alma y en la escelencia de un carácter bueno é indulgente.

Aparte de la clase elevada y aristócrata, en la cual la bondad y amabilidad de la mujer tienen tantas ocasiones de brillar, toda mujer buena y amable halla en su vida, por oscura que sea, medios de hacerse querida por estas admirables prendas en el círculo de sus amigos, y, sobre todo, en el centro de su hogar, que es donde mas se deben apreciar las afecciones, donde estas son mas sinceras y durables.

Pero de la bondad escesiva á la debilidad, y hasta á la bajeza, la pendiente es tan resbaladiza, que la mujer puede bajarla, sin sentirlo; y nada ¡ay! nada trae tantos dolores, como una imprudente debilidad.

Entre los infinitos privilegios del hombre, se cuenta el de poder ostentar esa bondad fuerte, que es la mas bella, la que mas atractivos egerce. Un hombre, que reune á un valor á toda prueba, una dulce é indulgente bondad, es la obra mas admirable de Dios, porque ha unido en una misma naturaleza la prenda mas heróica del sexo fuerte, con la mas dulce del sexo débil.

La mujer debe ser bondadosa con dignidad. Solo así puede considerársela como la obra mas hermosa de la creacion, porque reune á lo ma-

gestuoso de la virtud, lo suave y dulcísimo de la indulgencia.

Enriqueta de Inglaterra, hija del desventurado Cárlos I, de quien os hablé en mi capítulo anterior, hermana de Cárlos II, el monarca ingrato y voluptuoso, á quien nunca pudo amar el severo pueblo inglés, y esposa del duque de Orleans, era la mujer mas amable de su tiempo, *la mas adorable, la mas adorada*, como dice Bossuet.

Sin embargo, Enriqueta, lejos de ser bondadosa, dió pruebas inequívocas de una gran perversidad de corazon. Sus amores con el rey Luis XIV, su cuñado, fueron, no el escándalo de la Francia, porque la Francia de aquel tiempo no se escandalizaba de nada, pero sí el tormento de la buena, de la dulce, de la angelical María Teresa, princesa sin ventura, á quien arrancaron del palacio de nuestros reyes, para que fuese á morir de dolor en el tálamo del rey de Francia. Si Felipe IV de España hubiera podido prever que la princesa de Inglaterra habia de ir á Francia, jamás hubiera concedido á su hija en matrimonio á Luis XIV.

El coquetismo de Enriqueta estribaba, mas que en su belleza, que era muy mediana, en su amabilidad: pero sabido es que las mujeres muy bellas jamás han inspirado pasiones violentas, y que aquellas, cuya hermosura ha sido insignificante ó ninguna, han hecho nacer amores frenéticos que muchas veces han ido mas allá de la tumba.

«La duquesa de Orleans—dicen los historiadores de aquel tiempo—no era hermosa, ni aun linda: de pequeña estatura, su escesiva delgadez le impedia ostentar perfeccion alguna en su persona: era pálida y trigueña: tenia la boca grande, la nariz levantada, los ojos garzos y rasgados; sus soberbios cabellos rubios la envolvian como un manto de seda, cuando estaba en el tocador, y por eso señalaba esta hora para recibir á todos aquellos á quienes queria atar al carro de sus triunfos.»

Esta princesa hizo infinitas víctimas con su amabilidad y dulzura, encendiendo pasiones que ocasionaron la desdicha de muchas jóvenes amantes y sencillas, de muchas esposas tiernas y ejemplares: en cambio, jamás enjugó las lágrimas de una mujer infeliz. Por eso, toda la juventud guerrera y cortesana de Francia, adoraba á la duquesa de Orleans, y llevaba sus colores: pero ni una madre, ni una esposa la bendecia al verla.

Cuando la reina María Teresa salia con una de sus damas á dar un paseo solitario, las mujeres seguian su carroza y la aclamaban como un ángel. Es verdad que ningun hombre miraba á aquella jóven, silenciosa y triste; que ninguno reparaba en la hermosura de sus ojos azules, siempre empañados por el llanto; en las gracias de aquel lindo rostro, siempre pálido; pero las bendiciones de las ancianas y de los niños, á quienes socorria, llegaban en coro al trono de Dios.

Por eso, Enriqueta murió á impulsos de un

veneno, administrado por los celos ó por la ambicion. María Teresa murió, porque Dios la llamó á sí, creyendo indigno al mundo de poseerla, y murió sonriendo, y en los brazos de su antes tan ingrato esposo: y Luis XIV se apartó del cadáver deshecho en llanto y dejando escapar estas palabras, que pintaban fielmente la amargura de sus remordimientos:

—¡Su muerte es el primer dolor que me ha causado!

La bondad de María Teresa era magestuosa y digna. Jamás le oyó nadie quejarse del abandono en que su esposo la tenia, ni de los estravíos de este.

Preguntándole su confesor, cercana ya á morir, si no habia amado á otro hombre que á Luis XIV, ó si en la córte de España habia llamado alguno su atencion, contestó con tanta naturalidad como dulzura:

—¿Cómo habia de amar á ningun hombre en España, si no habia en ella mas rey que mi padre?

Esta respuesta retrata mejor que nada su carácter verdaderamente augusto, pero endulzado por la mas esquisita bondad.

Concluiré este capítulo encargándoos, lectoras mias, que no confundais la *amabilidad* con la *bondad*. La primera es casi siempre esterior. La segunda emana del corazon y de la belleza y dulzura de los sentimientos.

La amabilidad es la apariencia de la bondad cuando esta no existe; por consiguiente, puede

decirse que es un tributo que se le rinde. La amabilidad conquista homenages y admiracion; pero solo la bondad conquista afectos. Si quereis, no obstante, ser amadas y admiradas, procurad reunir á la bondad, á esa angélica prenda del alma, la amabilidad, esa hechicera coquetería de la buena educacion, ese encanto que es una de las pocas cosas útiles que enseña el trato del mundo.

CAPITULO TERCERO.

La reserva y el disimulo.

I.

La reserva y el disimulo son dos cosas muy distintas, y como la vanidad con el orgullo, y la bondad con la amabilidad, se confunden á primera vista, produciendo casi siempre efectos muy funestos.

¡Cuántas mujeres hay que son buenas en el fondo, santas en el corazon, y ya sea por no saber distinguir lo verdadero de lo falso, ó bien porque jamás han dedicado un breve espacio de tiempo á la meditacion, caen en faltas, cuya existencia ignoran, esponiéndose á la despiadada censura del mundo!

Mas de una ejemplar é irreprensible criatura es juzgada ligera é inhumanamente por la ciega y maligna sociedad, mientras que muchas, que

realmente son muy culpables, pasan con la frente erguida, y reciben el acatamiento debido solo á la verdadera virtud.

Pero estas criaturas llevan el castigo en su conciencia; dejadlas sin envidiar sus triunfos, y procurad buscar en el cumplimiento de vuestros deberes el camino mas suave de la vida. Porque suave, muy suave es el camino del bien, y á veces tengo por una paradoja el tan conocido axioma de que *el camino del cielo está sembrado de espinas.*

Si son espinas el no correr de placer en placer, ó por mejor decir, de fiesta en fiesta, porque el mundo dá pocos placeres; si son espinas el no tener riquezas, joyas, carruajes y palacios para todas las estaciones, concibo el axioma antes citado, aunque en este caso seria asentar que los ricos tenian cerradas las puertas del cielo. Pero si se mira la vida bajo su aspecto verdadero y mas dulce; si se existe, no para los goces materiales y groseros, sino para la inteligencia, para el trabajo, para el amor, para la amistad, la vida es buena y hermosa, y los mortales debemos incesantemente dar gracias á nuestro Criador porque nos la ha concedido.

Uno de mis principales cuidados, al escribir este libro, es daros á conocer, jóvenes lectoras mias, aquellos defectos que se confunden ó pueden confundirse con las virtudes, su saludable antitesis; porque, ¿no es realmente muy doloroso que, creyendo poseer una buena cualidad ó practicar una virtud, caigais en el defecto con-

trario? ¿De qué os sirve entónces vuestra índole privilegiada, vuestra propension al bien? De nada, si una mano amiga no os muestra el camino libre de las nieblas de la duda.

II.

La reserva y el disimulo, que son la buena cualidad, y el odioso defecto que sirven de base á este capítulo, se confunden, como he dicho antes, con mucha frecuencia. Hay quien, por huir del *disimulo, simulacion ó fingimiento*, que las tres cosas son muy parecidas, se olvida completamente de la reserva, y haciendo alarde de sinceridad y de franqueza, dice todo lo que hace, lo que proyecta hacer y hasta lo que piensa. Hay, por el contrario, quien, tratando de tener una prudente reserva, recata de tal modo sus sentimientos, que nunca habla como piensa y se violenta para que no solo sus palabras, sino la espresion de su fisonomía, engañen hasta á sus mejores amigos.

Estas gentes son dignas de compasion: esclavas de su ridícula manía, desconocen las dulces espansiones de la amistad y el encanto de la confianza. Estas criaturas deben ser necesariamente desgraciadas, y hostiles á la sociedad, y deben vivir amargadas por ella, pues, de lo contrario, no se impondrian un martirio tan insoportable.

Es verdad que suelen conseguir mejor que nadie el logro de sus fines; es verdad que suelen

subir con rapidez los escalones de la fortuna: mas ¿qué importa todo esto, si sus corazones se van quedando vacíos, y solo hay sávia en sus cabezas? ¿qué importa, si no tienen familia, ni amigos, porque desconfian del amor y de la amistad? ¿qué importa, si se condenan á vivir solas en medio del mundo, como vive la roca en medio de los mares? Mas que ese disimulo homicida, vale, sí, una estremada franqueza, por mas que esta traiga casi siempre tristes consecuencias.

Lo que nos hace estimables y estimados, es un justo medio entre esos dos estremos, y un justo medio es tambien lo que nos hace vivir con tranquilidad, y sin la zozobra que acompaña comunmente lo mismo á la escesiva franqueza que al estudiado disimulo.

La reflexion y el raciocinio son generalmente los que deben aconsejar cuando conviene una generosa franqueza y una prudente reserva. El disimulo nunca es conveniente: la reserva hace guardar silencio, cuando lo que vamos á decir puede perjudicar, ya sea á nosotros, ya á otras personas; pero el disimulo ó simulacion enseña á mentir, disfrazando lo que se siente por poco importante que sea.

Segun la edad, puede ser la mujer mas ó menos esplícita. A una jóven conviene siempre la reserva en todas sus acciones, en todas sus palabras: porque su reputacion es un cristal purísimo que la mas leve sombra basta á empañar, sin contar con los borrones con que pueden man-

charle la envidia, la calumnia ó la maledicencia. La reserva no rebaja las buenas cualidades de una amable jóven; antes bien las hace resaltar y les comunica nuevo brillo y mayor mérito; porque la reserva nace casi siempre de la modestia, y la modestia es el mas hermoso atractivo de una jóven.

Yo quiero dedicar un capítulo entero á *la modestia*, porque ella es, lectoras mias, la corona de violetas que adorna el ramillete de inmarcesibles flores que se llaman virtudes. Pero antes de seguir recomendándoos la reserva y afeando el disimulo, necesito distinguir á vuestros ojos aquella virtud de este defecto, pues, si no me comprendeis bien y con claridad, será inútil todo cuanto os hable de una y de otro.

III.

Reserva es ese sentimiento de pudor y delicadeza, que nos hace recoger nuestras sensaciones, gratas ó dolorosas, en el fondo de nuestro corazon, como recogemos una flor querida dentro de una caja para que no se evapore su perfume. Reserva es una fuerza misteriosa que nos impele á ocultar y corregir nuestros defectos, en vez de hacer un ridículo alarde de ellos.

La reserva nos induce igualmente á callar los defectos de las personas que nos son amadas, y aun de aquellas que nos son indiferentes, por la ley santa de la caridad. La reserva nos hace callar tambien nuestros proyectos para lo pre-

sente ó lo futuro, mas que por desconfianza, por el temor de hacer un papel desairado, si se malograsen por uno de esos eventos de que está llena nuestra vida. La reserva nos hace guardar dentro del alma algunas santas y respetables tristezas, que el mundo no comprenderia y que para nosotros son tan sagradas como queridas.

¿Qué conseguirá una madre contando las faltas de sus hijos, aunque sea á su mejor amiga, y en el secreto de la confianza? Rebajar á los ojos de quien la escucha á aquellos mismos hijos á quienes, en lo íntimo de su corazon, no puede menos de amar.

Así, pues, ¡mil veces mejor haria esa mujer, siendo reservada, y ofreciéndolos á los piés de la Reina del cielo, amparo y consuelo de todas las madres!

¿Inspirará simpatías la jóven que refiera, quejándose de ellos, los defectos de sus padres y de su esposo, por graves, por odiosos que estos defectos sean, por mucho que le hagan sufrir? Lejos de conquistarse afectos, solo obtendrá una lástima mezclada de repulsion, porque infringe el mas santo de sus deberes, publicando las faltas de aquellas personas á quienes le toca amar y respetar mas que á nadie en el mundo.

¡Bendita sea la reserva, que recomienda el silencio en tales casos! La mujer, que no la rechace, será admirada, bendecida é imitada por todas las almas religiosas y buenas.

La reserva es indispensable, tratándose de los asuntos ó de los intereses agenos, ó de aque-

llos que nos son propios, pero en los cuales están mezclados los de otros. Unicamente en los que nos conciernen á nosotros solos, nos es dado usar de franqueza, confiándolos á otras personas. El tacto está en saber elegir á los séres que han de poseer nuestra confianza, no equivocando los falsos amigos, ó los amigos de sociedad, con los verdaderos; pero este particular pide un capítulo separado, porque *la amistad* es un afecto que tiene mucha influencia en la desdicha ó felicidad de nuestra vida.

Quiero hablaros aun de la reserva, de esa bella y recomendable cualidad, que tan bien sienta en las jóvenes, y que tan necesaria es á la mujer, sea cualquiera su edad y su posicion. La persona, que se deja arrastrar de una escesiva franqueza, puede cometer mil imprudencias sin que se aperciba de ello: puede ser causa de graves desgracias, que despues deplorará amargamente, porque, en lo general, las mujeres muy francas y sinceras están dotadas de un escelente corazon.

—¡Qué franca es la señorita B! me decia no há mucho tiempo una señora en estremo curiosa: por ella sé todo lo que pasa en su casa, los trajes que ella y su hermana estrenan, las veces que salen, las cuestiones que tienen lugar entre su padre y su madre, los platos que se sirven á su mesa, y el estado de todos los negocios de su familia.

—Pero, señora, esclamé sin poder contenerme ¿por qué escucha V. á esa imprudente jóven?

¿Qué dirán sus padres si se divulgan todos sus asuntos, y las escenas de su vida privada?

—¿Y yo por qué me he de inquietar por eso? ¿Tengo la culpa de que su hija sea tan habladora?

—Pero, amiga mia, ¡si V. no la oyese....!

—Si yo no la oyese, lo iria á contar á otras personas, porque la que es propensa á hablar, habla aunque sea sola, y no hay que agradecerle sus confianzas: no faltaria quien la escuchase y lo divulgase mas que yo, que solo cuento á mi marido y á *alguna que otra amiga* lo que me dice.

Estas palabras me enseñaron todo lo que hay de perjudicial en una escesiva franqueza. Las personas á quienes se cuentan las cosas que deben estar reservadas, lejos de agradecerlo, culpan la propension á hablar, á la cual deben unas imprudentes confianzas que pueden comprometerlas.

IV.

¿No habeis visto muchas veces, lectoras mias, en el círculo de vuestras relaciones, no habeis visto algunas mujeres, mas consideradas, mas respetadas que otras, aunque la fortuna y la naturaleza no les hayan concedido grandes dotes? Pues es que esas mujeres se envuelven en una delicada reserva, como en un manto de esquisita y perfumada seda. Usanla hasta en medio de su familia; y el pedestal en que están colocadas, y que se han fabricado ellas mismas parece tan alto, porque, si no ocultan, no hacen alarde al

menos de las necesidades, de las dichas y de los dolores de su vida.

La reserva no es disimular ó mentir; consiste en callar casi siempre, en velar ó recatar de las miradas profanas, frias y burlonas del mundo, las sensaciones y los afectos de la vida. Las mujeres, que poseen una reserva delicada y digna, tienen algo de elevado y sobrenatural. Nunca se vé en ellas mas que lo bello, lo ideal; y conservan las ilusiones á todas las personas que las tratan, y lo que es mucho mas precioso, hasta á su propia familia. Sus esposos no encuentran en ellas esa parte de grosero materialismo, verdugo del amor; sus hijos las ven siempre elevadas y sublimes, porque, en la mísera condicion humana, es lo mejor aquello que menos se comprende, aquello que aparece mas vago y mas velado.

Una mujer, pudorosamente reservada, virtuosa, dotada de bondad, y adornada de esa graciosa coquetería, de ese tacto y buen gusto que ya en otro capítulo os recomendé, es el bello ideal de su sexo; es la criatura mas simpática y que mas atractivos ejerce, aunque la naturaleza la haya favorecido muy poco con sus gracias.

Muy breves serán las palabras que dedique ya á la simulacion ó disimulo. Este defecto es raro en la mujer, y enteramente ageno de la juventud, y la que esto escribe es jóven, y á la juventud se dirige.

¿Para qué necesita la mujer del fingimiento ó del disimulo? Dejemos tan inmenso trabajo al

hombre político, al hombre de graves negocios y ambiciosos planes. La mujer destinada á imperar en el hogar doméstico, á hacer la dicha, y embellecer la vida de los séres que la rodean, no ha menester mas que de una amable franqueza, ó de una prudente y bien entendida reserva. La franqueza debe usarla siempre que sus padres ó su esposo la interroguen acerca de algun punto importante, en cuanto á sus sentimientos ó á su corazon.

¿Para qué hemos de usar de reserva con los seres que mas nos aman? ¡Es tan dulce manifestar el corazon abierto de par en par á las personas que nos son queridas!

Una madre debe ser tambien franca con sus hijos en muchas ocasiones de la vida. Debe advertirles sus defectos y reprendérselos con firmeza siempre, con rigor y severidad cuando estos defectos, por leves que sean, emanan de una mala índole ó de sentimientos perversos. Pero una buena madre es reservada tambien en ciertas circunstancias: es reservada para la sociedad, porque los mismos defectos de sus hijos, que corrige en la soledad de su hogar, los reserva al mundo con el mayor cuidado y la mas esquisita solicitud.

¡Santa y difícil mision de las madres que reune y aduna en sí la bondad y la firmeza, la franqueza y la reserva, la dulzura y la severidad!

¡Señor! ¡Yo sé de fijo que colocarás una doble corona de gloria en las sienes de la mujer que se presente delante de tu trono habiendo

sido buena esposa y buena madre, y que le destinarás á tu derecha un asiento de inmarcesibles palmas, tejido por tus ángeles mas queridos!

V.

Muchas veces, una franqueza escesiva ha privado de un buen amigo, convirtiéndole en un enemigo irreconciliable: porque hay en ciertas personas tal dósis de vanidad que no les deja soportar una verdad. Con esas personas es mejor guardar un prudente silencio, ó dar una respuesta evasiva, aun cuando consulten vuestra opinion.

Debe procurarse, ante todo, no herir nunca el amor propio de nadie, porque estas llagas no se curan jamás. No hagais á otro la confianza de los defectos de vuestros amigos. No descubrais las flaquezas agenas. Para huir de una persona, cuyo trato fastidia, no es menester zaherirla, criticarla, ó ponerla en ridículo: basta con retirarse poco á poco de su amistad, empleando el suficiente tacto y delicadeza, y dando alguna escusa política y verosímil para que no se ofenda.

En esto consiste la reserva prudente y bien entendida, y esta reserva es cuanto necesita la mujer para ser estimable y estimada.

Si la mujer se concreta á reservar sus sentimientos y sus sensaciones para las personas á quienes ama, no tendrá decepciones, no caerá en esos errores del corazon, que tan dolorosamente le destrozan. Si se acostumbra á una es-

cesiva franqueza, concede á todos lo que solo debe conceder á los objetos de su amor: porque ¿en qué estriba el amor sino en hacer partícipes de todos nuestros pensamientos, de todas nuestras sensaciones, á otro ser que se ha hecho dueño de todos los latidos de nuestro corazon?

¡Ah! La mujer que prodiga á todos los que trata estos tesoros, ¿qué dará ya á las personas á quienes ame, que estas puedan estimar?

¡Si todas las mujeres supieran unir la dulce reserva con una tierna sinceridad, el prestigio de nuestro sexo seria inmenso, y pocas, muy pocas, carecerian de la general estimacion!

CAPITULO CUARTO.

La envidia y los celos.

I.

Entre las infinitas penas que afligen á la mujer, que torturan su corazon, que amargan su vida, hay algunas que ella misma se inventa, por la actividad de su imaginacion fogosa, por la estremada debilidad de su espíritu, ó por efecto de una educacion descuidada y poco religiosa.

Dos de los mas amargos dolores que se crea, son la envidia y los celos. Los celos, dardo emponzoñado y forjado por el infierno. La envidia, sierpe venenosa que roe el corazon de que se posesiona hasta dejarle vacío como un sepulcro.

Ya me parece ver las lágrimas en los ojos de algunas pobres celosas; ya oigo que me dicen con acento dolorido:

—¿Qué culpa tenemos nosotras de ser desventuradas, cuando, á costa de la mitad de nuestra vida, quisiéramos no tener esta horrible pena?

Sin dar un solo dia de vuestra existencia, que es de Dios, podeis vivir, si no felices del todo, al menos, con mucha mayor tranquilidad, si no os empeñais en pedir á la pobre humanidad mas de lo que puede daros: esto es, abnegacion completa y amor eterno.

—¿Qué remedio nos darás á nosotras? me preguntarán las atormentadas por la envidia.

Pero mi contestacion á esta pregunta será algo mas severa que á la otra. Diré á esas mujeres, que su padecimiento, en vez de compadecerme, como el de los celos, me indigna, porque nace de una causa totalmente distinta y mucho menos noble. Sí: los celos y la envidia son dos cosas muy diferentes por mas que se confundan entre sí con esa poca premeditacion con que los pobres mortales confunden todas sus pasiones, como si estas no fuesen el orígen de sus males; como si no fuesen la base del terrible drama social que se desarrolla en el interior de cada familia, de cada casa, de la sociedad entera.

¿Por qué, pues, no ha de haber alguna mano caritativa que descorra el velo que ofusca la vista de tantos seres que han nacido para ser buenos y á quienes la ignorancia hace culpables? ¿Por qué no ha de tener la sociedad sus misiones, cultas, benéficas, elocuentes, como las tienen religiosas y consoladoras los cipayos de las Indias, los indígenas de las costas de América?

¿No es acaso mucho mas inocente é inofensiva la vida de aquellos desdichados salvages que pasan sus dias fabricando canoas y adornándose con plumas, que la de los seres que la pasan en nuestra ilustrada sociedad haciendo víctimas de sus pasiones? ¿Es, por ventura, mas criminal el caribe que devora carne humana, porque sus padres y abuelos le enseñaron á usar de este alimento, que el hombre culto de nuestra civilizacion, que, sin peligro alguno, sin esposicion y con la mas completa tranquilidad, vé que se pierden almas, que él podia alumbrar con su ciencia y sus consejos, almas que habian sido creadas para el bien y que solo necesitaban de un rayo de luz que les iluminase su camino?

¿Qué hace el sábio de nuestros dias? Pasar erguido por medio de las miserias humanas, con la mirada distraida y arrogante, con la frente fruncida por el afan de arrancar á la ciencia un arcano mas.

Del mismo modo que se presenta en el teatro, testigo de sus triunfos, un actor, muy amado del público, pero que ya va envejeciendo, se presenta tambien el hombre de ciencia en el gran teatro del mundo. Uno y otro aparecen frios, impasibles, cansados del trabajo de largos años, de eternas noches de vigilia; y en su inmovilidad, en sus calvas frentes, en sus espaldas encorvadas, solo se leen estas palabras:

—*Aquí me tienes, sociedad; apláudeme, que yo hago sobrado con presentarme.*

El hombre de ciencia no es, no puede ser

apóstol de religion, ni guia de la virtud: el árbol de la ciencia fué descubierto á la primera mujer por el enemigo del género humano. ¡Ah! solo hay una cosa que deplore en su índole la mujer que escribe estas líneas: la debilidad que acompaña á su condicion de tal y que prohibe á su sexo toda empresa fuerte y animosa. El hombre puede hacer muchos mas beneficios á la humanidad, porque tiene abiertos anchos caminos para el bien; la mujer no los tiene ni debe tenerlos; y la que mujer ha nacido debe contentarse con rezar por los que padecen, y aliviarlos con medios sencillos y humildes como su condicion.

Pero ya que no me sea dado emprender la mision gloriosa de estirpar malas pasiones, permítaseme, al menos, matar los errores que pueden hacerlas nacer en mi sexo: séale lícito á la mujer dar consuelo y consejos á las demás mujeres, mostrarles el camino del cielo, que, por mas que se diga, es fácil y dulce, y recoger, en vez de un capital de gloria, un caudal de simpatías y de amor.

En todo cuanto hasta el dia he escrito, solo para ensalzar la virtud ha sido inspirada mi pobre pluma. En todo cuanto escriba, solo ambiciono hacer patente su belleza, su dulzura, y separarla del error; porque cuando suba al cielo, donde espero hallar un asiento, quiero deponer mi pluma á los piés de Dios, limpia de toda mancha, blanca y pura como la tomé en mis manos por la vez primera.

II.

Los celos y la envidia han producido en todos tiempos grandes desgracias, por mas que sean dos sentimientos distintos; pero tampoco se parecen en nada el huracan y el rayo, y sin embargo, ambos hacen destrozos espantosos y ambos son hijos de la tempestad. Las tempestades del alma son los celos y la envidia; y tanto importa que sus efectos sean rápidos como el rayo ó sordos y rastreros como el cierzo helado y bramador, si unos y otros son igualmente desoladores.

Los celos abrasan el corazon, como el rayo abrasa el campo de frondoso y verde trigo donde cae. La envidia arranca del alma todas las sensaciones dulces, como el cierzo arranca los tiernos arbolillos, los olorosos rosales y hasta las viejas encinas de los bosques. Pero si ambos sentimientos causan grandes desastres, son emanados de diversas causas.

La envidia nace de la pequeñez del alma. Los celos de la gran sensibilidad del corazon.

Suele vituperarse algunas veces á una persona que tiene celos, pero se la compadece siempre. Una persona envidiosa solamente inspira desprecio, y todo lo mas que en su favor alcanza es una lástima desdeñosa.

Los celos engendran el odio; pero en cuanto el celoso es feliz, compadece á la persona sobre la cual ha triunfado. La envidia no conoce la compasion: el envidioso quisiera que todo el

mundo fuese pobre y desgraciado para reunir él solo todas las riquezas y prosperidades.

Los celos se sienten únicamente cuando un amor grande, inmenso, llena el corazon: si causa dolor el que la persona que los inspira sea bella y rica y esté dotada de relevantes cualidades, es tan solo porque estas ventajas conquistan el amor que el infeliz, que vive atormentado por los celos, quisiera para sí. Los celos ambicionan afectos; de todo lo demás ni aun se acuerdan. La envidia lo quiere todo para sí; los trajes, las joyas, las atenciones, la consideracion pública, y en lo que menos piensa es en los afectos.

Los celos son á veces inspirados por los muertos; y por muertos á quienes los celos dan una importancia inmerecida ó quizá la única que alcanzaron antes de morir; por seres que en su vida despertaron una atencion, una simpatía, un amor profundo, un pensamiento; y Dios, sin duda, por su eterna justicia, hace que los que tan insignificantes fueron en el mundo, que los que tan poco valian por la mezquindad de su comprension y limitado talento, inspiren celos á seres privilegiados y hasta dotados de brillante genio.

Dios concedió á aquellos pobres seres durante su vida el afecto de otro ser, que valia poco mas ó lo mismo que ellos; pero, separados sus destinos y sus existencias, dió al que quedaba el amor de otro corazon, tan ardiente, tan esclusivo, tan intenso, que forzosamente habia de tener celos del que murió, pues el convencimiento de que este valió muy poco no basta á

borrar la amarga idea de que vivió al lado del objeto de su amor.

Cuando dé á luz mi novela *La Heredera*, vereis allí los celos en todas sus fases, bajo todas las formas que pueden tomar. Triste, muy triste será esta historia; pero, ¿acaso es alegre alguna vez la historia de las pasiones y de los errores hamanos?

III.

Cosa muy fácil, por cierto, es el precaverse de los ataques de la envidia; y si todas las madres educasen á sus hijas con una prudente templanza, con un absoluto alejamiento del lujo y de la ostentacion, la envidia huiria á ocultarse en el infierno por no tener corazon ninguno donde morar. Porque la envidia escoge pocas veces para vivienda el corazon del hombre, y hace su presa casi esclusivamente en la mujer, por la escesiva debilidad de su índole.

Madres de familia, sofocad con energía en el corazon de vuestras hijas los primeros movimientos de la envidia, si no quereis que sean muy desgraciadas, y tal vez muy culpables: la envidia engendra el rencor, el ódio y muchas malas pasiones; y el que se deja dominar por ella, segun el temple de su alma, sueña con la ruina de su enemigo y no perdona medio para lograrla. Enseñadlas, ante todo, á contentarse con las comodidades, con los bienes que Dios les ha enviado, por escasos que sean, y á que no ambicionen los de los demás.

No gasteis en el traje, en el aposento, en las diversiones de vuestras hijas mas que cantidades muy cortas, por mas que vuestra fortuna sea brillante: porque ¿sabeis cuál es el móvil de la envidia? El astio de aquello que poseemos. Así, pues, una niña, una jóven debe siempre tener algo que desear y conquistarlo con su buen proceder, con su cariño y sus atenciones para con sus padres.

Si lo que hace nacer la envidia es el hastío de lo que se posee, lo que mas contribuye á ahuyentarla es ese tacto, esa distincion esquisita que toda madre debe inspirar á sus hijas desde su edad mas tierna. Enseñadlas á disponer bien y con gusto su atavío y su habitacion, p ro obligadlas á que lo consigan de un modo económico y fácil. Decidles que el mas precioso adorno de la juventud es la sencillez, y que á una doncella le sientan mejor un traje blanco y una flor que los terciopelos y los diamantes. Y para que os crean, realzadlas á sus propios ojos; inspiradles esa seductora coquetería, de que ya os hablé en otro capítulo, y vereis que, estimándose lo bastante á sí mismas, y apreciando lo que poseen, no envidiarán á los demás, ni mucho menos sus bienes.

El arreglo del tiempo, la buena distribucion de las horas del dia y de la noche, no dejan lugar de forjar sueños vanos ni deseos reprensibles. Cuando el corazon y la cabeza están nutridos saludablemente, no pueden admitir el veneno del mal ni los pensamientos culpables.

Es una gran verdad que la propia estimacion

es la base de muchas virtudes y que el orgullo, bien entendido y tal como yo os lo he recomendado, escluye todas las pasiones ruines y bastardas; ¿podrá sentir la envidia una mujer orgullosa y amante de su dignidad? No: porque este sentimiento la rebajaria á sus propios ojos, concediendo á los estraños mas valor que á sí misma.

Una mujer buena, pura, recta, digna, en una palabra, sabrá que su virtud vale mas que los mayores tesoros del mundo; que la resignacion es uno de los atributos mas preciosos de la mujer cristiana; que la verdadera felicidad consiste en contentarse con los bienes que Dios nos ha dado, y que la culpable ambicion de los agenos es la ruin y miserable envidia colocada por el mismo Dios en el número de los pecados capitales, es decir, de los que solo se expian por medio de costosos sacrificios y de muchas lágrimas de arrepentimiento.

IV.

Vosotras, pobres mujeres, que sufrís la horrible tortura de los celos, quizás no hareis caso de mis consejos, y me contestareis que no se manda al corazon. Conozco que si la envidia es una pasion ruin, los celos son un mal, una pena incomparable; pero voy, no á dar un consejo, sino á hacer una advertencia cariñosa á las que hayais perdido el cariño de la persona á quien amais.

No os quejeis demasiado: no hagais del llan-

to vuestra ocupacion contínua: no deis al mundo el espectáculo de vuestra pena: ocultadla en lo mas profundo de vuestro pecho, porque vuestros lamentos, vuestras lágrimas, vuestro dolor, no es probable que os ganen de nuevo el corazon que hayais perdido.

No intenteis tampoco vengaros, aconsejadas de vuestro despecho, pagando desvío con desvío, infidelidad con infidelidad. Entonces perderiais tambien lo único que puede serviros de consuelo: perderiais la paz de la conciencia y el derecho de levantar vuestras frentes limpias de toda mancha. Una suave y digna resignacion, una conducta irreprensible y decorosa, una firmeza noble é igual en los modales, y un prudente retraimiento en la vida intima, quizá os volverán el sitio, que es vuestro, en los corazones que llorais perdidos. Nada de quejas, nada de lágrimas, nada de súplicas. No seais jamás víctimas ni verdugos, porque es tan odioso y degradante lo uno como lo otro.

Aparentad, mientras os sea posible, que ignorais los estravíos de vuestros esposos: no les reconvengais por ellos; porque mientras procuren ocultároslo, es seguro que os tienen estimacion ya que no cariño: es seguro que respetan el santo lazo de la familia, la tranquilidad de su compañera: pero desde el momento en que hagais un imprudente alarde de saberlos, perderán todo decoro y os impondrán la ley del fuerte sobre el débil.

Aquellas que poseais en toda su plenitud el

mor del hombre á quien hayais unido vuestro destino, procurad conservarle, para que nunca dufrais el terrible dolor de los celos; porque son pocos los séres que pueden pasarse sin amor, y si llegan á hastiarse de vosotras, nuevos afectos ocuparán irremisiblemente su corazon. Mujeres conozco que han atormentado de tal modo á sus esposos con celos infundados, que aquellos tenian por la mayor de las desgracias el quedarse solos con ellas: las mujeres, de que os hablo, les contaban los minutos que estaba fuera de casa y el dinero que gastaban; les impedian cumplir en sociedad con los deberes de buena educacion; les pedian cuenta de todas sus acciones, de todos sus pensamientos, y cuando los sabian, les regañaban sin cesar.

Los maridos, así asediados, empiezan por engañar á sus mujeres; les ocultan que han entrado en el café, como si esto fuese un pecado mortal: si han ido al teatro, les dicen que han estado acompañando á un amigo enfermo; y poco á poco dejan de amarlas, y el hastío mas profundo se apodera de su vida hasta que hallan una mujer amable, graciosa y coqueta que los seduzca.

El hombre ha nacido libre y libre debe vivir. Conquistad el corazon de vuestros esposos, no con la virtud ceñuda, sino con la virtud dulce y graciosa, con la bondad, con la coquetería.

Hacedles agradable su casa y amable vuestro trato. Sed sus amigas al mismo tiempo que sus amantes. Partid sus alegrías. Consolad sus tris-

tezas. Endulzad sus dolores. Cuidad sus enfermedades. Esmeraos en su elegancia. Procurad que nada les falte á su tiempo. Velad por los intereses de la casa, que son los vuestros tambien. Haceos, en fin, necesarias á su dicha y dejadlos libres, completamente libres. No les pregunteis á donde han ido, que ellos mismos os lo dirán espontáneamente. No les pregunteis el dinero que han gastado, que es rebajarlos á sus propios ojos, y las heridas del orgullo son las que menos han de perdonaros. El hombre es el jefe natural de la familia y el dueño de su casa: para impedir sus estravíos, no teneis mas medio lícito que imperar sobre su corazon.

Mujeres, que teneis envidia, dominad esa culpable pasion ó comprareis con ella la desdicha de vuestra vida y vuestra eterna condenacion.

Desgraciadas, que padeceis la insoportable tortura de los celos, implorad de Dios que os socorra y llorad bajo el manto de su santa madre. Pero, ante el mundo, sed dignas, fuertes, enérgicas é irreprensibles, porque apareciendo víctimas, solo conseguireis una desdeñosa lástima para vosotras y una general execracion para quien os hace padecer, pues la sociedad en su estraña lógica, colma á un mismo tiempo de anatemas al verdugo, y de desdenes á la víctima.

Sed templadas y generosas. No rechaceis con dureza al que os ofendió, cuando os dé alguna muestra de arrepentimiento, por ligera que sea. No os vengueis de él cuando la sociedad le arroje lleno de amarguras y decepciones.

¿Dónde reclinará su frente, si vuestro seno no ha permanecido puro? ¿Qué será del honor de vuestros hijos? ¿Dónde hallareis la sublime dicha de perdonar? Los que fomenten vuestro celoso despecho, los que os digan que es lícita la venganza, serán los primeros en despreciaros.

Y vosotras, dichosas criaturas, que estais escudadas con un amor tierno y profundo, no le perdais por vuestra imprudencia ó impremeditacion. No pidais al hombre mas de lo que puede concederos. No querais violentar sus gustos, sus sentimientos, sus inclinaciones. Respetadle al mismo tiempo que le ameis; pero sabed haceros precisas á su bienestar, á su dicha y á su vida doméstica, que es la sola ciencia y el gran talento que debe ostentar la mujer.

CAPITULO QUINTO.

Un marido débil.—Una madre enamorada de su hija.—Clemencia y Paulina.

I.

Voy á contaros una sencilla historia que hace poco me refirieron y cuyos principales personajes conozco, pues ella os hará ver toda la hermosura y heroismo del amor filial, mucho mejor que todo cuanto yo pudiera deciros.

Yo alcanzaria solo á repetiros lo que ya sabreis, porque mil veces lo habreis leido y os lo habrán recomendado las personas encargadas de vuestra educacion.

Los sentimientos mas naturales son los que mas necesitan verse retratados con ejemplos vivos; y es que, á fuerza de oirlos enaltecer, se debilita en nosotros la impresion de su belleza.

Hace algunos años vivia en Madrid el coronel C con su esposa y sus dos hijas.

La mayor de las jóvenes contaba veinte y cinco estíos, y en cuanto á hermosura no tenia mucho que agradecer á la naturaleza.

Era de estatura mediana, delgada y pálida; sus facciones, delicadas y distinguidas, carecian, sin embargo, de regularidad: sus ojos, de límpido azul, eran grandes, como si Dios hubiera querido mostrar en ellos toda la pureza y hermosura de su alma, é iluminaban dulcemente su rostro blanco y oval, coronado por una abundosa cabellera castaña; su talle, flexible como una palma, tenia una soltura y una gracia tan natural como admirable, no obstante ser este encanto bastante comun en las mujeres delgadas. En suma, Clemencia, que este era su nombre, no llamaba la atencion á primera vista; á poco que se la tratase, despertaba una viva simpatía, y mas tarde no era difícil que esta simpatía se trocase en una de esas pasiones eternas y voraces que solo se acaban con la vida.

Y á pesar de esto, Clemencia habia ya cumplido veinte y cinco años, como mas arriba he dicho, y aun permanecia soltera. ¿Qué enigma era este? Solo Dios y Clemencia podian descifrarle.

La otra hija de los señores C entraba apenas en su cuarto lustro y era bella como el sueño de un poeta.

Figuraos un semblante de alabastro, cuya deslumbrante blancura templan dos ojos, rasga-

dos y negros como el azabache bruñido, y una cabellera rizosa y negra como la endrina: figuraos una boca de coral y perlas, una garganta de ángel, unas manos dignas de una Venus, unos piés de niño, la estatura mas alta que es permitida á la mujer para que sea completamente bella, y el talle mas perfecto y elegante, y tendreis una idea de lo que era Paulina.

—¡Bendita sea! esclamaban los ancianos volviéndose aun para verla, despues que ya habia pasado por delante de ellos.

—¡Bendita sea! repetian las madres con alguna pena, porque tan espléndida belleza oscurecia la de sus hijas.

—¡Bendita sea! decian sus padres todos los dias.

Y así, entre bendiciones, y miradas de amor, y caricias, y lisonjas creció y se hizo mujer aquella criatura en que Dios parecia haber agotado todas sus perfecciones.

II.

Bueno será ya que os hable, lectoras mias, del carácter de los señores C y del de sus hijas.

El coronel era un hombre de esos que han nacido en el sexo fuerte por un error de la naturaleza. Habíase batido, no obstante, durante toda la guerra, con el arrojo suficiente para poder conservar su puesto en el ejército; pero no con aquel ardor del valor nativo: y aun para sus escasas proezas habia necesitado siempre que la

presencia de sus gefes le pusiese en la alternativa de perder su sangre ó de perder su honor.

Así fué que en cuanto la paz se aseguró, es decir, en cuanto pudo hacerlo sin merecer la nota de una estremada y vergonzosa cobardía, pidió su retiro y se dedicó á cuidarse mucho y á vivir con tranquilidad.

Desde la época de su separacion del servicio, el señor C fué un cero en su casa y en su familia. Su esposa cobraba la paga y su esposa tambien la gastaba sin darle cuenta de ella ni pedirle parecer para nada. Vestia lo que le ponian en el colgador de su alcoba. Comia lo que encontraba en la mesa, y hasta de fumar se privó por no oir regañar á su cara mitad, que no podia sufrir que gastase en tabaco.

Perdonadme, benignos lectores, si á vuestro parecer degrado vuestra condicion de hombres, en el anterior retrato; yo os afirmo que está copiado del natural y que nada hay en él de mi propia cosecha.

La señora de C era la antítesis de su esposo: ella se habia apropiado las atribuciones del coronel; ella mandaba, disponia, regañaba, compraba y vendia: es verdad que no lo hacia mal, porque, á fuerza de regaños y gracias á su irascibilidad, tenia á toda la casa metida en un puño, como suele decirse.

Aunque las delicias de la señora coronela consistian en dominarlo todo y dirigir hasta los pensamientos de las personas que habia á su alrededor, siempre estaba quejándose del escesivo

trabajo que pesaba sobre ella y de la mala vida que el gobierno de su casa le imponia.

Cuando sus amigos le preguntaban que por qué se atareaba tanto teniendo ya dos hijas tan crecidas, contestaba que estas no valian para nada y que se habian acostumbrado á que su madre las sirviese en todo.

Semejante aserto era verdadero con respecto á Paulina. Esta jóven, mimada y aplaudida por su admirable belleza, era el ídolo de la casa, y su carácter, ligero é indolente además, le hubiera impedido siempre todo trabajo metódico y formal.

En cuanto á Clemencia era otra cosa; entendia perfectamente el gobierno interior de la casa, pero no queria contrariar el empeño de su madre que se habia encargado de él y, aunque se hubiera propuesto descansarla, no lo hubiera alcanzado jamás.

La señora de C queria gobernarlo todo; pero además se quejaba de que lo gobernaba.

Ahora, lectoras mias, os toca á vosotras perdonarme: tambien este retrato está copiado del natural. Por desgracia, hay matrimonios en los cuales el marido es un cero á la izquierda y la esposa se ha apropiado los derechos de ambos.

III.

Las dos jóvenes hacian una vida muy diferente.

Paulina, á quien habian hecho creer que la dote principal de la mujer es la belleza, pasaba

los dias en el tocador, recibiendo con su madre ó haciendo visitas con ella, y las noches en los teatros y soarés. Sabia, es verdad, hacer un té y servirle con mucha gracia; bailaba como una sílfide; tocaba en el piano algunos walses y cantaba bastante mal dos ó tres canciones andaluzas; no ignoraba además cuál era el peinado que mas la favorecia, cuál era el drama de moda; sabia sentarse ruidosamente en su palco cuando iba al teatro, flechar sus gemelos de nacar con la mayor gracia y vestirse con sumo gusto, aunque la compra y direccion de los trajes estaban á cargo de su madre. Sin embargo, con todas estas *habilidades*, Paulina habia ya cumplido veinte años, y á pesar de su celebrada hermosura, tambien estaba soltera como su hermana.

La razon la sabrán mis lectoras si quieren escuchar á la señora de C y á una amiga suya, quienes tenian un dia la conversacion siguiente:

—¿Sabes, decia á la coronela su amiga, sabes que se casa Elisa, aquella chiquilla tonta, hija del teniente coronel del regimiento de tu marido?

—¡Es posible! ¡si no tiene mas que diez y seis años! esclamó consternada la madre de Paulina.

—Ni tiene tampoco un cuarto.

—¡Dios mio! ¡Yo no comprendo esto! ¡Esa muchacha es fea y pobre y se casa! ¡Mi hija Clemencia podia haberse casado á los quince años y desde entonces acá está desechando buenos partidos, y á Paulina, tan hermosa, haciendo tan brillante papel, nadie le ha hablado todavía de casamiento, y ya ha cumplido veinte años!

—Oye; ¿y por qué no se casa Clemencia?

—¡Qué se yo! ¡Manías suyas!... ¡Ella, que no los quiere, tiene tantos novios, y á su hermana, que se casaria de buena gana, no se le presenta ni uno siquiera!

La señora de C con todo su gobierno, tenia tan limitado talento, que no le servia ni aun para adivinar lo que pasaba en el corazon de su hija.

Clemencia no queria casarse, porque con su matrimonio dejaba á su pobre y débil padre enteramente aislado, puesto que á su madre y á su hermana les faltaba el tiempo para correr de diversion en diversion.

En cuanto á la rareza de tener ella novios mientras que su hermana no tenia ninguno, estaba basada en las muy distintas cualidades que adornaban á una y á otra.

Paulina era ligera, superficial, y aunque no le faltaba viveza, la empleaba toda en lucir ese coquetismo que, á su parecer, le conquistaba los homenages de la sociedad. Su talento no era tan sobresaliente como el de su hermana, pero esto no hubiera sido un obstáculo para su buena colocacion, pues la mujer tiene bastante con una razon clara y con las luces naturales para hacer la dicha de los suyos.

No debe pedirse génio á todas las criaturas: y á mi ver, vale mucho mas la mujer buena, sencilla y dulce que sabe únicamente arreglar su casa, que la erudita que todo lo abandona por lucir su talento.

Lo que dificultaba la colocacion de Paulina

era el escesivo lujo que gastaba: porque habeis de saber, lectoras mias, que nada espanta tanto á las personas de razon, como una ostentacion imprudente.

El hombre, que os ame, no querrá que á su lado esperimenteis privaciones, y renunciará á vuestra mano por el temor de no poder, ya que no aumentar, sostener, al menos, vuestro lujo de solteras.

Lo que tambien perjudicaba á Paulina era que se la veia en todas partes, y por mas que sea tenida por una costumbre elegante el asistir á todas las diversiones, pocos hombres se encuentran que confien su dicha y la direccion de su casa á una mujer que tan poco ocupa la de sus padres mientras permanece bajo la autoridad de estos.

—¿Qué hará esta mujer, se dicen, qué hará cuando se vea con la libertad de casada, si ahora está siempre de diversion en diversion?

Y si el amante no hace estas reflexiones, nunca falta un amigo que se las haga, y aun á veces alguna amiga mas envidiosa que caritativa.

Por eso es preciso que las madres eduquen á sus hijas para la sencillez y el retiro por mas que su posicion sea muy brillante. Por eso es necesario que las jóvenes tengan aficion al trabajo y amor á las paredes de su casa; y que, por mas que reunan esas gracias, esas habilidades, esa belleza que hacen brillar en todas partes, piensen que todo esto no consigue mas que aguzar los dardos de la envidia, si no vá acompañado de

un prudente método de vida y de la laboriosidad y buen juicio indispensables en toda la que ha de ser buena esposa y buena madre de familia.

IV.

Clemencia reunia á esa gracia sencilla, que cautiva todos los corazones y que vale casi siempre mas que la belleza, la mas completa educacion y las dotes mas hermosas.

Tan acostumbrada estaba desde sus primeros años á oir decir á su madre que era muy fea, que habia llegado á creerlo asi: con tanta frecuencia le repetian que no tenia gusto ni elegancia, que se habia convencido de ello; pero, como en toda mujer hay instintos de coqueteria, la pobre Clemencia quiso ver si podia adquirir algun atractivo que disminuyese su ponderada fealdad y la vulgaridad de su figura.

A pesar de la inocencia de su carácter, llegó un dia en que no pudo menos de decirse:

—Es verdad que yo soy mucho mas fea que mi hermana; pero entónces ¿por qué le compran á ella tan bonitos vestidos, cuando se pasan años sin que á mí me hagan un solo trage? ¿Por qué le dan joyas, lazos, encajes y flores, y á mí no me dejan un adorno que disimule mi fealdad? ¡Si Paulina es tan bella, como dicen, el lujo debia ser para mí!

Pero cuando participó á su madre estas reflexiones, le contestó esta:

—Hija mia, la ostentacion está de mas para tí, porque nunca logrará ni aun hacerte pasable: en cambio, realza de un modo admirable la hermosura de Paulina.

Despues de esta respuesta, la buena Clemencia quedó completamente convencida: acabó de desear y de pedir; y á tanto llegó la desconfianza que tenia de su propio mérito, que un dia que su madrina le regaló un precioso relojito de oro, fué corriendo á presentárselo á su hermana.

—¡Cómo! ¿Me lo cedes? esclamó esta asombrada porque era la primera cosa de valor y de buen gusto que la pobre Clemencia habia poseido en su vida.

—¿No deseabas un reloj? preguntó á Paulina.

—¡Oh! ¡Mucho que lo deseaba!

—Pues toma el mio: tú le lucirás mas que yo, porque eres tan bonita, que todo cuanto llevas se repara, en tanto que de mí nadie hace el menor caso.

Una lágrima brotó de los rasgados ojos de Paulina al escuchar estas palabras: abrazó á su hermana y suspendió de su cuello la linda y delgadísima cadena de oro, que sostenia el reloj, contemplándose despues al espejo llena de delicia.

Por fin, un dia Clemencia conoció lo que valia, y la ceguedad de su familia con respecto á su mérito.

Clemencia iba á dejar de ser niña; y desde

los primeros albores de su juventud, un sin número de atenciones y de galanteos rodeó á aquella gentil y graciosa criatura que tan raras veces se dejaba ver en público y que tantos atractivos tenia en su inocencia, en su modestia y en la completa ignorancia de su propio mérito.

CAPÍTULO SESTO.

El vestido blanco.—Una noche en el teatro.—La belleza y la gracia.—El conde de S.—Casamiento de Paulina.

I.

Quince años cumplia Clemencia cuando su madre la llevó por primera vez al teatro.

Paulina, que solo contaba diez, estaba algo indispuesta y se quedó en casa con su padre.

Aunque las dos niñas contaban tan pocos años, ya formaban el contraste mas perfecto.

Clemencia, cuya estatura estaba poco desarrollada, ostentaba toda la inocencia de su edad y toda la bondad y tímida modestia que imprime el no tener jamás voluntad propia.

Paulina, cuyos medros eran escesivos, tenia la misma talla que su hermana, y ese coquetismo trivial é insoportable de la niña que quiere figurar mucho antes de una época razonable.

La soledad habia obligado á la pobre Clemencia á buscar su distraccion en la lectura, en el dibujo y en la música: quedábase en casa todas las noches que su madre y su hermana salian, porque Paulina asistia al teatro y á las reuniones, como si ya fuera una señorita, cuya educacion estuviese completamente terminada, y cuya edad la llamase á hacer papel en el mundo.

Clemencia y su padre quedaban, pues, solos en casa y en la habitacion de este último: el anciano se recostaba en un sillon y Clemencia tocaba un rato el piano y otro rato leia para distraer el aislamiento de su padre y el suyo propio.

La noche que la señora de C. abria á sus amigos su lindo salon y les daba un agradable té, continuaba para el padre y la hija la misma soledad: el anciano, á pesar de su impasible bondad, no quéria hacer ante los concurrentes el papel que le habia reservado su esposa; y en cuanto á Clemencia, preferia quedarse á su lado para hacerle compañia.

En la noche, de que hablé al empezar este capítulo, la señora de C. llevaba al teatro á su hija mayor porque, de otro modo, estando Paulina indispuesta, hubiera tenido que renunciar á la primera representacion de un drama, que hubiera sentido perder, en atencion á ser la obra de un autor muy acreditado.

No bien la señora de C. y Clemencia salieron de casa, entró Paulina en la habitacion de su padre.

—Hija mia, dijo el anciano; léeme un poco

en ese libro en que acostumbra hacerlo tu hermana.

—No puedo leer, papá; respondió la niña secamente.

—¿Por qué?

—Porque estoy de muy mal humor: figúrate que, además de tenerme que quedar en casa por mi dolor de cabeza, ha puesto mamá á Clemencia un vestido mio.

—¡Un vestido tuyo!

—¡Sí, sí! El peor, es verdad, el blanco de muselina lisa que me hicieron poco há; ¡pero al fin era nuevo!

—Pues qué, ¿no tiene Clemencia vestidos? esclamó el pobre padre asombrado á pesar de su aparente inercia.

—Tiene algunos trajes de casa..... oscuros y muy feos..... ¡como nunca sale!.... pero desde hoy tendrá uno mas, porque yo no me vuelvo á poner el que lleva.

—Niña, ¿y por qué?

—Porque me habrá ensanchado el talle cuatro dedos!.... ¡bonito estará ya!

—Perdone V., señorita, dijo una doncella que servia el té en un veladorcito al coronel y á Paulina: yo misma he tenido que entrar lo menos un dedo todas las costuras del cuerpo del vestido: la señorita Clemencia tiene un talle tan lindo y tan gracioso que jamás lo hubiera creido!

—Vete y llévate el té! gritó la niña terriblemente contrariada: ese olor me aumenta el dolor de cabeza.

—Vamos, tiene el mismo carácter que su madre, murmuró el coronel: ¡nunca ha podido sufrir que otra persona valga mas que ella!

II.

El teatro del Príncipe á donde aquella noche se dirigieron la señora de C y su hija, estaba lleno de una concurrencia escogida.

Ocupaban los palcos las mas hermosas mujeres de la sociedad elegante, cubiertas de lazos, de encajes, de pedrería y de flores.

Al terminarse la sinfonía, se abrió con estrépito un palco bajo, y la señora de C apareció en él pomposamente, movió las sillas, dió á uno de los caballeros que la seguian su abrigo blanco, tomó de las manos de otro la caja de sus gemelos, volvió á empujar las sillas y se sentó en una de espaldas al escenario.

Entretanto Clemencia se habia despojado modestamente de su pañolon de merino blanco y le habia colocado con esmero en el respaldo de su silla; porque aquel pañuelo le habia sido prestado por su madre al reparar esta, por la primera vez, en que no tenia su hija para abrigarse mas que un raido capotillo negro.

En cambio Paulina tenia abrigos de todas clases, formas y colores.

Al oir el estruendo producido por la esposa del coronel, todos los gemelos se fijaron en su palco y, forzoso es confesarlo, durante largo rato permanecieron clavados en él con rara insisten-

cia y sin hacer caso del drama que se estrenaba.

Verdad es que la señora de C y su hija formaban el mas estraño contraste.

Llevaba la primera un traje de raso azul de cielo, con volantes de encaje blanco de ínfima calidad: entre sus cabellos canos y teñidos de un negro lustroso, campeaban dos grandes alfileres y una diadema de piedras falsas. Componíase su peinado de multitud de rizos y de trenzas postizas: llevaba guantes blancos, de piel, muy cortos, que dejaban mas al descubierto sus flacos y morenos brazos, y un enorme ramillete de flores artificiales.

Clemencia tenia puesto el traje de su hermana: su gracioso talle estaba libre de toda sujecion, pues á pesar de haber estrechado el cuerpo del vestido, le estaba muy flojo todavía. El peluquero que arregló sus cabellos, y que era el mismo que habia peinado á su madre, quiso mostrar todo su gusto y habilidad en la cabeza de Clemencia: advertido por esta de que ningun adorno habia de llevar, rizó su rica cabellera, formando con ella gruesos y lustrosos bucles que rodeaban su frente y sus mejillas, y acariciaban sus hombros y el nacimiento de su blanca espalda.

Todo su traje lo componia un vestido blanco, enteramente liso. Todo su adorno consistia en sus cabellos. En su rostro no habia belleza; y sin embargo, Clemencia fijaba la atencion general.

—¿Quién es esa jovencita tan graciosa? pre-

guntaba en las butacas un jóven á un amigo suyo.

—No lo sé; no la he visto hasta hoy; pero debe ser hija de esa vieja loca que está con ella, la coronela C.

—¡Esa niña es encantadora! se descubre en ella un sello de gracia tan esquisita y tanta distincion, que vale mucho mas que si fuera hermosa. ¿Será rica?

—No por cierto: su padre tenia alguna hacienda además de su retiro, pero la coronela lo ha vendido ya todo para comprarse galas y comprarlas á otra niña que tiene, y que es la que la acompaña siempre.

—¿Vale tanto como su hermana?

—Es ya una belleza deslumbradora.

—Clemencia nada de esto oia: atenta completamente al drama, cuando abandonó el teatro, ni aun se apercibió siquiera del efecto que habia producido.

III.

Desde aquel dia se supo que el coronel C tenia dos hijas en vez de una; pero á pesar de la belleza de Paulina, á pesar del empeño de su madre en realzarla, á costa de Clemencia, todas las miradas se fijaban en esta cuando aparecia al lado de su hermana.

El trascurso del tiempo aumentó lo que la señora C. llamaba *estravagancia del mundo*: la hermosura de Paulina se veia tanto en todas

partes, que todos se acostumbraban á ella, al paso que Clemencia tenia el privilegio de llamar la atencion general por lo poco que aparecia en público.

Porque habeis de saber, lectoras mias, que por mas completa que sea vuestra hermosura, por mas que esteis dotadas de todas las perfecciones, si asistís á todas las fiestas, á todos los espectáculos, si os poneis constantemente en público, concluirán todos por hastiarse de veros y por no reparar siquiera en vuestra presencia.

La reserva, que es uno de los mas bellos atributos de la mujer, aconseja tambien que esta viva, desde su mas tierna edad, entre las paredes de su casa: solo así puede hallar la verdadera felicidad; solo así puede alimentar su entendimiento y su corazon; solo así puede tener tranquila su conciencia; porque los deberes que imponen á una mujer una casa bien ordenada y una famlia feliz, son muchos, y mal los cumplirá la que dedica al mundo y á los placeres todo su tiempo. Por el contrario: sin mas que tener una figura regular y gracia para vestiros, causareis mas efecto cuando os presenteis en público, si esto lo haceis pocas veces: vuestras gracias parecerán mayores cuanto mas nuevas sean, y llamareis mas la atencion de todos, que aquellas bellezas perfectas que solo se ocupan de lucir en todas partes.

La señora de C instaba mucho á Clemencia para que las acompañase á las reuniones, á los paseos, á los teatros; pero esta se escusaba siem-

pre con su poca aficion y se quedaba, junto á su padre, bordando ó leyéndole en voz alta.

Clemencia poseia una rara habilidad para todas las labores de su sexo: además, tocaba el piano con admirable perfeccion: dibujaba con gusto y maestría; cantaba como un ángel y sabia el francés y el italiano. Y todo esto se lo habia aprendido sola, sin mas auxilio que el de algunos libros hallados en el gabinete de su padre, ó prestados por una amiga de su edad que los habia desechado ya por viejos.

Cuando se veia precisada á presentarse en sociedad, su tocado era escesivamente modesto, porque, sabiendo los apuros que cada dia iban asediando su casa, no se atrevia á pedir nada á su madre para su adorno: no ignoraba que esta habia gastado con Paulina todo cuanto poseian y que apenas podian ya contar con pasar el resto de sus dias al abrigo de la miseria.

Mas, á pesar de tanta sencillez, bien pronto se vió olvidada Paulina al lado de su hermana: su frívola conversacion, lo vacío de su espíritu y de su cabeza, hacian que su trato fatigase á las personas sensatas; no entendia mas conversaciones que aquellas en que se trataba de bailes, de modas ó de aventuras galantes; y su educacion habia sido tan descuidada, que ni aun le habian enseñado que hay ocasiones en las cuales debe una jóven hacer entender, con su silencio, que no comprende de que se habla.

IV.

Los triunfos de Clemencia ahogaron en el alma egoista de su hermana la afeccion que le profesaba cuando aquella permanecia oscurecida é inofensiva.

No obstante, Clemencia seguia siendo la modista perpétua de su madre y de su hermana; todos los objetos bordados, que usaban en su atavío, eran obra de aquella amable jóven; cada mañana entraba en el elegante tocador de Paulina y peinaba con el mayor esmero y primor sus hermosos y abundantes cabellos negros; y luego hacia ella su propio tocado en su humilde cuartito y delante de un pobre espejillo que tenia un palmo en cuadro.

Nada de esto desarmaba á Paulina; antes bien la irritaba cada dia mas.

Los culpables no admiran la dulce y celestial virtud. Lejos de suceder esto, despiértase su envidia y su encono contra los que la poseen.

Un nuevo accidente vino á poner el colmo á la ruin animosidad de Paulina.

Clemencia, que habia ya desechado diferentes proposiciones de matrimonio, sin decir nada á su familia, inspiró á un gallardo jóven una pasion tan violenta, que no pudo pasar desapercibida como las otras.

Clemencia, á la verdad, justificaba aquel estremado cariño: acababa de cumplir veinte y dos años, y jamás mujer mas graciosa y encantadora

ha fijado las miradas de la sociedad; no era ciertamente tan bella como Paulina y aun le faltaba mucho para ser linda; pero habia en torno suyo tal perfume de elegancia y delicadeza; era tan dulce y espiritual; llevaban todos sus movimientos el sello de una gracia tan esquisita; eran tan elocuentes sus grandes ojos azules, tan hermosos sus cabellos castaños, tan agradable su sonrisa, tan precioso su talle, tan delicadas sus manos, tan pequeños sus pies, y estaba tan noblemente lleno de atractivos su conjunto todo, que era imposible verla y no amarla.

Clemencia imperaba á un tiempo mismo sobre el corazon y sobre la cabeza de las personas que la trataban; subyugaba á la vez el alma, los sentidos y el espíritu de los que tenia en torno suyo, y era, en fin, uno de esos séres nacidos para inspirar las volcánicas pasiones, que jamás ha podido hacer nacer la belleza perfecta, y que esta no sabria hacer durables, aunque le fuera dado encenderlas.

El hombre, que tan violentamente se apasionó de aquella jóven, era, en verdad, el único que hubiera podido hacer latir de amor su corazon. Reunia á las ventajas de un brillante nacimiento, todos los atractivos de una belleza completa, aunque varonil; á las dotes de la inteligencia, las mas esclarecidas cualidades del alma y las mas hermosas prendas del corazon; y al amor mas intenso, la mas rara estimacion por las escelentes virtudes de Clemencia; pero esta rehusó su cariño como ya habia rehusado otros

muchos: solo que esta vez dió razones que anteriormente no habia dado.

Dijo que su padre, enfermo y aislado, necesitaba de su asistencia; que su madre estaba atacada de un padecimiento á la vista que ella misma no conocia, y que, siendo muy propable que Paulina se casase antes de pasar mucho tiempo, debia ella permanecer libre para cuidar á sus padres.

—Ellos lo serán mios, repuso el conde S, que este era el enamorado jóven: vivirán con nosotros y todo les sobrará.

—Les faltaria mi tiempo y la parte mejor de mi cariño, que serian para mi esposo; contestó Clemencia con tristísima pero dulce sonrisa: además, V. tiene madre y hermanas, amigo mio, y aunque yo estoy cierta de que sabria complacerlas, estoy segura tambien de que mis pobres padres, solo serán, dentro de poco, agradables á mis ojos y amados de mi corazon.

El conde S no insistió; pero corrió á pedir la mano de Clemencia á sus padres.

El coronel se encogió de hombros con indiferencia: los años habian trocado su debilidad de carácter en un completo egoismo.

En cuanto á la señora de C, oyó con disgusto la peticion matrimonial: su ídolo era Paulina, y en su falta de tacto se atrevió á insinuar al conde que mas feliz seria con la *hermosura* de su hija menor, que con la *figura insignificante* de Clemencia.

El conde salió desesperado. Tres dias despues

partió para París, no sin dirigir antes una amarga carta á Clemencia, dándole un irónico parabien por los padres que le habia concedido el cielo y por los cuales se sacrificaba.

V.

Desde que despidió al conde S, Clemencia se retiró absolutamente de la sociedad. Pasaba al lado de su padre, ó sola en su cuarto, meses enteros trabajando en obras prolijas de bordado y de pintura, que luego guardaba cuidadosamente, y empleando algunas horas del dia en leer ó cantar acompañándose con el piano.

Ni su madre, ni su hermana, sabian de ella, ni la veian apenas.

La señora de C se ocupaba en derrochar los últimos restos de su caudal y Paulina en lucir su belleza que, forzoso es confesarlo, era cada dia mas deslumbradora, sin que bastasen á empañarla las noches sin sueño pasadas en los bailes.

Así transcurrieron tres años: al fin de ellos, un hermoso jóven, secretario de una legacion estranjera, vió á Paulina en una *soirée*, se hizo presentar en su casa, y despues de un mes de galanteos pidió su mano, que le fué concedida con loca alegría por la señora de C, y con estrema indiferencia por parte del coronel.

Otro mes habia pasado cuando Clemencia dejó una mañana su lecho al rayar el alba y entró en la habitacion de su hermana para adornar su frente con la corona nupcial.

Paulina abrazó llorando á su hermana y le suplicó que le perdonase su desvío y su injusticia pasada, pues no queria ir al altar con tan cruel remordimiento.

Clemencia se lo otorgó llenándola de caricias y empezó á ataviarla con un magnífico traje, estendido en el divan de seda azul que rodeaba el tocador.

Aquel traje agotó los últimos recursos de los señores C, y eso que el régio aderezo de diamantes, que debia ostentar Paulina, habia sido regalado por su novio.

Los desposados y sus padres fueron al templo en una soberbia y abierta carretela azul, tirada por caballos blancos y forrada de raso de este mismo color.

Clemencia se envolvió en una mantilla espesa, y presenció, oculta por un pilar, la ceremonia; desde que despidió al conde, vestia hábito negro de la Soledad, y nadie oyó los sollozos que alzaban el seno de aquella enlutada figura.

¡El amor filial, por fuerte que fuese, no podia sofocar los recuerdos de su perdida dicha!

Al salir de la iglesia, volvió la comitiva á casa del señor C, y despues de un suntuoso almuerzo, cambió Paulina de traje y se dirigió con su esposo á tomar el elegante coche de camino que les aguardaba en la puerta, pues el jóven diplomático tenia licencia para ir á pasar la luna de miel á su pais natal.

Paulina no derramó una lágrima siquiera al dejar á sus padres: pero no hay en esto nada de

estraño, pues sabido es que los hijos solo aman á los autores de sus dias, cuando estos llenan debidamente su sagrada mision.

Unicamente al abrazar á Clemencia se llenaron de llanto los ojos de la jóven desposada. ¡Ya no habia envidia que las dividiese! ¡Paulina veia un horizonte de dicha! ¡Clemencia quedaba en la desgracia!

Aquella estrechó á esta convulsivamente contra su blanco seno y murmuró en su oido:

—¡Reza por mí!

Luego subió con su esposo al carruaje, que partió á galope.

CAPITULO SÉTIMO.

La mano de Dios.—El trabajo.—Para lo que sirven las habilidades.—El ramo de violetas y la paloma.

I.

Cinco años despues de la boda de Paulina y en un callejoncillo sin salida, situado en uno de los barrios mas solitarios de la córte, se veia una casa húmeda, triste, é iluminada solamente por dos ventanitas muy bajas y angostas.

Conocíase, sin embargo, que aquella casa estaba habitada por una mujer y por una mujer jóven, por cierto no sé qué de pudoroso y encantador que sobresalia en medio de su fealdad.

Cubrian los emplomados, pero limpios vidrios de ambas ventanas, unas cortinillas de blanca muselina, cuyos pliegues estaban graciosamente recogidos con lazos de cintas de color de rosa.

En cada antepecho se veia una maceta de

barro fresco y encarnado, ostentando la una una zarza-rosa, y la otra un verde y pomposo sándalo.

¡El sándalo!

¡Yo no sé qué perfume tiene para las almas buenas esta humilde y aromada yerbecilla! Ella crece con preferencia en las casas de los pobres; y en las aldeas de mi pais apenas hay una ventanita que no esté engalanada con una mata de sándalo, plantada en un cajon de madera ó en un tiesto de barro.

Las novias entretejen en sus negras trenzas ramitas de sándalo al ir á recibir la bendicion nupcial.

Las muchachas ponen en su seno una hoja de sándalo para averiguar si sus amantes les son fieles en su ausencia: esta hoja debe estar cojida al salir la luna entre los olivares; y si al esconderse esta detrás del primer árbol la hoja se ha marchitado, las pobres jóvenes tienen por cierta la infidelidad de sus novios.

De hojas de sándalo cubren las madres los ataudes de sus hijos cuando la muerte les arranca de su seno antes de cumplir el primer año de su vida; y cada hacendado rico del pais planta una mata de sándalo el dia que nace su primogénito, otra de albahaca cuando nace el segundo hijo, otra de torongil al venir al mundo el tercero, y otra de mejorana cuando vé la luz el cuarto: si llegan sus hijos al número cinco, vuelve á empezar por el sándalo.

Por eso quizá cuando se pregunta á un mu-

chacho campesino qué edad tiene, contesta sencillamente, si cuenta diez años:

—Ya he visto mudarse diez veces las hojas de mi sándalo.

El noble y poético pueblo aragonés ha destinado el sándalo para sus primogénitos y esta planta significa, para él, el amparo de una casa y las esperanzas de una familia. Si muere el primogénito, se arranca la planta, se cubre con las hojas el ataud y se entierran las raices en la misma sepultura de aquel, cuya vida simbolizaba.

II.

La solitaria callejuela, de que he hablado, apenas se veia iluminada por el sol, jamás frecuentada por persona alguna.

Era tan estrecha, tan aislada, tan insignificante, que ni tenia aceras ni pasaba nunca por sus inmediaciones el carro de la limpieza pública.

De dia apenas tenia luz, y por la noche estaba completamente á oscuras, pues el ayuntamiento no habia creido necesario destinarle ni un solo farol.

Unicamente la luna, esa deidad consoladora que lo mismo alumbra el dorado palacio que la mísera cabaña, únicamente la luna le enviaba alguna vez un ténue rayo, que, pasando por entre los casi unidos tejados, iba á quebrarse en los emplomados vidrios de las dos míseras ventanas de la casita.

Siempre que aquella blanca y consoladora luz llegaba á ellas, penetraba tambien hasta el interior de la pobre vivienda, como si supiera que su cándido fulgor era un alivio para alguno de sus míseros habitantes.

Eralo, en efecto, para una mujer que iba siempre á colocar su frente cerca de la abierta ventana para que la iluminase la silenciosa luna.

Aquella mujer habia ya pasado la juventud y entraba en el estío de la vida. En su frente, blanca como la luz que iba á acariciarla, cándida como la de una niña, elevada como la quiere el talento y las grandes pasiones la necesitan, en su frente, digo, leíanse ya treinta abriles, escritos en ella con tristes é imborrables caractéres. Sus grandes ojos parecian de un azul mas puro é intenso que nunca. Su semblante, blanco como el lirio de los valles y dulcemente oval, conservaba toda la tersura de su cútis de nácar: pero en los ángulos de su boca se descubria un tristísimo pliegue, reliquia aciaga de amargos dias de sufrimientos.

Era Clemencia.

Clemencia que vivia cinco años hacia entre su padre idiota y su madre ciega. Clemencia que vestida con su hábito negro de la soledad, pasaba su vida entre los dos seres que se la habian dado.

Cuatro meses despues del casamiento de Paulina, despertó una mañana la señora de C. pidiendo que abriesen las ventanas, pues estaba á oscuras.

Los criados le contestaron que estaba lleno de sol su aposento y ella empezó á impacientarse llamando á voces á Clemencia; pero esta, que se hallaba presente y que lloraba en silencio, se abrazó á su madre sollozando y le pidió que tuviese resignacion para la dura prueba que el cielo le enviaba.

—¡Conque estoy ciega!... gritó la anciana retorciéndose las manos con desesperacion.

Clemencia no contestó. Hacia ya mucho tiempo que veia llegar aquella desgracia, que veia invadir los ojos de su madre á ese terrible mal, llamado *gota serena*, y habia pasado largos dias y eternas noches entregada al llanto y al dolor.

Desde la hora fatál en que la infeliz anciana se cercioró de su desventura, la mas espantosa desesperacion se apoderó de ella. Pasaba horas sin cuento sollozando, y cuando sus lágrimas y su aliento se agotaban, un quejido lúgubre y ronco, que sin cesar se escapaba de su pecho, sustituia el llanto con redoblado horror.

La vista de aquella desgracia y los contínuos gritos de su esposa, acabaron de postrar el ánimo del Sr. C. que cayó en el mas completo silencio y en la inmovilidad mas absoluta.

Al parecer, todos sus sentidos se habian enervado. En vano su hija inventó mil modos de conmoverle. En vano echó mano de todos los recursos que en otro tiempo le hacian sentir. Todas sus facultades se habian paralizado. Miraba sin ver: no oia, ni habia sonrisa en sus lábios, ni llanto en sus ojos.

Entretanto, aquella pobre familia se vió despedida de la casa que ocupaba.

Clemencia no quiso afiijir á su madre con esta triste nueva y tuvo el amargo consuelo de bendecir la pérdida de su vista y el idiotismo de su padre.

Vendió secretamente los mejores muebles de su casa para pagar al casero; buscó la casita mas pobre que pudo encontrar, é hizo trasladar á ella lo que les era absolutamente indispensable.

Luego dijo á su madre que, por querer el dueño para sí la habitacion que ocupaban, tenian que mudarse, y le rogó que se dejase trasladar en un coche.

Nada opuso la anciana á las razones de su hija; dejóse manejar con la inmovilidad de la desesperacion y el mismo carruage condujo á su nueva morada á entrambos esposos.

Clemencia iba sentada entre los dos.

Vestida con su negro trage de lana, cubierta la cabeza con una mantilla muy tupida y llorando silenciosamente, se asemejaba á la vírgen de los Dolores acompañando á su hijo en el camino del Calvario; solamente que aquella pobre criatura acompañaba á sus padres y no habia conocido ninguno de los goces de la maternidad.

No bien se instalaron en la nueva casa, sacó Clemencia de un gran cofre antiguo, que se habia reservado, las obras de bordado y de dibujo, que habian divertido sus largas horas de soledad; las entregó á una persona de su confianza para que las vendiese; empleó su importe en procu-

rarse provisiones para algun tiempo y se preparó á trabajar para atender á la subsistencia de sus padres que dependia casi enteramente de ella.

Los míseros ancianos no echaron de ver el cambio verificado en su posicion. Sus desgracias les evitaron este dolor, pues la ceguera de la una y el idiotismo del otro hallaban iguales todas las viviendas.

Pero la señora de C. no encontraba tranquilidad, durante el dia, ni sueño en la noche. Constantemente agitaba sus manos, se revolvia en el sillon ó en el lecho y murmuraba con ronco y apagado acento:

—¡La mano de Dios!... ¡La mano de Dios!...

III.

La vida de Clemencia era en estremo triste é igual.

Las necesidades de sus padres eran tantas, en su fatál estado, que apenas bastaba su renta á cubrir una parte muy pequeña de ellas; por cuya razon se entregaba á un trabajo asíduo y constante para proporcionarles alguna mayor comodidad.

Una criada anciana, que habia servido muchos años en casa de los señores de C., siguió formando parte de la familia; pero Clemencia se reservaba casi esclusivamente el cuidado de sus padres, no queriendo fiarlo á una persona estraña.

En el soitario callejon, que habitaba Clemencia, no habia mas que su casa y otra.

Esta última, situada enfrente, estaba habitada por un anciano sacerdote, cuya única familia y sola compañía era una hermana suya que contaba poca menos edad que él.

El alma dolorida de Clemencia se hallaba tranquila en aquel silencioso asilo. Para aquella mujer, nacida para amar, cuya vida se habia deslizado en medio del abandono y del sufrimiento; para aquella mujer, que, á la imperiosa voz del deber, habia ahogado dentro de su seno su primero y último amor, existia un encanto indefinible en todo lo que fuese triste como su corazon, oscuro como su porvenir, tranquilo como su alma.

Levantábase no bien la primera claridad del dia teñía de una débil luz los cristales de su ventana: vestia á sus padres; les sentaba á cada uno en un ancho sillon de baqueta; les daba el almuerzo por su mano, y luego se sentaba á bordar junto á aquellas vidrieras, á través de las cuales apenas se distinguia un pedazo de cielo que se asemejaba á una estrecha cinta azul.

Allí se abismaba en sus meditaciones, en las dulces memorias de su amor perdido, y mas de una vez gruesas lágrimas caian mezclándose entre las flores de su bordado.

La imágen del conde no se apartaba de su memoria, y ella le habia hecho un templo de su corazon.

En las grandes pasiones se hallan casi siempre fenómenos estraños, y Clemencia era feliz en lo posible, guardando en el santuario de su alma

aquellos breves y dulces recuerdos de los únicos dias hermosos de su triste vida.

Muchas veces el duro acento de su madre la sacaba de sus cavilaciones. La desesperacion habia agriado de una manera increible el carácter de la señora de C, áspero de suyo, sobre todo para Clemencia. Continuamente estaba aquella reconviniéndola. Sin cesar se lamentaba de su suerte, y apenas habia instante en el dia en que no nombrase á su querida hija, á su Paulina, cuya sola compañía podia darle tanta felicidad.

Pero esta hija tan amada parecia haberse olvidado completamente de sus padres. Durante el primer año de su matrimonio, escribió alguna vez. En el segundo, apenas lo hizo en tres distintas ocasiones muy lejanas. Despues no volvieron á recibir carta suya.

Clemencia sufria con una resignacion de ángel, con una abnegacion heróica los ultrajes y las imprecaciones de su madre. Consolábala dulcemente cuando se quejaba del abandono de Paulina, y no escaseaba los cuidados ni las caricias para tranquilizarla.

El pobre idiota conservaba tambien su frágil existencia, merced á los desvelos de su hija. Solo en presencia de esta se iluminaba su mirada con una chispa fugaz de inteligencia.

Dios bendecia el trabajo de aquella santa criatura: parecian triplicarse sus fuerzas, y cada dia brotaban nuevos primores de sus rosados dedos; pero ¡ay! Clemencia no contaba con otra felicidad que con la que proporciona la tranquilidad

del alma, pues cuanto ganaba bastaba apenas para cubrir las mas precisas necesidades de sus padres.

IV.

Lo que habia aprendido Clemencia para recrear su solitaria niñez formaba toda su distraccion en la amarga vida que arrastraba hacia cerca de cinco años.

Cuando despues de seis ó siete horas de trabajo, se sentaba delante de su piano, que no habia querido vender, y cantaba alguna dulce balada, ó tocaba una de sus sonatas favoritas, olvidaba todas sus penas y su alma se remontaba á mas serenas regiones.

Tampoco habia abandonado la pintura, ni el estudio de los idiomas que habia aprendido.

Cuando se sabe hacer del tiempo una distribucion acertada, suple este para todo y pueden llenarse nuestras obligaciones bien y exactamente, sin que por eso tengamos que renunciar á toda distraccion.

Clemencia era sensibie y recta en estremo. y sabia que el deber no es un verdugo; que Dios nos ha concedido horas de trabajo y de descanso y que debemos oponer fortaleza á las desgracias de la vida.

Aquella mujer habia llegado á los treinta años de su vida con la tranquilidad, con la conciencia de la verdadera virtud; pero con el espiritualismo y la pasion inherentes á esta edad,

una de las mas bellas de las mujeres que han nacido con una organizacion privilegiada.

Y digo de las mas bellas, porque al llegar á ella, la mujer reune al desarrollo completo de su imaginacion, la cantidad de dolores y de desengaños que le son suficientes para conocer el mundo y para distinguir lo verdadero de lo falso. Porque á esta edad, sabe serlo todo; amante fiel, buena esposa, escelente hija y amorosa madre. Sabe dar á la sociedad lo que se merece y separa perfectamente sus afecciones unas de otras haciéndolas todas esclusivas y perfectas.

Los treinta años son el descanso que hay para la mujer entre las ilusiones de la juventud y las decepciones de la edad madura: porque esta edad es el punto donde se mezclan la risa y el llanto. Donde la coquetería se ostenta en todo su esplendor. Donde el sentimiento llega á su apogeo.

Los treinta años de Clemencia tenian mucho de encantador.

Esta los vió llegar con alegría porque solo deseal a que su corazon cesase de latir y que la calma de los años sucediese á las tempestades de su juventud, tan valerosamente sobrellevadas.

V.

Algunas veces, al ir á recoger en su frente el ténue rayo de luna que iluminaba su ventana, y ver reproducida su efigie en las angostas vidrieras, una sensacion penosa agitaba su co.d-

zon encontrándose tan graciosa y tan llena de encantos.

Con admiracion suya sus ojos no se apagaban y su cabellera conservaba toda su riqueza y su hermosura.

Una mañana, al abrir los cristales, quedó asombrada.

En el antepecho de la ventana habia un ramo de violetas, atado con una cinta verde; y encima del ramo aleteaba una paloma blanca, encerrada en una jaula.

Clemencia tomó las flores para aspirar su perfume; mas no bien las hubo tocado, cayó en su falda, un billete que decia así:

«Ya he vuelto, Clemencia, y el amor que alimentaba por tí, arde aun en mi corazon; dime si quieres ser mia, y deja esta noche tu carta en el antepecho de la ventana.

»Adios, Clemencia; y que esas flores, emblema de tus gracias, y esa paloma, símbolo de tu pureza, te recuerden todo mi amor.

»El conde de S.»

Clemencia dejó escapar un débil grito al acabar de leer, y cayó sin sentido en el suelo.

CAPÍTULO OCTAVO.

Martirio sin gloria.—Heroismo del amor filial.—Por fin la felicidad.

I.

La carta del conde quedó sin respuesta.

Clemencia no podia escribir. Su agitacion, estrañamente violenta, solo le permitia levantar sus ojos al cielo pidiéndole valor para sufrir la ruda prueba que le esperaba.

Llegó, por fin, la noche del siguiente dia.

Clemencia tenia los ojos secos de llorar y el corazon yerto de sentir. Los ocho años de tormento, de tristeza, de pasion comprimida; aquellos ocho años, que reasumian una juventud, sacrificada en el altar del deber, se presentaban dulces y hermosos á su memoria, comparados con lo que entonces sentia.

¡El único hombre, á quien habia amado, estaba cerca de ella!

¡El tambien habia conservado dentro de su pecho aquel amor, nacido en una fecha tan remota que, durante su plazo, otros hombres agotan su corazon y su existencia corriendo tras de brillantes y ruidosos goces!

¿Cómo pagarle tanto cariño, tan rara constancia?

¡Ah! ¡Muy amarga debia ser la recompensa!

Cuando los pasos del conde resonaron en el sombrío callejon, lanzóse Clemencia á la ventana de su cuarto como impulsada por una fuerza magnética.

Sus padres dormian. Eran las once, y la luna llena enviaba aquel rayo consolador que destinaba siempre para alegrar á Clemencia.

El ramo de violetas, colocado en un vaso de cristal, despedia un suave perfume, y la blanca paloma aleteaba en su jaula.

Al ver la sombra del conde, Clemencia se apoyó estremecida en la madera de la ventana y llevó la mano al corazon que parecia querer romper la cárcel de su pecho.

El conde se dirigió á la baja ventanilla para buscar en ella la contestacion á su carta y entonces vió á la pobre jóven, inmóvil como una estátua, y cuyo semblante, alumbrado por la luna, parecia de mármol.

—¡Clemencia! gritó con un acento arrancado de lo mas profundo de su corazon.

Clemencia no contestó. La conmocion la ahogaba.

—Clemencia, continuó el conde, al verte aquí,

creo asegurada mi felicidad, porque conozco tu nobleza y sé que no podias darme esperanzas que no hubiera de ver cumplidas.

Clemencia hizo un esfuerzo supremo y contestó con voz quebrantada y triste:

—He venido, señor conde, porque deseaba mucho asegurarle de que mi amistad no se ha entibiado con el tiempo y para darle gracias porque me conserva la suya en medio de mis desventuras.

—¡Sí, sí! ¡ya sé que la desgracia ha descargado sobre la cabeza de V. su mano terrible! respondió el conde adoptando con triste orgullo el lenguaje ceremonioso de Clemencia, por eso he volado á consolar á V. y á ofrecerle mi corazon para escudo de sus dolores.

—¡Gracias, gracias, conde! murmuró Clemencia que no podia contener su llanto, cada instante mas copioso y desgarrador.

El conde atribuyó aquellas amargas lágrimas al sentimiento de sus pesares y lo respetó guardando silencio.

—¿Y mi hermana? preguntó por fin Clemencia haciendo un nuevo y mas penoso esfuerzo para serenarse: ¿la ha visto V. desde que salió de Madrid?

A no impedirlo la oscuridad de la noche, Clemencia hubiera notado en las facciones del conde una marcada espresion de disgusto y de repugnancia; pero la pobre jóven no pudo descubrirla, y al ver el silencio de su interlocutor, repitió su pregunta.

—Paulina es embajadora, contestó friamente el conde.

—¡Cómo!

—Su esposo ha sido nombrado embajador por su nacion cerca del emperador de los franceses.

—¡Y Paulina no nos lo ha escrito! esclamó amargamente Clemencia.

—Paulina es una mujer *de moda* en toda la verdadera acepcion de la palabra, repuso el conde con un tono de voz que daba á entender muy fácilmente que semejante conversacion le hacia daño: el placer es su vida y no se acuerda de otra cosa que de correr en pos de él.

—¡Dios mio! ¡Ni aun de mi madre que la amaba tanto!... murmuró Clemencia con doloroso asombro.

—De su madre, menos que de nadie: alguna vez nombra á su padre y á su hermana; pero jamás á su madre: los mortales, por esa chispa divina, imágen del mismo Dios y que se llama alma, tenemos un instinto admirable de justicia y solo amamos á los séres que nos hacen buenos con su ejemplo ó con sus correcciones: nuestros afectos se estienden á veces á los indiferentes ó inofensivos; pero nunca podemos profesar cariño ni estimacion á aquellas personas que se han complacido en viciar nuestro corazon y nuestros sentimientos con culpables condescendencias; es ley amarga, pero justa, de la naturaleza, y quizás es una de las pocas que se cumplen con inexorable rectitud.

II.

—Pero hablemos de nosotros, continuó el conde, deseoso de dar otro giro á los tristísimos pensamientos que, al parecer, embargaban á Clemencia, y deseoso tambien de ver iluminado, con el sol de la ventura, el horizonte de su porvenir; hablemos de nosotros, Clemencia, y hablemos ya con la franqueza, con la lisura que tanto he anhelado y que jamás me he atrevido á usar: dejemos las vanas fórmulas de la sociedad y séame permitido preguntar como los hijos de los antiguos patriarcas á la mujer de su amor: ¿quieres ser mia?

Clemencia no pudo contestar mas que con un tristísimo suspiro.

—Responde, prosiguió el conde con mas fuego todavía; respóndeme, Clemencia: yo vengo á poner á tus piés mi nombre y mis riquezas: vengo á ofrecerte mi mano. ¿La aceptas?

—No puedo; contestó la jóven recobrando de repente toda su entereza, no puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Mi vida es de mis padres.

—Serán mis padres tambien.

—¡Ah! esclamó Clemencia con un doloroso arranque: ¿no sabes que rehusé seguirte cuando estaban sanos y tenian pan? ¿Cómo he de poder dejarlos ahora que están enfermos y desvalidos?

—Seremos dos á cuidarlos.

—¡Solo al corazon de una hija pueden ser gratos los desvelos que necesitan!

Pero tú se los prodigarás...

—Yo te repetiré ahora lo que te dije hace ocho años.

—¡Ah! esclamó el conde retorciendo sus manos; ¡no me repitas nada de lo que me digiste en aquella época fatal, porque cada una de aquellas palabras me arrancó una esperanza!

—Es preciso, para que conozcas que no es falta de amor lo que me hace renunciar á tí y que solo un imperioso deber me aparta de tu lado: te dije que, casada, mi tiempo y mis cuidados mejores serian para mi esposo y que forzosamente tendria que desatender á mis padres... lo que entonces hubiera sido culpable, seria hoy espantoso además.

—Pero, si yo les robo una parte de tu amor, mis riquezas le compensarán con todo género de comodidades.

—¡Vivir mis padres de limosna pudiendo mantenerlos yo! gritó Clemencia haciéndose atrás horrorizada; ¡nunca, señor conde, jamás!

—¡Pero desdichada! esclamó el conde cuyo dolor estraviaba su razon, reflexiona que tienes treinta años... que mi amor ha sobrevivido á todo... ¡pero que no hay quien comprenda lo que vales como yo!... ¡que te encontrarás sola, con una vejez anticipada por los dolores, por el aislamiento, por la pobreza!

—Un movimiento brusco de Clemencia interrumpió al conde: esta abrió de par en par la ven-

tana y mostró al exasperado amante á sus ancianos padres dormidos uno junto al otro en dos grandes sillones de baqueta oscura.

—En tanto que esos míseros ancianos vivan, dijo Clemencia, mi sitio está entre los dos: ahí viviré: por conquistar ese sitio he pasado una juventud solitaria, y únicamente los abandonaré cuando los haya dejado acostados en sus tumbas!

Un largo silencio sucedió á estas palabras.

Luego el conde tomó la diestra de Clemencia y la besó respetuosamente. Aquella mano estaba temblorosa y abrasada.

—Admite al menos una corta pension para tus padres, dijo el conde tímidamente y en actitud ya de alejarse.

—¿Cómo he de admitir dinero para ellos de una persona estraña, si por no partir la santa alegria de sustentarlos rehuso por esposo al hombre á quien amo tanto? contestó Clemencia con desgarradora sonrisa.

—Adios, continuó rompiendo de nuevo el silencio que habia vuelto á reinar: adios, repitió sollozando: este hábito de la Soledad, que llevo desde que renuncié á tu compañia, es el símbolo fiel de la soledad de mi corazon y el luto que llevo por mi felicidad.

El conde se alejó lentamente.

Clemencia le siguió con una tristísima mirada. Cuando le perdió de vista le pareció, que se desataban todos los lazos de su vida, y cayó sin sentido sobre el pavimento murmurando con apagada voz:

—¡Ya he apurado el dolor mas amargo de la vida!

III.

Desde aquella funesta noche, se fué apagando la existencia de Clemencia. Todas sus distracciones habituales, la música, los dibujos, los libros, todo quedó olvidado.

Un dolor sordo y amargo la consumia en la soledad de su cuarto. A veces pasaba horas enteras sin hacer ningun movimiento, sin que un rayo de inteligencia asomase á sus nublados ojos. Otras rezaba en alta voz para romper el aterrador silencio que la circuia, porque su madre habia caido en una inmovilidad y una atonía casi tan completas como las de su padre.

Aquella madre, que tan imprudente habia sido, aquella mujer que habia amado el mundo hasta el estremo de verse abandonada por él en vez de abandonarle prudentemente, sentia ahora el dolor mas cruel, al pensar en la ingratitud de su hija menor que vivia en medio del fausto y de la opulencia.

Los remordimientos la devoraban; pero en su carácter, acre y violento, solo servian para exasperarla mas contra su suerte.

La conducta de Clemencia para con ella le parecia una acusacion silenciosa, un reproche contínuo por el abandono en que siempre la ha-

bia tenido; y apenas pagaba con una palabra que no fuese amarga sus cuidados y atenciones.

Así la pobre mártir no tenia ni aun la recompensa de la gratitud por parte de aquellos por cuyo bien habia sacrificado la dicha de toda su vida.

El idiotismo de su padre, la dolorosa exasperacion de su madre, incapacitaron á entrambos de todo sentimiento dulce.

De este modo pasaron otros tres años. Durante ellos la buena y anciana hermana del sacerdote, que ocupaba la otra casita del callejon, no vió salir á Clemencia de su casa mas que para ir, al rayar el alba, á oir misa en una capilla muy cercana.

Llegó un domingo, sin embargo, en que no la vió salir: preguntó á la anciana criada que si ocurria alguna novedad y le contestó que el señor estaba muy malo; que no hablaba ni abria los ojos y que se habia llamado á un médico que no daba ninguna esperanza de salvarle.

Al anochecer de aquel dia entró el Viático en casa de Clemencia, y al rayar la primera luz del siguiente rindió el señor C el último suspiro.

Clemencia no se apartó un instante del lado de su padre; le cuidó en su enfermedad con increible esmero, cerró sus ojos y le colocó en el ataud.

La muerte de su esposo fué un golpe fatal para la señora de C: cayó esta en una abstraccion sombría y en un silencio tan obstinado que nada bastaba á hacérselo romper y aun no habia

transcurrido un año de su viudez, cuando Dios la llamó tambien á su seno.

IV.

El mismo dia que la desdichada anciana fué depositada en su sepulcro y á la hora en que el crepúsculo de la tarde empezaba á reemplazar á la brillante luz del dia, Clemencia, vestida de negro, y envuelta en una tupida mantilla, se dirigia sola y á pié al cementerio y se arrodilló entre las sepulturas que encerraban los restos de sus padres.

—¡Adios! esclamó sollozando; ¡adios, seres queridos cuya vida, cuya compañia eran mis únicos bienes! Decid al Eterno Señor de todo lo criado que os cuente lo que he perdido por vuestro amor y consoladme desde el cielo de la mayor de mis pérdidas..... de vuestra muerte!....

—Aquí estoy, Clemencia; murmuró á su espalda una voz que la hizo estremecer; vengo á partir contigo, ahora tu pena..... luego la felicidad.

Clemencia tendió llorando una de sus manos al conde; este la tomó, y sin soltarla se arrodilló sobre aquella doble tumba donde oró un breve rato.

Despues se levantó; pasó bajo el suyo el brazo de Clemencia y salió con ella del cementerio conduciéndola á casa de su anciana madre, con

quien vivia ya enteramente solo por haberse casado sus dos hermanas.

La condesa recibió á Clemencia en lo alto de la escalera y al verla llegar con su hijo le abrió los brazos, diciendo:

—¡Bien llegada sea mi querida hija á la casa de su madre, y quiera Dios que halle en ella una suma de felicidad igual á la que va á derramar en torno suyo! ¡La que ha sido modelo de hijas, será tambien modelo de esposas y de madres!

V.

Un mes despues, se celebró el casamiento de Clemencia con el conde.

La anciana condesa no permitió mas dilaciones, temerosa de que se escapase á su hijo aquel tesoro.

Tal temor no era, en verdad, infundado al ver á Clemencia

Pálida está como una estátua de cera, flaca como una sombra, con sus grandes ojos hundidos, parecia amenazada de un cercano fin.

Aun era, no obstante, una mujer encantadora y sus treinta y cuatro años podian arrebatar mas corazones que los que, á esta misma edad, hizo esclavos suyos María Antonieta de Francia.

El conde contaba los mismos años, y podiase

decir, que, como los amantes de Teruel, él y Clemencia habian visto la luz *en un dia y á una hora*.

Para ir á la iglesia quitóse Clemencia el hábito de la Soledad, reemplazándole por un riquísimo traje, regalo de su nueva madre y el primero de valor que en su vida habia usado: cubrieron sus cabellos de diamantes y la misma condesa colocó en su cabeza el velo nupcial.

Clemencia recobró pronto la salud. Su padecimiento era moral, y la dicha la hizo mas hermosa, mas risueña que lo habia estado nunca.

Un año despues de su matrimonio llegó Paulina á Madrid.

Aunque esta contaba un lustro menos que su hermana, su belleza habia desaparecido por completo. Su graciosa fisonomía se habia vuelto dura y ceñuda, porque sus caprichos, nunca contrariados, habian dado á su carácter una irascibilidad increible.

El apacible y encantador semblante de Clemencia conservaba la dulce frescura del lirio del valle.

Paulina, cuyo marido hacía largo tiempo que estaba aburrido de ella por su carácter frívolo, y por todos aquellos defectos inherentes á la mujer vulgar, se hizo mordaz, envidiosa é inaguantable.

El mundo habia agostado su juventud y viciado su carácter.

Quiso hacerse devota, pero la religion nada

decia á aquel corazon seco y á aquella alma fria y destituida de toda elevacion.

Clemencia vive hoy dichosa haciendo la felicidad de cuantos la rodean y viéndose cercada de tres hijos que le pagan el sublime sacrificio que hizo con sus padres.

CAPITULO NOVENO.

La modestia.

I.

Despues de terminar la historia de Clemencia y de Paulina, os repetiré, lectoras mias, lo que os dije al concluir la de Magdalena y sus hijas: esto es, que hay en la sociedad, no obstante lo que se declama contra su corrupcion, tales ejemplos de virtud que para hacer que esta sea amada, basta con repetirlos en vez de dar áridas lecciones.

En efecto, ¿qué pudiera yo haberos dicho acerca del amor filial que fuese mas elocuente que el comportamiento de Clemencia para con sus padres?

¿Cómo podria haberos manifestado, mejor que

contándoos esta sencilla historia, que Dios jamás deja á la virtud sin recompensa y que, aunque tarde en concedernos el premio de nuestros sufrimientos, nos le concede al fin mas grande y hermoso de lo que nuestra ambicion podia esperar?

Las teorías del deber parecen muchas veces exageradas: pero manifestando el modo de ejercerlas, se comprende cuán grato es de practicar y cuán ópimos frutos produce.

Por eso es mucho mejor para los espíritus débiles recibir la moral envuelta en los encantos de la narracion; y persuadida de esta verdad, he escrito para la juventud una coleccion de historias que contribuya á hacerla amar lo bueno sin aturdirla con fatigosos preceptos.

Deleitar haciendo bien. Hé aquí la mision de la escritora; y esta mision le ha sido dada por el mismo Dios, al encender en su mente el fuego de la inspiracion.

Preciso es que la corona de espinas de Clemencia haya lastimado vuestras propias sienes, queridas lectoras mias: preciso es que vuestro corazon haya quedado dolorido con los martirios de aquella santa mártir; mas para endulzar el sabor amargo que dejan siempre en el alma—cuando esta es tierna—los infortunios muy acerbos de nuestros semejantes, voy á daros, lectoras mias, en este capítulo un ramillete de perfumadas violetas.

Porque la modestia tiene la belleza, la suavidad y el dulce aroma de estas flores. La modes-

tia, como la violeta, se oculta con ese grato é inimitable rubor de la inocencia, pero su perfume la descubre, y hace que sean admirados sus encantos y su gracia, aun por los mas indiferentes.

II.

La modestia es una cualidad de tanto mérito y realce, que no puede confundirse con otra alguna ni oscurecerse con ninguna nube.

La modestia es el mayor encanto de la mujer ó, mejor dicho, el complemento de sus encantos, pues ella puede compararse á esos diáfanos y blancos velos que las mujeres echan sobre su rostro para parecer mas bellas. Y así como esos velos ocultan los leves defectos del semblante, encubriéndolos vagamente, y hacen resaltar todas las perfecciones de la que los usa, del mismo modo la modestia disimula todos los defectos del carácter y hace resaltar todas las bellas cualidades.

No hay falsa modestia.

La mujer que, sin poseerla, pretende hacer alarde de ella, no conseguirá mas que ponerse en ridículo, rebajándose lastimosamente. Porque la modestia es tan suavemente humilde, que ni se apercibe de su propia belleza, ni se toma el trabajo de mostrarse. Se la adivina, como á la violeta, por su aroma. Se la busca y, una vez en-

contrada, se la contempla con arrobamiento y se la ama.

La modestia es dulcemente magestuosa; altiva con suavidad; amable y encantadora como todas aquellas prendas que tienen su base en la escelencia y bondad del corazon.

Una mujer, que no haga alarde de lo que vale, es una cosa tan rara, ó al menos se considera tan escasa, atendida la vanidad que se achaca á nuestro sexo, que, con razon, se la contempla con admiracion y simpatía.

¿Y sabeis lo que es simpatía?

Es uno de los mas dulces lazos del género humano. Es el término que separa el cariño de la indiferencia. En las mujeres, así como en los hombres, es el primer eslabon de la cadena de la amistad. Entre un hombre y una mujer es el primero de la cadena del amor.

Los lazos de la simpatía son fuertes y durables: son gratos, espansivos, libres de toda sujecion, porque la simpatía no nace de las leyes del deber, ni nace de la gratitud, ni es esclava de las exigencias de la sociedad.

La simpatía es espontánea, brota en el corazon como brota una madreselva en las tapias de un huerto ó de un patio.

La simpatía y la modestia jamás se separan, sobre todo, en la mujer: porque la simpatía, que esta inspira, es casi siempre emanada ó nacida de su modestia.

III.

La modestia tiene dos manifestaciones.

Modesta es la mujer que en su porte, en su traje y en sus modales, conserva aquella dulce dignidad que le impide todo movimiento indecoroso ó poco conveniente.

Y modesta es la que ningun alarde hace de su mérito, la que le deja adivinar ó que se descubra solo por su propio brillo.

Sea cualquiera de estas dos formas la que tome la modestia, cautiva siempre.

La alabanza propia envilece, ha dicho un sábio, y esto lo vemos confirmado todos los dias.

El mérito de una persona, por grande que sea, es despreciado si esta hace de él una ridícula ostentacion, ó si mira con desden el de los demás.

Y este desprecio hácia la altanería es inherente á la naturaleza humana.

Cada uno de los mortales tiene su dignidad, que es muy peligroso hollar; y á falta de dignidad, existe en todos un sentimiento invencible de amor propio.

Por eso las personas modestas son tan simpáticas y tienen tantos amigos.

Aunque la simpatía es espontánea, casi nunca es inmotivada, y una persona dulce y modesta despertará muchas mas simpatías que una vana y altanera.

A la mujer modesta se le concede mérito de buena voluntad, por lo mismo que ella parece desconocerlo.

A la que exige homenages se le niegan hasta las atenciones mas comunes; porque, fuerza es confesarlo, en nuestro sexo predomina la envidia; y por eso dije en otro capítulo que la mujer, que ha nacido privilegiada en las dotes intelectuales, tiene que hacerse perdonar esta ventaja por su dulzura y suavidad.

Lo mismo que dije tocante á la belleza intelectual, digo ahora respecto de la hermosura física.

La que se ensoberbece con ella, la que exige admiracion, lejos de obtenerla, únicamente conseguirá que se le niegue todo mérito; ó si se le concede, lo que es todavía peor, que se la rebaje con alguna calumnia, inventada por la envidia y la maledicencia.

La modestia es casi siempre un puerto seguro contra todos estos peligros; porque la modestia es tan benignamente dulce y bella, que ni exige homenages ni ofende á nadie.

IV.

La modestia impone deberes, que quizá parecerán muy árduos á las jóvenes, cuya educacion haya hecho que los desconocieran: porque es muy cierto que la modestia la inculca una buena

madre en el carácter de sus hijas desde su mas tierna edad.

La modestia prohibe toda postura indecorosa, los modales desenvueltos, los trajes, cuya hechura exagerada dé lugar á la crítica por llamar escesivamente la atencion.

La modestia exige esa delicada reserva, de que ya he hablado, y que aconseja á la mujer salir poco de su casa y no prodigarse demasiado en público.

La modestia exige que toda jóven ignore, ó al menos aparente ignorar todo aquello que su edad y estado le prohiben saber.

Por mas que alhague á una jóven, por la viveza de su carácter, esa reputacion de *chistosa* que se concede á otras, debe despreciarla por la de *modesta*.

Confundir la *gracia* con el *chiste*, es un error lamentable La *gracia* es inseparable de la modestia. El *chiste* sienta bien algunas veces al hombre, pero jamás á la mujer, porque es consecuencia de la desenvoltura.

He visto muy de cerca á algunas jóvenes, que apenas habian salido de la infancia y empezaban teniendo en la conversacion ciertas libertades, inocentes en un principio, pero que eran aplaudidas como otras tantas gracias.

Aquellas licencias fueron creciendo poco á poco mucho mas de lo conveniente; mas los padres y hermanos esclamaban sin cesar:

—¡Qué chistes tan oportunos! ¡Qué sal! ¡Qué chispa!

Y la sal y la chispa se convirtieron al fin en una desenvoltura repugnante; en una maledicencia insoportable, y en una absoluta falta de pudor y de delicadeza.

¿Cómo era posible que estas mujeres no estuviesen rodeadas de enemigos?

Quizá, sin mas faltas que sus *chistes* y su *sal*, han perdido su reputacion por la venganza de los que han sido ofendidos con su maledicencia, ó blanco de sus *chispeantes* burlas.

La que ansía la reputacion de chistosa, será muy fácil que adquiera la de maldiciente: porque de la sátira á la murmuracion, es tan rápido el declive, que no basta la débil inteligencia de la mujer para que la conduzca por él sin despeñarla.

La madre, que ambicione la felicidad de su hija, hágale entender, desde que su tierna inteligencia lo permita, que es mejor pasar por mujer modesta que por mujer vivaz y chistosa. A estas últimas se las teme. Las primeras son casi siempre simpáticas, ó al menos, se juzgan inofensivas.

La modestia llegará á serles natural, si la buena educacion les hace comprender su belleza: porque si bien es cierto que la modestia nace con la criatura, no lo es menos que esta pueda adquirirla aunque haya nacido destituida de ella.

Si á una niña en vez de aplaudirle los modales desenvueltos de que use, se le afean aconsejándole otros mas dulces y templados, es indudable que dejará los primeros para no hacerse

odiosa y despreciable. Si se le enseña á hablar poco y oportunamente, á no criticar á nadie y á cuidar de sus propias acciones y decoro, seguramente que no charlará sin tino, cayendo en la murmuracion, escollo inevitable cuando se habla mucho. Si se le dice que la gracia es la moderacion, la dulzura, la templanza, la modestia, en fin, no hará alarde de descaro ni de chistes poco convenientes en su edad. Por último, si se conserva en su alma esa flor delicada que se llama pudor, no la vereis nunca con la mirada oblicua de la hipocresía, ni con esa descocada que vende el fatal *¿qué se me da á mí?* cáncer de nuestra sociedad y de la virtud de la mujer.

V.

La verdadera gracia, la gentil coquetería, la distincion en los modales, son inseparables de la modestia, y por lo tanto, la mujer mas destituida de atractivos personales puede ser encantadora si es modesta.

Pocas, muy pocas nacen completamente hermosas y así la mujer debe buscar todo aquello que realza sus gracias personales; porque esto, lejos de ser una falta, es un homenage á la providencia, puesto que se manifiesta estimacion hácia las ventajas y los dones que nos ha concedido.

La exageracion en el traje y en el peinado

casi nunca sienta bien, sea cualquiera la figura y facciones de la que la use.

La modestia impide que llamemos la atencion, y por eso evita casi siempre el ridículo.

El buen gusto no es el uso de los adornos pomposos, de los colores fuertes, de las formas estraordinarias en los vestidos; por el contrario, en el tocado y adorno de una mujer de buen gusto, preside casi siempre una gran sencillez, y la sencillez es uno de los preceptos de la modestia.

Además, la modestia no solo se acomoda á todas las fortunas, sino que embellece las posiciones mas medianas.

El lujo de los pobres es la limpieza, como dijo el malogrado Sué.

Si á una limpieza esquisita, se reune el buen gusto y esa coquetería propia del hogar doméstico y necesaria en la mujer, esta se hará admirar en todas partes.

Vosotras, madres respetables, que por la mediania ó escasez de vuestra fortuna sufris tanto con las privaciones de vuestras hijas: vosotras que, al contemplar con orgullo su belleza, llorais de sentimiento por no poder adornarlas segun vuestro deseo: creedme, si son modestas y virtuosas, vuestras hijas alcanzarán mas simpatías con su sencillez que las opulentas damas que carecen de esta amable cualidad.

El mundo, es verdad, rinde vasallaje á la opulencia, pero solo rinde culto á la virtud: aplaude los talentos brillantes, el fausto, todo aquello,

en fin, que deslumbra; pero al mismo tiempo trata de empañar esos talentos con los tiros de la envidia, y calumnia el fausto que le deslumbra.

Unicamente ama y estima verdaderamente á la modestia, porque la modestia es la base de muchas virtudes, y semejante á una perfumada diadema que adorna una cabeza herida, recrea con su celestial aroma á la sociedad, encubriendo los defectos de quien la posee.

CAPITULO DECIMO.

La amistad.

I.

La humanidad se hace á sí misma muchas injurias sin premeditacion alguna, y aun á veces complaciéndose en su propio daño, á la manera que un pobre herido, exasperado con sus dolores, pugna por arrancarse los vendajes que han de cicatrizar su llaga, para darse mas pronto la muerte.

Oid á los hombres. Ellos niegan que exista la fidelidad, el amor, la generosidad y todos los sentimientos tiernos del alma.

Escuchad á las mujeres. Todas se quejan de que no hay amistad posible en el mundo, y de que han sufrido ya mil desengaños, y esto por jóvenes que sean.

¿De qué proviene, pues, un mal tan general y tanta sentida queja? Conociendo todos las llagas, los dolores, las debilidades de la humanidad ¿cómo es que no hay uno solo que busque y halle su remedio?

¡Ah! Eso consiste en que todos nos quejamos de las faltas agenas sin conocer las nuestras. Eso consiste en que no queremos sufrir las flaquezas de los demás sin pensar en que los demás tienen que sufrir las que nos son propias.

Por eso se busca á la amistad y no se la encuentra.

La sociedad está casi dominada por el egoismo, y el egoismo es enemigo de la amistad, así como lo es de todo sentimiento dulce y puro.

La amistad es una de las mas hermosas flores de la vida, pero crece únicamente á la sombra de la tolerancia y de la indulgencia.

Si para dar nuestra amistad esperamos á encontrar una persona perfecta, jamás tendremos amigos. Ningun mortal está exento de defectos; y así debemos solo procurar que el ser á quien amemos, tenga los menos posibles ó que sean de tal naturaleza que podamos soportarlos sin menoscabo de nuestra dignidad.

Conozco que á esto se me podrá dar la siguiente lógica contestacion:

—No hay necesidad alguna de soportar las faltas agenas por amistad solamente: amigos que hagan padecer, no son convenientes, y mejor se está uno solo en su casa que sufriendo las impertinencias de los demás.

Mas ¿qué nos queda si desperdiciamos las simpatías del alma, si desairamos las bellas prendas que posee una persona, solo porque se le reconoce algun defecto?

Antes de pasar adelante bueno será definir la amistad, si no tal como es en sí, tal, al menos, como yo la comprendo.

La amistad es, á mi modo de ver, una necesidad del alma, que ha menester abrirse á la espansion y á la confianza. Verdad es que hay ciertas almas que no necesitan afectos ni ternura; pero ¡desdichados de aquellos que poseen tan fatal privilegio!

II.

Las niñas, desde los cinco ó seis años, empiezan á desear las amigas. Sus juguetes las divierten mas cuando están con otras compañeras de su edad. Suelen adornar á sus muñecas para la hora en que han de venir á jugar con ellas y aguardan esta hora con estremada impaciencia; empero bien pronto empieza la envidia á dividirlas, aun en una edad tan tierna; se incomodan por mil futilidades, aunque en seguida vuelven á hacer las paces.

Cuando las niñas se han convertido en jóvenes, las incomodidades son mas sérias y la paz tarda mas en firmarse ó no se firma mas que en apariencia. Y es que la infancia tiene pocos la-

dos vulnerables, en tanto que la juventud tiene muchos, y por lo mismo puede recibir heridas mas dolorosas y en mayor número.

Asistid, si no, á una reunion de jóvenes de quince á veinte años. Cada una se esmera en ponerse lo mas elegante posible para deslucir á sus amigas. Cada una ha estudiado el peinado mas de moda. Cada una se mira sus adornos con complacencia, comparándolos con la que los lleva de mas precio y con la que los lleva mas modestos.

La primera de estas dos comparaciones la hacen con sentimiento. La segunda con una alegría que tiene mucho de amarga como todo aquello que es injusto.

La vanidad se sobrepone á todo y los goces de la vanidad son tan escasos y mezquinos como dolorosas sus heridas.

Entre las jóvenes que se llaman amigas, suele haber tambien otra especie de rivalidad mucho mas fatal y que trae casi siempre muy tristes consecuencias.

Hablo de la rivalidad en amor.

En vano será que dos amigas se hayan querido entrañablemente y se lo hayan demostrado de mil modos si los celos se interponen entre ellas. En este caso, ninguna de las dos queda con la serenidad bastante para examinar quién vale mas, si el amante ó la amiga; porque regularmente el hombre, objeto del amor de entrambas, ha hecho creer á una de ellas que la amaba única y sinceramente, y luego, por esa incons-

tancia propia de la humana naturaleza, se ha prendado ó ha fingido prendarse de la amiga de su amada.

Si una de las dos jóvenes tuviera la suficiente fuerza de alma para investigar la verdad del caso, á fin de cerciorarse de si el que la hace sufrir juega con las dos y si realmente su amiga es víctima de una alucinacion, entonces quizá no se rompiera la amistad que las unia y quizá tambien el fingido amante llevase la leccion que merece en el desprecio de entrambas; pero la triste que se juzga vendida, se contenta con llorar y con maldecir á la que obtuvo su amistad.

III.

Yo he conocido há poco tiempo y he tratado con la mayor intimidad á dos jóvenes, en las que todo se habia reunido para que se amasen y las que, por una fatalidad muy comun, llegaron á cambiar en la mas violenta antipatía la amistad que antes se habian profesado.

Ambas contaban la misma edad y ambas se habian criado juntas, pues sus madres estaban unidas tambien por la amistad mas estrecha.

La una, alta, morena, robusta, con hermosos cabellos castaños y rasgados ojos negros, tenia tres meses mas que su compañera, quien, á causa de su delgadez, y la circunstancia de ser

en estremo delicada, aparentaba cuatro años menos.

Esta era pequeña, rubia y tímida: modesta en sus palabras, contenida en sus ademanes, de dulces y suaves movimientos. Sobrábale de encanto lo que á la otra de energía y de varonil resolucion, y hubiérase dicho que entre las dos completaban un hermoso ser que reunia en sí todas las gracias y atractivos que Dios ha legado á la mujer.

Amábanse mucho y no se ocultaban la una á la otra ninguno de sus pensamientos, cuando apenas llegadas á esa dichosa edad, que separa á la infancia de la juventud y que participa de entrambas, dos jóvenes empezaron á rodearlas de esos cuidados, de esas galanterías que significan el amor ó que le preceden.

La suerte, sin embargo, hasta en esto parecia halagarlas.

Los dos jóvenes estaban unidos tambien por el mas tierno afecto y la fortuna no habia sido escasa en prodigarles todos sus dones; pero ni uno ni otro se declaraban formalmente, no obstante saber ambos que así colmaban los deseos de sus padres.

Era que ambos amaban á la misma mujer, y los dos callaban por un inesplicable sentimiento de temor.

Un dia, por fin, la jóven rubia oyó una declaracion de amor de uno de los dos amigos y fué á contarlo á su compañera, que esperó bien pronto otra declaracion igual con esa impaciencia de-

liciosa de la primera juventud, cuando está llena de ilusiones; mas la esperó en vano. Quien debia hacérsela, se habia vuelto cavilóso, huia de ella y habia roto violentamente con su amigo.

Tales síntomas no le permitieron dudar de que ambos amaban á su amiga y que ella habia sido cruelmente humillada. Desde entonces alimentó una aversion profunda hácia su inofensiva compañera, que, embebida en su amor y juzgando á todos por su propio corazon, nada temia.

Además ¿no conocia toda la nobleza de su amiga, todo lo que su carácter tenia de generoso y fuerte?

Nada receló, pues, y siguió confiando todas sus impresiones, todos sus sentimientos á su impetuosa amiga, que se valió de su confianza para romper por los mas infames medios todos los lazos de aquel inocente amor.

Yo he oido despues á esta pobre jóven decir mil veces llorando que no habia amistad ó que, si la habia, no existia en la mujer, y es preciso conceder que, si este aserto es un error, al menos todas las que lo afirman han sido víctimas de algun amargo desengaño. Porque, ya lo he dicho, la amistad tiene muchos enemigos en el alma débil de la mujer, quien por otra parte y á causa casi siempre de la descuidada educacion que recibe, está dotada de una grande y funesta intolerancia. La incomodan la afectacion y las coqueterías de otras mujeres; se resiente de su vanidad, se humilla con sus caprichos, y la que, durante muchos meses, ha sido tal vez la amiga

de otra mujer, llega, por un leve motivo, á un violento rompimiento con la que obtuvo toda su confianza y luego se denigran ambas y se calumnian recíprocamente sin reserva alguna y delante de gentes que se rien de sus inconsecuencias y de su poca dignidad.

IV.

Uno de los motivos que hay para que tengan lugar esos rompimientos, que tanto degradan la condicion de la mujer, es la poca premeditacion con que esta concede algunas veces su confianza.

Una jóven vé á otra que le agrada ó con quien simpatiza á primera vista. Busca su lado y su conversacion, y si esta es tan agradable como su esterior, si sus modales son amables y demuestran un natural afectuoso, muy luego se capta la confianza de la otra que, sea por su carácter aturdido é irreflexivo, sea porque esté dotada de una escesiva franqueza, le habla con mayor libertad que la que es conveniente y natural en una primera entrevista.

Yo, aun sin poseer las bellas dotes que arriba he enumerado, he sido sorprendida muchas veces por confianzas que me han lastimado.

Poco há que en una comida de campo, á la que concurrimos muchas personas, entre las cuales habia algunas á quienes veia por la primera vez, tuve que soportar la relacion que me

hizo una afligida esposa de todas las faltas de su marido.

Ignoro por qué causa pude yo merecer la confianza con que me honró aquella señora.

Afortunadamente un instinto secreto me hizo conocer que debia hacer cuenta que no habia oido yo aquellas palabras; pero, si las hubiera repetido con la misma poca premeditacion con que me habian sido dichas, se hubieran causado tales daños, que la pobre esposa no hubiera podido menos de esclamar que no se podia fiar de ninguna mujer.

Y ahora pregunto yo: ¿qué motivo tenia ella para confiar en mi discrecion? ¿Conocia mi carácter, mis sentimientos, mi educacion? ¿Qué simpatía podia yo sentir hácia ella siendo la primera vez que la veia? ¿Cómo podia estimarla lo bastante para compadecer y consolar sus penas? ¿Qué interés me obligaba á callar sus secretos?

Jamás debe una mujer confiar á otra sus pesares ni sentimientos hasta no estar muy segura de que puede comprenderlos. Jamás debe dar el sagrado título de amiga mas que á aquella que le haya dado á su vez muestras de que lo merece.

Hay penas y alegrías sagradas que no deben dividirse con ninguna persona indiferente.

Todo corazon tiene una historia de algunas páginas, mas ó menos numerosas En algunos corazones esta historia brota sangre. En otros está empapada de lágrimas. En muchos las páginas de su historia están llenas de pureza y de inocencia. Mas, sea triste ó alegre, la mujer de-

be reservar, lo mas que le sea posible, la historia de su corazon.

Debe procederse con mucha mesura antes de dar nuestra amistad, pero, una vez concedida, no debe huirse ante ninguno de los sacrificios que este sentimiento impone.

Si se encuentran en otra persona algunas cualidades tan relevantes que nos impelan á darle nuestra amistad y nos sentimos ligados á ella por un grande y sincero afecto, este afecto debe servir para ocultarnos, ó al menos hacernos llevaderas todas sus faltas, porque no hay carácter tan perfecto que esté exento de ellas.

Debemos disimular á una amiga todos aquellos defectos que, no naciendo del corazon, no pueden lastimar el nuestro; porque la indulgencia y la moderacion son las principales cualidades de toda mujer distinguida y de toda aquella que se estima á sí misma.

He visto personas tan estremadamente indulgentes que, mas bien que estar dotadas de un bello y dulce carácter, parecian poseer un orgullo lleno de nobleza y dignidad.

Hubiérase dicho que estas personas estaban colocadas en un pedestal tan alto, que nada podia ofenderlas, que todo lo miraban desde una gran distancia y que despreciaban las mezquindades de los demás. Sin embargo, no tenian enemigos, y eran, por el contrario, universalmente estimadas.

V.

«Una mujer—ha dicho una célebre escritora—no debe tener por amigos mas que á su padre ó á su esposo.»

Esto no es exacto.

Se han visto personas de diferente sexo, unidas por la mas tierna y sincera amistad, porque la amistad verdadera es un sentimiento quizá el mas puro, noble y desinteresado.

Otra aventajada escritora de nuestros dias ha dicho «que la amistad es una necesidad del corazon y que el amor es un lujo del mismo.»

Esto es muy cierto; y aun pudiera añadirse á tan bellas frases «que la amistad es un beneficio para el alma.»

Un hombre nunca confesará á la mujer á quien ama que está pobre ó exhausto de recursos; pero se lo dirá á su amigo.

La amistad es un comunismo de penas y placeres, de dicha y de llanto, á lo cual nada puede compararse y así, nada tiene que ver el sexo.

Es cierto que la amistad entre un hombre y una mujer, si estos son jóvenes, está cerca del amor; pero ¿qué otra cosa es la amistad mas que un amor purificado y exento de todo egoismo?

Se ha notado mil veces que la amistad mas acendrada ha nacido de los mas estraños contrastes y todos los dias estamos viendo amigos

unidos por el mas tierno afecto, y diferentes en caractéres y en costumbres, del modo mas estraño.

Puede decirse que la amistad es un cambio recíproco de afecto; pero de un afecto superior á toda mezquindad, á toda envidia. Es el puerto de todas las borrascas de la vida. Es el consuelo de todos los dolores.

No hallo mas que una sola diferencia entre el amor y la amistad; diferencia que ha hecho observar un célebre y antiguo filósofo. El amor es una pasion. La amistad es una virtud con toda la abnegacion y ternura del amor.

CAPITULO UNDÉCIMO.

La fé (1).

I.

Si hay alguna cosa que disculpe en la mujer el atrevimiento de escribir para el público, es sin duda la buena intencion con que debe hacerlo.

Y no creais, lectores mios, que yo considero una culpa en mi sexo el dedicarse á las tareas literarias; si abrigase esta persuasion, no escribi-

(1) Este artículo y los dos que siguen se escribieron hace tiempo con un objeto aislado, y por tanto no van dirigidos solo á la mujer, sino á la sociedad entera. La autora ha creido, sin embargo, que no debia reformarlos, siendo su propósito encarecer los beneficios de la Fé, la Esperanza y la Caridad, y ha decidido insertarlos íntegros en este libro, segura de que no serán una falta sus consideraciones generales.

ria yo, porque, sobre la gloria que con mi pluma pudiese alcanzar, está mi ambicion de otro renombre; el de *mujer buena*.

Vale mas, á mi modo de ver, llevar la frente erguida, aunque desnuda de coronas, que inclinada con sonrojo, aunque ceñida de laureles; pues si bien los espíritus débiles creerian que el peso de la gloria la doblaba cubriéndola de púrpura, la voz de la conciencia, siempre fuerte, me gritaria sin cesar y me robaria el sueño y el sosiego.

Así, pues, la mujer necesita escribir, guiada por una buena intencion, no para disculpar una falta, sino para escusar un atrevimiento; que tal considero el esponer al público los sentimientos del alma.

Yo soy la primera en conceder que la mujer debe concretar su talento y su poesía al cuidado de su casa y al embellecimiento de la existencia de su esposo y de sus hijos.

Pero si nace alguna con tan rico caudal de imaginacion y actividad que le sobre aun despues de emplear el que requiere el cumplimiento de sus deberes; si su corazon, demasiado ardiente, ó su cabeza, demasiado volcánica, ó su juventud, demasiado solitaria, necesitan mayor pasto que la generalidad, ¿por qué ha de privársele de un desahogo ó distraccion que á nadie ofende y que puede enseñar algo ó servir de algun consuelo á las demás mujeres?

Y no creais tampoco que la palabra *enseñar* encierra jigantescas y ridículas pretensiones; que

muy provechosas lecciones puede dar una mujer, sin mas que tener corazon, á aquellas criaturas que le tienen dormido por su naturaleza, desgarrado por la desgracia ó endurecido por el desengaño.

Yo aspiro á probar si sé enseñar á creer en este capítulo porque creer es uno de los mayores beneficios de la vida.

Y no obstante, para enseñar á creer se requiere tan solo no carecer de fé, de esa fé que tiene por morada una alma tierna y un corazon sano, únicas cosas que yo poseo; porque yo nada sé; ni aun el idioma de allende el Pirineo; ni aun aparentar siquiera la instruccion que no poseo, ni quiero poseer.

Nací cantando como los pájaros.

Aprendí á leer antes que á hablar.

Aprendí á escribir por instinto.

Y aburrí á todos los maestros, que me dieron, porque yo nunca he querido saber nada.

Mi preceptor ha sido Dios.

Mi maestra su madre.

Mi aya la naturaleza.

Mi pasante el corazon.

Mi consejera la conciencia.

Mi único libro la virtud.

Nunca hago cosa alguna que me fatigue; pero todo lo bueno me agrada.

La pluma me es muy ligera; tan ligera como la aguja.

Cuando manejo la primera, canta mi corazon y ella es su eco fiel.

Cuando manejo la segunda, canta mi boca y mi corazon late contento y feliz.

Me agradan las galas, las cintas, las flores; la virtud me parece linda y adornada con gracia y coquetería.

Tengo fé en todo; en el cariño de mi esposo y de mi familia; en la amistad de mis amigos; en la indulgencia del público, hasta en la probidad de mis editores.

Por eso no padezco.

Y la pureza de mis creencias no debe equivocarse con el egoismo.

Yo no creo por comodidad.

Mi convencimiento es ese sentimiento tan hermoso que hasta el mundo descreido apellida *buena fé*.

El mundo, á pesar de todo, es justo, porque nada es tan dulce, tan consolador, tan bello, tan bueno, en fin, como la fé.

II.

¡La fé! ¡Bendita sea!

Esta hermosa hija del cielo me hace mucho bien para que yo no la acoja con amor en mi corazon.

Sin ella, no habria en el mundo sentimiento alguno bueno ni honrado, ni aun mundo habria.

La fé es el origen del amor de los esposos: del cariño de los hermanos; de la pasion de los

amantes; de la tierna simpatía á que damos el nombre de amistad.

La fé nos ofrece una vida de eterna ventura, y hasta alcanzarla, nos da valor para sufrir las penas de este valle de lágrimas.

La fé ha llenado de santos mártires el cielo y de santas vírgenes los conventos del mundo.

La fé es la luz purísima que ilumina las almas; el rayo de sol que alumbra la noche tenebrosa de la duda.

¡Oh! ¡Bendita sea la fé!

Cuando las cuerdas de mi lira hayan perdido algo de su débil juventud y tengan fuerza para lanzar acordes sonoros; cuando posea la armonía vigorosa que ha menester para cubrir las voces, que declaman contra ella, entonces he de consagrar el mas grandioso de mis himnos á la fé.

Entretanto le he levantado un altar en mi corazon, y ella, agradecida, no me abandona un soloinstante.

La horrible duda jamás hace su presa en mi, porque huye pavorosa y aterrada á la vista de mi hermosa compañera.

Por eso creo en el amor y en la virtud.

Por eso mi alma se recrea con la vista de un rayo de sol, con oir el canto de un pájaro, con aspirar el perfume de una flor.

La fé, eterno manantial de vida, pone patente la bondad de Dios, la dulce ternura de su madre, y regocija al corazon que late tranquilo y sin remordimientos, alejando de él las zozobras y temores.

Si alguna maldad hiere mis ojos, la fé estiende delante de mi asombrada vista sus blancas alas y me sonrie dulce y apacible para que no penetre en mi alma la amargura del primer desengaño.

¡Ella sabe que el primero trae en pos el desaliento y la desgracia!

III.

Hé aquí lo que dice Eugenio Pelletan en su *Profesion de fé del siglo XIX*.

«El hombre necesita creer porque ha nacido inteligente; creer es el medio de ser para su espíritu; su espíritu vive únicamente creyendo, y además porque, habiendo nacido libre, tiene en virtud de esta libertad una parte de accion en su destino. Debe, pues, conocer, aunque sea en parte, ese destino para arreglar á él su conducta. De aquí la necesidad de una creencia. ¿Quién eres? ¿Por qué existes? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vás? Hé aquí el enigma que desde Job á Prometeo y desde Prometeo hasta Fausto, la humanidad está continuamente resolviendo.»

«¿Pero qué garantía tiene el hombre de poder encontrar su solucion? Una sola, podemos responder, y le basta: el deseo que tiene de hallarla. El afan de buscar no es en nuestra alma mas que la anticipacion de la verdad. La soberana armonía no se engaña á sí misma: no ha dado la

aspiracion á nuestra alma como el cebo de un engaño. Por todas partes donde ha puesto la sed, ha puesto al lado la fuente. ¿Quién puede admitir un momento que Dios señala la verdad al presentimiento para escondérsela á la razon? Entonces no seria Dios, seria su propio mentis. Habria encendido en nosotros un deseo, que seria un suplicio: hubiera hecho de nuestro mas sublime instinto un infierno. Semejante hipótesis es impía: no merece ni aun la refutacion. Decirla es refutarla.»

Vosotros, los que afectais no creer en nada para correr desenfrenados de estravío en estravío; vosotros, los que no quereis dique alguno para vuestras pasiones; vosotros, seres á quienes el mundo llama en su culto lenguaje *despreocupados*, no podreis menos de convenir en el fondo de vuestra alma en que Eugenio Pelletan tiene razon; porque todos, hastiados de los vacíos goces de la vida, habreis buscado *un mas allá* en vuestro destino.

¿Qué os ha contestado entonces vuestra razon oscurecida por las nieblas de los goces materiales?

¿Qué os ha respondido vuestra conciencia, ese juez invisible, pero rígido y severo?

Es bien seguro que vuestra razon deprimida y vuestra fuerte conciencia han batallado encarnizadas en el fondo mismo de vuestras almas: mas si ha quedado la victoria por la primera; si esa razon estraviada os ha dicho que no hay nada mas allá de este mundo ¿qué os queda?

¿Sois acaso felices con los goces que él os proporciona?

La grandeza de vuestro espíritu ¿no se abate hasta desear la muerte y el *no ser*?

¿No teme entonces vuestro cuerpo entrar en la tumba para volverse polvo?

¿No se empeña otra lucha nueva entre el espíritu y la materia; aquel anhelando dejar un mundo donde no cabe; esta, aferrándose á un mundo que le halaga mas que la nada del sepulcro?

¡Desdichados, que no teneis fé! ¡Vuestra breve y emponzoñada existencia solo puede ser una cadena de dolores!

¿Quién os consuela cuando la muerte os arrebata el padre, la esposa ó el hijo?

¿A dónde volveis los ojos turbios de dolor?

¿A los que quedan? ¡Ay! ¡Esos han de morir tambien!

¿A sus sepulcros? Sus losas nada os dirán: ¡solo guardan elocuentes frases para los ojos del alma!

Los que creen en su inmortalidad, acuden á postrarse ante las tumbas y ven en el rayo del sol ó de la luna, que va á quebrarse en ellas, el alma que amaron y que ha descendido del cielo para que consuele la suya.

IV.

La fé tiene tiernas supersticiones que consuelan.

Las flores que brotan en la sepultura de un niño, despiden para su madre un reflejo de la risa de aquella criatura á quien tanto amó.

En su perfume cree aspirar el hálito del ser que voló desde su regazo al cielo.

Cree ver en su blancura la imágen de la frente purísima en que tantas veces apoyó sus lábios.

Y el murmullo de los cipreses del cementerio es, á sus oidos, la voz de su hijo que canta dulcemente en su tumba.

El amor es la poesía de la religion: la fé es su beneficio.

Los pueblos mas poéticos son los que mas fé tienen: ved á los musulmanes adorando á *Alá*; á los indios llamando al *Grande Espíritu*; ved á las jóvenes del Mississipí colgando entre las ramas de los almendros en flor las cunas en que yacen los cadáveres de sushijos, porque dicen que sus almas suben al cielo entre el aroma de las flores.

No quisiera hablar aquí de la bárbara idolatría romana tan exhausta de poesía y suavidad; pero tampoco me decido á no dar á conocer que los mas crueles perseguidores de los cristianos, Diocleciano, Galerio y Maximiano Hercúleo, tenian fé en sus dioses, fé idólatra y fanática, pero

grande y poderosa, pues alcanzaba á ahogar todos los instintos del hombre, todas sus afecciones: nadie ignora que se vieron prefectos y emperadores que sacrificaron á su fé hasta sus propios hijos.

¿A qué deidad sacrificais vosotros, ateos de nuestro siglo?

¿A quien rendís culto?

Los persas, que adoraban á un elefante y le servian de rodillas, son para mí mas comprensibles que vosotros.

Los druidas, que consagraban sus vírgenes al culto de la luna, son mas simpáticos á mi corazon.

Las legiones romanas, que tremolaban los estandartes de Marte y de Belona, son mas valerosas.

Los gentiles, que atribuian á Orfeo una lira divina, á Diana un amor contemplativo y melancólico, á Júpiter una justicia inmutable, y que esperaban en los campos Elíseos, tienen para mí un espíritu mas elevado que vosotros.

Porque vosotros nada creeis, y por consiguiente, nada esperais.

Abominando del mundo, no quereis dejarle porque nada veis mas allá que os compense los mezquinos placeres que os ofrece.

Gastais prematuramente el cuerpo en los desórdenes, y no veis en la celeste techumbre esa bendita palabra que el Eterno escribe con estrellas: ¡Gloria!

Es indudable que teneis un alma puesto que

vuestro cuerpo está animado: es forzoso que el alma busque una creencia como dice Pelletan: no rechaceis esa sed de encontrarla: ¡ah, no la rechaceis!

Hay un ser mas grande que vosotros, que os dió la vida, que os la quitará, que os ha dado hijos, padres, amor y afectos: pues bien; ese ser se llama Dios, y puesto que en su bondad os hizo conocer la dicha, no creais su generosidad tan falsa suponiendo que os la da como un incomprensible meteoro.

El que dotó de alma al hombre; el que puso en ella instintos de gloria y de ambicion; el que formó su corazon para el amor, es un ser cariñoso y benéfico, y este ser todo, verdad y grandeza, no debe decir en vano al hombre: *¡cree y espera en mi!*

—¿Dónde están esas palabras? me preguntareis.

Mirad al sol, que os calienta con sus rayos: á la luna que os hace ver mayor belleza en el rostro de la mujer á quien amais: mirad á ese cielo, que atrae á vuestra alma y la llama á sí, como llama el padre al hijo que ve lejano.

Bajad despues la vista á la tierra.

¿No creeis en la fidelidad de vuestra esposa, ó en la fé de vuestra amada? Sí; porque de lo contrario, la matariais, llevados de vuestras pasiones sin freno.

Pues bien; el que os dió en el corazon de esa esposa, ó en la fé de vuestra amada un tesoro de amor y de consuelo, os ama y vela por vuestra

felicidad en una region demasiado elevada para vuestros ojos.

Nunca busqueis la evidencia, vosotros, los que deseais ser felices.

La evidencia no es la fé ni aun se asemeja á ella.

La evidencia, si yo supiera pintar, os la presentaria seca, anciana, angulosa, con el rostro duro y demacrado, con la boca irónica y hundida, con la vista torba y penetrante.

La fé os la pintaria ciega, aunque con los ojos muy rasgados, abiertos y hermosos; su figura seria la de una niña medrada y bella; su boca inocente y risueña; sus formas lozanas y redondas, con esa robustez encantadora de la adolescencia.

Si yo supiera pintar á la FE, la amariais todos.

De la EVIDENCIA huiriais espantados.

V.

No hay mas que un escudo para los golpes del infortunio: la fé.

Ved á la madre que pierde al hijo único que era todo su amor; vedla velar su agonía, cerrar sus ojos y depositarle en su sepulcro; la fé le presta resignacion y esperanza de encontrarle en un mundo mas dichoso para no separarse ya de él en toda la eternidad.

Ved á la hermosa jóven que encierra en un

cláustro los dias mas bellos de su juventud; la fé hace que desee otro esposo mejor que los que el mundo le ofrece.

Ved á la hermana de la caridad, ese tipo de la abnegacion y del heroismo; la fé le sostiene en sus fatigas y en sus penosos deberes; ¿quién, sino la fé, podia obligarla á sacrificar su existencia al alivio de la humanidad doliente?

No, no hay un solo sufrimiento, por hondo que sea, por incurable que parezca, que no sea sanado ó endulzado por la fé.

La prueba mas eficaz que tenemos de lo que alcanza la fé, la que mas debe convencer al que no se obstine en cerrar completamente los ojos del alma á la luz que pueda disipar las tinieblas que la oscurecen, á la reflexion que basta á enfrenar las pasiones que la emponzoñan: el mas sublime ejemplo de la grandeza de nuestra religion es la constancia que los primeros mártires del cristianismo han ofrecido á los siglos venideros.

Ahí teneis á Santa Inés, niña de trece años é hija de padres gentiles convertidos por ella, que muere sonriendo degollada bárbaramente á los piés del prefecto Tértulo.

Ahí teneis á Santa Cecilia, doncella de diez y seis abriles, ciega y mendiga, que espira á la primera vuelta de las ruedas del potro, sin angustias, sin dolores y cantando dulcemente.

Ahí teneis á San Pancracio, jóven de diez y ocho años, que muere en el anfiteatro de Roma al clavarse en su garganta las garras de uña pan-

tera, y que deja la vida sonriendo al tribuno Sebastian, que pronto debe tambien seguirle en el martirio.

Ahí teneis al mismo Sebastian, que espira oscuramente asaeteado, sin testigos, en el parque de Adonis.

Ahí teneis á la santa niña Emerenciana, que muere á pedradas mientras ora en las catacumbas.

Ahí teneis, en fin, á San Casiano, que rinde el postrer aliento á manos de sus discípulos en la misma escuela que regenta y sin dejar escapar una queja, sin dejar de cantar las alabanzas del Eterno.

¿Quién, sino la fé, pudo dar tal fortaleza á los niños y á los ancianos?

¿Quién estancó el llanto de las madres?

¿Quién dió regocijo á los padres por la muerte de sus hijos?

Solo ese sagrado fanal que alumbra los ojos del alma, para que crea en otra vida mejor.

Solo la fé obra tan admirables prodigios.

Solo la fé pone dulces sonrisas en los lábios de los que padecen.

VI.

La fé es tan consoladora como benéfica.

Ella nos hace confiar en todos cuantos nos rodean, nos hace ver en toda su grandeza el ca-

riño de los padres; nos hace creer en la fidelidad en la nobleza, en el amor, porque la fé está rodeada de una córte de hermosas criaturas que se llaman *creencias*.

Estos seres tienen alas como los ángeles, y cuando hay algun mortal tan desgraciado que despide á la fé de su alma, la fé vuela al cielo seguida de sus aladas é inocentes compañeras.

Dios mismo, al bajar al mundo para hacerse hombre y morir por nosotros, trajo consigo á la fé.

Ella curó á los tullidos, dió vista á los ciegos, habla á los mudos y alimento á los hambrientos, y aun en nuestros dias pudiéramos ver muchos milagros operados por la fé.

La fé está siempre entre nosotros sin pedirnos recompensa y á veces sin que la conozcamos.

La fé con que ama un hombre triunfa casi siempre de la inconstancia de su amada.

La fé en el estudio vence las dificultades que este ofrece á una inteligencia limitada.

La fé en el talento abre al que la abriga un porvenir mas ó menos lisongero, mas ó menos lejano; pero siempre consolador.

La fé en la ciencia del médico cura á muchos enfermos de sus dolencias.

Y hasta la fé en los principios políticos ha sido provechosa, pues si bien ha hecho infinitas víctimas, estas han espirado con la sonrisa en los lábios como los mártires del cristianismo, ó arrastran una vida de privaciones y destierro pacientes y resignadas.

No despidais, pues, á la fé.

Los que no la abrigueis en vuestras almas, llamadla presurosos.

No podeis elegir compañera mas benéfica y generosa; yo la conozco bien, pues, como ya os he dicho, jamás me ha abandonado.

Ella ha endulzado todos los sinsabores de mi vida.

Ella murmura sin cesar á mi oido palabras de consuelo.

Va conmigo á todas partes, se reclina en mi lecho y recoge mis oraciones de mañana y noche para llevarlas á los piés de Dios.

Ella enjuga mi llanto con sus alas y me oculta, estendiendo sus inocentes palmas ante mis ojos, todos los desengaños del mundo.

Siempre lleva de la mano á la *Paz* que nació con ella.

La negra discordia huye, bramando de furor, de la mansion que ambas ocupan.

La desesperacion no hinca jamás su rabioso diente en el seno que las cobija, porque la fé y la paz le defienden valerosamente de sus ataques y hasta acompañan al sepulcro al que las ama y las abriga.

Yo he rogado á Dios que cuando me llame á sí, cierre la fé mis ojos con el sueño eterno: le he rogado tambien que la paz estienda sus alas sobre mi sepulcro, y há pocas noches que, en medio de un hermoso sueño, se me aparecieron la fé y la paz asidas de la mano, envueltas en diáfanos mantos y coronadas de estrellas. y me

dijeron, de parte de Dios, que habia llegado mi súplica á los piés de su escelso trono.

¡Su infinita misericordia me asegura de que la veré cumplida.

CAPITULO DUODECIMO.

La esperanza.

I.

La esperanza es hermana de la fé.

Quien no abriga la fé en su corazon no puede ser consolado por la esperanza.

Nada son, nada valen, ni para nada sirven las esperanzas que hace brotar la ambicion.

La esperanza, si no va sostenida por su madre la religion y por su hermana la fé, es tan débil que muere al nacer.

Acercaos, lectores mios, á mi *Galería de vicios y virtudes*: permitidme que os conduzca ante la figura dulce y magestuosa de la *religion*:

es una matrona, bella, cuya fisonomía está impregnada de una suavidad indecible y de un maravilloso encanto: aparece envuelta en blancos ropages y lleva de la mano una hermosa jóven de alegre semblante y apacible sonrisa: observad cuan blanda es la fisonomía de esta jóven, cuan dulces y rasgados sus ojos, cuán pura su frente, cuan gentil y encantadora su figura: miradla bien, que todos debeis conocerla y amarla: es la hermosa y cándida hija de la *religion*: llámase la *esperanza*.

Es noble y poética, como su madre; casta, como ella; como ella tierna y amante.

Madre é hija se aman tanto que no se separan jamás.

La esperanza es la hija mas jóven y mas tímida de la religion: por eso esta la lleva de la mano.

Ved apoyada en el hombro izquierdo de la religion á su hija mayor la caridad: es otra jóven muy hermosa, que llega apenas á la primavera de la vida, y de la cual os hablaré en otro capítulo: sentada á los pies de la religion está la fé, hija suya tambien y hermana de la esperanza y de la caridad.

Aunque os he dicho que la esperanza es mas jóven que sus hermanas la fé y la caridad, las tres, sin embargo, son gemelas; pero la caridad es mas corpulenta y robusta que las otras dos: la fé es fuerte tambien, pero su ceguera le dá una apariencia mas débil; y la esperanza es tan niña, risueña, delicada y aérea, que parece la

mas jóven de las tres; por eso, sin duda, la mima mas su madre y la dirige con su mano poderosa.

No obstante, la religion es una buena madre; y si vacilan alguna vez la fé ó la caridad; las sostiene con brazo robusto y las reanima con sus cuidados y consejos.

II.

Las ilusiones toman con frecuencia el manto de la esperanza: le dividen en pedazos, y se cubren con ellos y van á visitar las cabezas enfermizas y los corazones estragados de los mortales.

Estos las confunden con la esperanza: las acogen con amor, las acarician, las abrigan, y las pérfidas, despues de haber saciado su sed en la sávia de su cerebro, huyen riéndose descompasadamente y dejando las mas espantosas tinieblas en el espíritu débil que las acogió.

—¿Por qué la esperanza se deja robar y desgarrar su hermoso manto? me preguntareis acaso.

Y yo os contestaré:

—La esperanza deja sonriendo que las ilusiones se apoderen de él y al mirarlas volar sobre la tierra, esclama satisfecha:

—Corto será vuestro reinado: el mio es mas hermoso y duradero, pues cuando abandonais á los míseros mortales desengañados y abatidos, á mí toca volar á reanimarlos y á prestarles con

suelo. Vuestra mision es herir, la mia curar las heridas que haceis.

Y en efecto, vedla al lado de todos los dolores de la vida.

Vedla sentada junto al que llora, reclinada en el lecho del moribundo.

Vedla velar las tumbas de los muertos.

Vedla, en fin, hasta en el cadalso, mostrando el cielo con su blanca mano al delincuente que espira arrepentido.

A mí me conoce y ama como una amiga.

La tengo sentada frente á mí, en mi mesa de escritorio.

La encuentro en el templo apoyada junto al altar.

La veo en mis largos y solitarios paseos mecerse en las ramas de los árboles.

La oigo en la campiña cantar con los pájaros.

A su risa brotan en mayo las flores de mis balcones.

A su arrullo me duermo.

A su dulce llamamiento me despierto.

Ella cortó hoy mi pobre pluma para escribir estas líneas.

Ella hace veloces y alegres las horas de mi trabajo.

Ella, en fin, es mi paño de lágrimas.

La esperanza es tan amante de su familia que jamás consuela ni acaricia á los que no aman á su madre y á sus hermanas.

Vosotros, séres desventurados, que haceis alarde de despreciar la santa religion, y que os

burlais de la fé; vosotros, que calificais sus misterios de cándidas invenciones por no confesar en vuestro orgullo que su grandeza es superior á vuestra limitada comprension; vosotros, que, presumiendo de un genio colosal, creis vano é insoluble todo problema que no tiene solucion para vosotros, no confundais con las caricias de la esperanza los delirios de vuestra fantasía.

Vosotros no conoceis á esta hermosa criatura.

Si alguna vez posó su vuelo junto á vosotros, fué en los dias en que dormiais en la cuna; fué cuando vuestro entendimiento estaba ofuscado por las cándidas nieblas de la infancia.

Desde que vuestro entendimiento despertó, os dominó la ambicion.

Desde que llegó á su completo desarrollo, os rebelasteis contra Dios.

Sí: ¡lo que creis esperanza, no es mas que negra y atormentadora ambicion!

Vuestras almas, exhaustas de creencias, no pueden ofrecer á la esperanza un nido blando y apacible.

No brotan en vuestra imaginacion flores que la recreen.

No hay en vuestro pensamiento puro ambiente que la acaricie.

No existe en vuestro corazon ternura que la halague.

¡La ambicion há menester para vivir horribles y pavorosos antros!... ¡Por eso se guarece en vuestras almas!

Séres que teneis vírgenes vuestras creencias

religiosas, firme vuestra fé y puros vuestros sentimientos; ¡vosotros sois los que estais constantemente acompañados de la esperanza!

¡Para vosotros podrá ser triste el recuerdo de *ayer*, pero vuestra compañera os hace el *mañana* incomparablemente hermoso!

¡La esperanza os muestra á Dios en todas las tempestades de la vida, y os cobija con un escudo que os hace invulnerables!

Los pesares del corazon, los sinsabores del alma, los amaños de la sociedad, las intrigas del poder, las injusticias de los hombres, los desengaños del mundo, las decepciones mas amargas, los dolores mas hondos, todo lo encontrais aliviado con la blanda sonrisa de la esperanza!

III.

Cuando la esperanza bajó del cielo al mundo, trajo consigo á un hermoso adolescente que tiene por nombre el *consuelo*, al cual enseñó el camino de todos los corazones que la acogieron.

Seres irreligiosos que tomais vuestros delirios de despotismo y rebelion por caricias de la esperanza, decidme: ¿habeis oido alguna vez la voz del consuelo cuando habeis gemido agobiados bajo el peso del infortunio? No.

¿Qué palabras dulces han acariciado vuestros oidos? Ninguna.

¡Solo habeis hallado en torno vuestro la nada y el vacío!

Y es que el consuelo siempre va unido á la esperanza.

La ambicion vuela sola azotando los aires con sus alas de murciélago.

La religion y la fé son las que abren las puertas del corazon á la esperanza.

Quien no ame y comprenda á las dos primeras, no espere jamás á la segunda: no fabrique ni alimente sueños de gloria, de poder ó de amor, porque todos vendrán al suelo.

La desgracia se aclimata siempre donde no existe la religion.

El dolor es el Cancerbero que guarda la puerta que no huella la esperanza.

Los remordimientos sellan el corazon que no acoge á la fé.

Incrédulos, que sonreis irónicamente ante los sentimientos mas nobles y grandes, ¡vuestra risa amarga no es mas que la ausencia de la esperanza!

Tened religion y fé y aquella volverá.

Si el mundo llamase á la religion y á la fé; si no desdeñase la benéfica influencia con que constantemente estas le brindan, la esperanza haria fecundos á tantos génios como se agostan con el soplo amargo del escepticismo: habria en él gloria, poder, felicidad; no abortarian tantas empresas, grandes en su concepcion, porque no serian mezquinas en sus medios, y Dios no dejaria caer su mano airada sobre nuestras cabezas.

Las guerras, los terribles sacudimientos que conmueven á las naciones, las epidemias, las calamidades que por todas partes nos cercan, son necesarias para imponer temor á los espíritus rebeldes y descreidos.

Las leyes de la justicia humana lo son tambien, porque la ambicion, seguida del escepticismo, invadiria sin ellas el mundo.

¿En qué ha de creer el que nada espera?

¿Qué ha de esperar el que nada cree?

Solo la cólera divina y la justicia de los hombres pueden impedir que los escépticos, descreidos y desesperanzados, devoren á los demás como hambrientos lobos, porque el miedo es el único dique que alcanza á contener sus apetitos sin freno!

El robo, el asesinato, la prostitucion ¿qué son mas que estravíos de corazones vacíos y sin creencias?

Si el ladron tuviese fé en Dios, ¿robaria?

Si el asesino tuviese conocimiento del perdon de las injurias, que es uno de los primeros preceptos de nuestra santa religion, precepto que se apoya en la esperanza de que las nuestras sean perdonadas, si tuviera esta esperanza consoladora, ¿armaria su mano del puñal homicida?

Si la jóven, abandonada á su miseria, esperase en otra vida mejor, ¿cederia á los halagos del vicio?

La esperanza es la que guia todos nuestros pasos en el sendero del bien.

La madre sufre todos sus dolores y penalida-

des, no por el egoismo que encierra la idea de que sus hijos le paguen en la ancianidad cuanto por ellos sufrió, sino alentada por la *esperanza* generosa de contemplarlos un dia fuertes, virtuosos y felices.

El soldado arrostra los peligros del combate, porque la *esperanza* le enseña á lo lejos una corona de inmortal laurel.

El marino reza en la tempestad á la Reina del cielo, porque tiene su *esperanza* cifrada en tan cariñosa y compasiva señora.

El desgraciado sufre sus dolores con paciencia, porque la *esperanza* le promete el alivio de ellos en la tierra ó el precio de su resignacion en un mundo mejor.

El mártir soporta heróicamente sus tormentos, porque *espera* el cielo que la fé le descubre.

El poeta pasa sus breves dias con la cabeza abrasada, sus noches sin sueño, y sus amargos desengaños, *esperando* conquistarse un glorioso renombre que le compense de todas sus fatigas.

Mas ¡ay! todas estas esperanzas se convierten en vanas ilusiones si la religion y la fé no las sostienen.

IV.

Implorad á Dios en todas las pruebas de la vida; él os enviará á la esperanza para que recoja en sus alas vuestro ruego; y si es justo lo que

pedís, la esperanza misma bajará á traéroslo á la tierra.

Yo amo tanto á la esperanza, que casi siempre la prefiero á la posesion.

La mísera condicion humana hace que las criaturas se hastien pronto de lo que poseen y les obliga á desear con ardor lo que ven á lo lejos.

Nada existe tan dulce y alegre como la esperanza, cuando se apoya en una conciencia tranquila.

La posesion fatiga y aburre á los mortales sin escepcion; pero se hace insoportable á las imaginaciones volcánicas que sueñan constantemente *un mas allá*, al cual siempre se acercan y jamás les es dado alcanzar.

No hay cosa que no gane con ser *esperada* y que no pierda con ser *poseida*; nuestros deseos son insaciables y siempre anhelamos lo que no tenemos.

Oid á Alfonso de Lamartine en sus *Meditaciones*, en ese libro, consuelo de los corazones heridos, encanto de las almas tiernas y bálsamo de la amargura del desengaño; oidle, y si yo, por mis pocos años, no os inspiro gran fé al rogaros que *espereis*, tenedla al menos en el gran poeta, cuya inteligencia debe haber sido iluminada por el mismo Dios.

«Alúmbrate con la antorcha de la esperanza hasta en las sombras mismas de tu muerte, seguro de que la Providencia no tiende lazo alguno á tus pasos; cada aurora la justifica: el uni-

verso entero se fia de ella; solo al hombre ha ofrecido dudas; pero su venganza paternal confundirá la duda infiel en el abismo de su bondad.»

Sí; no hay duda que la bondad suprema no confunda en el abismo de su misericordia sin límites. No hay vacilacion en un alma pura que no sea sostenida por la fé é iluminada por la esperanza.

Los que, como Eva, quieren gustar los amargos frutos del árbol de la ciencia en lo mas recóndito de su tronco fatal y envenenado; los que aspiran á remontarse hasta las regiones eternas con las pobres y débiles alas de su limitado pensamiento; los que sustituyen la bondad de un alma sencilla y tierna con la impía pretension de la suprema sabiduría, esos son los que caen en un negro abismo que ninguna luz ilumina; esos son los escépticos, los descreidos, los seres sin esperanza.

¿Cómo han de tenerla si se empeñan en ver mas á medida que van cerrando los ojos?

Esto equivaldria á que un pobre miope, desviando su vista de lo que tiene mas cerca, quisiera distinguir los objetos que distan de él infinitas leguas.

Unicamente de entre esos séres salen los suicidas; cuando se convencen de que su corazon está seco, marchita su alma y emponzoñado su espíritu, cuando tocan que su ambicion es insaciable, desfallece su ánimo fatigado y cobarde y se acogen á la muerte como si les aguardase en ella algun descanso.

¡Almas soberbias!

Despreciaron la dulce y humilde esperanza y prefieren hundirse en el infierno antes que mirar al cielo.

¡Amantes y virtuosas madres! Vosotras, que sois los únicos seres para quienes mi voz puede tener algun poder, enseñad á vuestros hijos, desde el momento en que su inteligencia pueda comprenderos, á *creer*, á *esperar* y *amar*!

Hacedles ver que toda la ciencia de los mortales debe circunscribirse á este círculo, tan estrecho pero tan agradable, y que únicamente la fé y la esperanza pueden labrar vuestra dicha en esta vida y conquistar el reino eterno que Dios nos tiene prometido.

CAPITUTO DECIMOTERCERO.

La caridad.

I.

Al hablar de la caridad, de esa virtud la mas sublime y consoladora de todas las virtudes, la primera figura que aparece ante mis ojos, es su mas bella imágen en la tierra.

¿Quien de vosotros, lectores mios, no ha visto alguna vez á esas mujeres que visten un pobre y grosero sayal negro, que cubren su frente y sus cabellos con una toca de lino y se envuelven en un manto de lana?

¿Quién de vosotros no conoce y ama á las nobles y generosas hijas de San Vicente de Paul?

Esas mujeres, hermanas de la Caridad y encargadas de la santa mision de esparcir sus beneficios y sus consuelos sobre la tierra; esas tiernas y amantes criaturas no tienen patria.

Descienden del cielo, y donde se sufre allí está su hogar.

El que padece es el objeto de sus mas solícitos cuidados.

La ancianidad, la juventud, la infancia, ven en ellas sus ángeles de paz.

Hállanse en medio de las batallas, en los hospitales provisionales destinados á recojer los cuerpos mutilados de los heridos, en los incendios, en las epidemias, en todas partes, en fin, donde hay dolores que aliviar, desgracias que socorrer y lágrimas que enjugar.

La mas hermosa y sublime de las obras de la célebre y nunca bastante alabada Mme. de Genlis, de esa mujer que fué á un mismo tiempo la mas bella dama de la córte de Francia, la escritora mas eminente y la madre de familia mas ejemplar; la mas hermosa obra de esa mujer incomparable está destinada á pintar la abnegacion y el heroismo de las hermanas de la Caridad.

El que haya leido *Clara de Rosemberg* ó *El Sitio de la Rochela*, no podrá olvidar fácilmente las gentiles y preciosas figuras de las hospitalarias Clara y Honorina y á la evocacion de este recuerdo, las verá, ante los ojos de su imaginacion, recorrer las salas del hospital de la Rochela, envueltas en blancos velos y llevando en las

manos el vaso de alabastro que contiene el bálsamo que alivia las heridas de los soldados.

Ni una sola de esas mujeres he encontrado que no tenga el rostro sereno y apacible como su corazon y su conciencia.

He visto bajo ese hábito ancianas de noble y benévola fisonomía; mujeres que llegan apenas al estío de la vida, de mirada dulce y elocuente sonrisa, y he visto tambien jóvenes, en la aurora de sus años, de rostro hermoso y de cándidas y risueñas facciones: pero en todos sus semblantes se nota un sello de amor, de resignacion y de suavidad que jamás he hallado en los de otras mujeres.

Las hermanas de la Caridad son mas heroinas, á mis ojos, que Juana de Arco y la Varona castellana.

Estas se olvidaron de su sexo para hacer alarde de su valor.

Aquellas conservan, además de todos los privilegios del suyo, el mas hermoso y envidiable; el de hacer bien á sus semejantes.

La caridad de esas criaturas es inagotable.

El pobre huérfano, á quien su madre abandonó, halla en cada una de ellas una verdadera madre; muy distinta del mónstruo á quien debe el ser.

El anciano enfermo y desvalido encuentra en ellas una hija que le cuida con solicitud y amor.

La pobre jóven, á quien la miseria y el estravío conducen al mísero lecho de un hospital,

halla una hermana en la que lo es de la Caridad.

Y esas mujeres ejercen su santo ministerio en la oscuridad, sin testigos de su heroismo, sin alabanzas, sin galardon de ninguna especie en el mundo.

Su abnegacion es silenciosa é ignorada.

La admiracion de aquellos, á quienes alivian y consuelan, hace enrojecer sus frentes.

Ellas se contentan únicamente con la aprobacion de Dios.

La hermana de la Caridad renuncia á ser esposa y madre, para serlo de la gran familia humana; renuncia á los goces del hogar doméstico para ir á derramar la paz y la dulzura en los estraños hogares; sepárase del mundo, de sus placeres, de sus galas, para ir á empaparse en las lágrimas agenas, para curar dolores que no le pertenecen, para aliviar padecimientos que no son suyos.

Ellas no ven mas que la esperanza de hacer el bien en todos sus sacrificios; pero la esperanza les muestra una corona en el cielo.

La fé, la esperanza y la caridad se sostienen mútuamente y se aman tanto que no se separan jamás.

¡Solo una religion, como la nuestra, pudiera producir tan benéficas, hermosas y consoladoras hijas!

II.

La caridad es tan sublime y generosa que da cuanto tiene.

La imágen de San Martin dando la mitad de su capa á un pobre, me ha conmovido siempre profundamente.

La caridad es una virtud ardiente y apasionada: es un amor indecible á todo el que padece, que solo puede provenir de un rayo del espíritu de Dios

El egoismo, ese asqueroso reptil, con cuerpo de acero y garras de hielo, huye temeroso de la caridad; la teme, y aunque quisiera esterminarla, nunca se atreve á dirigirle sus tiros cara á cara, ni á penetrar en los sitios que habita, porque es cobarde y ruin.

Los egoistas no saben de qué placer se privan por no conocer la caridad.

Esos desgraciados séres están constantemente sufriendo, pues cuanto poseen les parece poco y pasan su vida deseando mas comodidades y un bienestar completo, como si este existiese en el mundo: mas, cuando creen llegar al pináculo de su dicha, cuando se convencen de que van á ver satisfechos todos sus deseos, otros nuevos deseos se alzan en su corazon, y realizan la fábula de las culpables jóvenes que fueron condenadas á llenar una vasija sin fondo.

La tarea de los egoistas, como la de estas

desgraciadas, es interminable; no tuvo principio ni tendrá fin, y todo lo que con ella logran es conquistarse pedazo á pedazo la condenacion eterna.

Detrás del egoismo viene siempre la avaricia: la avaricia, que no deja sueño en los ojos, risa en los lábios, ni alegría en el corazon: la avaricia, verdugo del que la abriga en su seno, pues, semejante al vampiro, chupa su sangre hasta dejarle sin vida.

El egoismo es el mas vil de todos los defectos y la avaricia la mas sórdida de todas las pasiones, y uno y otra causan tantas desgracias que, si pudiéramos verlas, quedaria helada la sangre en nuestras venas.

Para el egoista no hay afectos, ni amor, ni amistad, ni familia; todo lo sacrifica á su propio bienestar: pero nada basta á conseguirlo.

La avaricia lo sacrifica todo al placer de aumentar, pero su loco anhelo no le deja ver su propia miseria, pues de todo le priva y le hace vivir sin pasado, sin presente y sin porvenir.

Tú sola, ¡oh, sublime caridad! puedes borrar, con tus merecimientos, las culpas del egoismo y de la avaricia!

¡Tú sola puedes, con la luz purísima de tu belleza, iluminar los culpables abismos que se abren á sus pies esos mensageros del infierno!

Por que tú eres, como tu madre la religion, y como tus hermanas la fé y la esperanza, mensagera de Dios en la tierra y santa habitadora del cielo.

Tú llevas en tu manto el consuelo y la alegría.

Tú enjugas el llanto amargo de la viudez y las tristes lágrimas de la orfandad.

Tú amas á Jesucristo en el mendigo andrajoso y macilento; y la pureza inmaculada de tu ropaje y la blancura de tus alas cobran nueva brillantez al rozarse con la miseria que constantemente procuras y consigues aliviar.

III.

La caridad estiende tanto sus beneficios que es imposible señalarles un término.

No se contenta con dar pan al hambriento, con vestir al desnudo y con aliviar todos los dolores; la caridad perdona tambien las ofensas y no hay injuria que no haga olvidar su plácida dulzura: ella pone una venda ante los ojos para ocultar á su mirada los defectos de los que nos rodean, y nos hace la vida risueña y feliz.

No creais, lectoras mias, que la caridad exije al que ha de practicarla que se cubra de tosco sayal; ningun penoso sacrificio nos impone la virtud en general para que la practiquemos y de todas las virtudes no hay ninguna que tan suave y fácilmente pueda ejercerse como la caridad.

En todas lassituaciones de la vida puede practicarse.

La mujer que, por su elevada posicion, con-

curre todas las noches á brillantes saraos, si huye de la punible murmuracion, si es indulgente, si muestra esa suave dulzura que emana de un corazon sano, si evita la crítica mordaz en la cual, por otra parte, no puede mezclarse sin que su decoro se degrade, ejerce la caridad.

La madre de familia que enseña á sus hijos pequeñuelos á que dén á un pobre niño mendigo el dinero que iban á emplear en dulces, ó los dulces mismos que acaban de comprar, ejerce la caridad de un modo muy agradable á los ojos de Dios.

El hombre que enseña á sus criados con dulzura y humanidad lo que necesitan saber para salvarse y cuidan de que cumplan con las prácticas de nuestra santa religion, ejerce la caridad de una manera muy meritoria.

El que paga bien y puntualmente á los artesanos que emplea en su servicio, ejerce tambien la caridad.

Esas mujeres, nobles y hermosas, que dejan las comodidades de su gabinete, para ir á visitar y socorrer en las bohardillas las miserias ignoradas y enjugar las lágrimas del infortunio, ejercen la caridad de un modo admirable.

Así, pues, no creais, jóvenes lectoras mias, que únicamente os es dado admirar á la caridad y á sus hermanas, sin practicarla.

La virtud puede ejercerse en todos los estados, en todas las circunstancias de la vida.

La virtud no es adusta: si tal os parece, es porque no os la pintan con su verdadero colorido.

Quizá el deber amedrenta porque no siempre se le comprende.

Para hacerle comprender diré que la sola palabra *deber* tiene un encanto indecible para la mujer que abrigue un alma tierna, cualidad que, por fortuna, dejan muy pocas de poseer, y que su cumplimiento nos alcanza dos recompensas: una en la tierra con la satisfaccion interior que se esperimenta en el mero hecho de practicarle, y otra en el cielo, mas grande, mas gloriosa porque se recibe de las manos de Dios.

IV.

La caridad es un deber para todos en general; pero este deber se convierte en un placer muy dulce para la mujer.

Porque es innegable que la mujer ha nacido con un caudal mas rico de sentimiento que el que ha sido otorgado al hombre.

El destino, la principal ocupacion de la mujer, es el amor; ¿y qué otra cosa es la caridad, que un amor grande, generoso y purificado?

La mujer debe ser indulgente por carácter y por corazon y la indulgencia bondadosa es tambien caridad.

El sexo fuerte tiene ocupaciones y cuidados de que nosotras estamos exentas.

Porque, á mi juicio, el deber del hombre es procurar á su familia la subsistencia y el bienestar.

El de la mujer se reduce á administrar bien y celosamente lo que su marido gana y á embellecer todo cuanto le rodea.

El cálculo y el trabajo constituyen la vida del hombre.

La de la mujer esta únicamente consagrada al amor.

Porque amar á su esposo, es procurar que halle en su hogar comodidades y bienestar.

Amarle es recibirle cariñosamente.

Amarle es conservar en su corazon y en su alma una alegría síncera é igual.

Amarle, en fin, es cuidar de que los objetos en que se fijen sus ojos le sean agradables.

La caridad debe ser, pues, una ocupacion en la mujer por avenirse mejor con su organismo y con el destino que el cielo le ha deparado sobre la tierra.

A la mujer, que reciba en su pecho á esa bella hija de la religion, Dios la colmará de dichas y de prosperidades.

En pos de la caridad vendrán la esperanza y la fé, y su vida será feliz y estará exenta de pesares, pues no hay padecimiento que no endulcen esas mensageras del cielo.

Sí. ¡Feliz aquella que las abriga bajo su techo!

¡Feliz la que consigue que se reclinen en las cunas de sus hijos!

¡Feliz la que les rinde el amoroso culto que merecen!

Las bastardas pasiones no combatirán jamás su seno.

La felicidad no se apartará de su hogar, porque la felicidad existe en nosotros mismos y solo una conciencia pura puede darla.

Si, por vuestro daño, habeis nacido con una imaginacion ardiente, no la calcineis con sueños vanos.

El poder y la gloria no se han hecho para la mujer.

Su poder está en el ascendiente que puedan darle su dulzura y el exacto cumplimiento de sus deberes.

Su gloria en la práctica de las virtudes.

Su felicidad depende de que la sostenga la *Fé*, la halague la *Esperanza* y la anime la *Caridad*.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO.

Los recuerdos.

I.

Hay imágenes que se graban en el alma, y van formando una historia secreta é ignorada de todos, y aparte de la triste historia de la vida.

Hablo de los recuerdos.

De los recuerdos, que nos acompañan en las rudas pruebas porque atravesamos, y nos hacen llevaderos los dolores presentes, trasladándonos con el pensamiento á otras épocas mas dichosas.

El presente es muchas veces doloroso.

El porvenir oscuro.

Solo en lo pasado es donde se puede encontrar un pedazo de cielo azul, para dejar errar la fantasía, como ave triste y enferma que ha quemado sus alas en los desiertos de la vida.

¿Por qué es esto?

¡Ay! ¡por que la doliente humanidad cree siempre mas dichoso el dia que pasó, que el que se espera! porque, como dice Chateaubriand, *en la sociedad, cada hora abre una tumba, y hace verter una lágrima!*

La esperanza, esa deidad consoladora, que envuelta en diáfanos velos sonríe á los niños en la cuna, y vuela en torno del hombre, se deja ver pocas veces en torno de la mujer: flota á lo léjos como las sombras de un sueño, y como sombra se desvanece cuando va á asirla su débil mano.

Para la mujer es mas grato, mas dulce, mas consolador el recuerdo.

El recuerdo queda en su corazon.

La esperanza no hace mas que vagar ante sus ojos.

II.

Cada vez que contemplo yo el sol, recuerdo uno de sus rayos que calentaba mis piés, cuando era niña, y á cuyo reflejo luminoso se abria un pequeño mundo, que yo abarcaba con dominio infantil.

Caia aquella ráfaga de dorada luz, en un pobre y húmedo cuartito, cuyo pavimento era de yeso resquebrajado por muchas partes.

Algunas hormigas salian de un agujerillo redondo, y venian á dar vueltas al sol.

Dos ó tres moscas, entumecidas por el frio, se despegaban de la pared, y volaban zumbando gozosas en aquel foco luminoso, que les fingia un alegre dia de estío.

Sentábase allí el gato negro y anciano, cerrando voluptuosamente sus grandes ojos verdes como dos esmeraldas.

Una perdiz se acercaba con menudo paso al conciliábulo, y picoteaba al gato, de quien era muy buena amiga.

Tenia yo un grillo que habia encerrado en una jaula muy pequeña, que tambien colocaba al sol, y encima de la cual dejaba descansar á un gran caracol, que salia de su cáscara, estirándose poquito á poco para observar.

En una de las grietas del suelo, habian brotado dos ó tres yerbecillas: un dia al levantarme, ví una coronada con una flor morada del tamaño de una lenteja: aquel mensaje de la primavera, me colmó de gozo y me enterneció al mismo tiempo.

Me pareció la flor una sonrisa de gratitud, de aquella pobre yerbecilla, porque yo la echaba alguna vez dos ó tres gotas de agua, y aquel dia fué uno de los mas dichosos de mi inocente vida.

Yo era la reina de aquel pequeño mundo: me sentaba allí grave y gozosa á un tiempo, y desmigaba un poco de pan que se comia la perdiz, y cuyas partículas mas pequeñas se llevaban las

hormigas con un afan que hacia venir lágrimas á mis ojos.

Las moscas zumbaban; cantaba el grillo; roncaba el gato; el caracol se estiraba; las hormigas trabajaban y todos éramos dichosos con un rayo de sol y un poco de pan.

¡Oh, si! todos éramos felices! yo lo era tambien, porque tenia cinco años.

Desde entonces, siempre que en una bella mañana de febrero penetra el primer rayo de sol en mi aposento á través de mi ventana, recuerdo el mundo en miniatura, donde yo imperaba cuando niña: mi pensamiento vuela á aquel pobre cuartito de pavimento húmedo y resquebrajado, de altas y blanqueadas paredes, que se ponia tan alegre, cuando le visitaba el sol.

III.

Estos recuerdos de la infancia son siempre gratos y queridos, porque están rodeados de inocencia: pero los mas consoladores, los que son un don inestimable, son los del bien que hemos hecho.

Mucho se declama contra la ingratitud del mundo, y es una triste verdad que hay en él muchos ingratos; pero los beneficios llevan en sí mismos su recompensa, por la dulce memoria que dejan en el alma.

Yo conocí á una mujer, tan halagada por to-

dos los dones de la naturaleza y de la fortuna, que llegó á ser completamente infeliz.

—¿Cómo puede ser esto? me preguntarán algunos de mis lectores: y nada hay, sin embargo, mas fácil de comprender.

Imaginaos una mujer bella, jóven y casada con un hombre jóven tambien, hermoso, opulento y que la adoraba.

No habia goce en la vida de que esta mujer no disfrutase.

Su cuarto de dormir, situado en lo mas retirado de la casa, estaba no solo forrado de ensambladuras de madera, sino forrado tambien de tela de seda algodonada para que no percibiese el mas leve rumor que perturbase su sueño.

Al abrir los ojos tenia al alcance de su mano un timbre, el cual solo con moverle llamaba á dos camareras, serviciales, discretas é inteligentes.

Metíase en un baño de agua tibia perfumado con lirio y rosa, y luego se desayunaba con su marido ó sola, segun era su voluntad, que nadie coartaba en lo mas mínimo.

Peinábala un peluquero tan hábil que no le causaba daño alguno: tenia carruajes de todas las formas y de todas las estaciones; palcos en todos los teatros, convites para todos los soarés, espléndida casa y soberbios palacios de verano: sus diamantes eran magníficos: todos la envidiaban, y sin embargo, cayó en un hastío mortal, por lo mismo que no tenia deseo alguno que satisfacer.

Un dia fué á visitarla una amiga suya: llegaba llorosa y conmovida, y la opulenta dama le preguntó la causa de su pena.

—Vengo, dijo, de ver á una familia que se está muriendo de hambre.

—¡De hambre! repitió su compañera: debe ser muy curioso eso de ver morirse de hambre, y me alegraria esperimentarlo.

—Puedes conseguirlo al instante.

—¡Yo!

—Sí.

—¿Pero de qué modo?

—Viniendo ahora mismo á ver á esos desdichados.

—¿Pero no les has socorrido tú?

—Llevaba encima muy poco dinero para tan grave infortunio. Figúrate un padre ciego, una madre baldada en una cama, y siete niños que piden pan á gritos.

Las personas ricas no pueden comprender de súbito los horrores de la miseria: así fué que mi amiga oyó este relato con bastante indiferencia: despues tomó su bolsillo, y salió con su compañera.

Cuando se halló en la helada y mísera buhardilla de aquellas pobres gentes, sintió en su alma una impresion dolorosa, punzante, desconocida: pero sintió algo, despues de mucho tiempo que creia á su alma dormida.

Entregó su bolsillo á la pobre madre enferma, sin que pensase contraer en ello mérito alguno: pero aquella mujer besó sus manos ba-

ñándolas en llanto, y todos los niños, conducidos por el pobre ciego, se arrojaron á sus pies colmándola de bendiciones.

Desde aquel dia, su vida tuvo un objeto.

La caridad.

Crueles dolores la han aflijido despues: grandes decepciones la han amargado; pero los dulces recuerdos de la beneficencia la consuelan de todos sus disgustos y sinsabores.

IV.

No son solos los ricos los que pueden practicar el bien.

El que consuela al aflijido con palabras dulces y cariñosas, hace igualmente un inestimable beneficio, y su recuerdo, á pesar de la ingratitud con que puede ser recibido, basta para hacer dichoso á quien lo ha practicado.

Hay tambien recuerdos que matan.

Los remordimientos, los crueles é implacables remordimientos no son otra cosa que los recuerdos del daño que se ha hecho, á los cuales van unidos los recuerdos de las bellas cualidades que poseian las personas á quienes se ha ofendido ó lastimado.

Al hombre le acompañan menos los recuerdos: su vida está llena de realidades mas ó menos penosas, mas ó menos agradables.

Los negocios, la política, la ambicion, absor-

ben todo su tiempo, y ocupan su imaginacion.

Tal vez podria solo conocerse si sus recuerdos son agradables ó dolorosos, en la mayor ó menor tranquilidad de su sueño.

La mujer, por el contrario, relegada al hogar doméstico, retirada en él, tiene muchas veces que acogerse á sus recuerdos para ser dichosa.

A la mujer le está vedada toda ocupacion, toda actividad, fuera del círculo de su familia, y los recuerdos son para ella un mundo mejor, un oasis, en el cual descansa de todos esos dolores vulgares, silenciosos y desconocidos que combaten y envenenan su existencia.

La pradera donde corria cuando niña: los primeros libros que leyó: las oraciones que le enseñaba su madre: los cuentos de la vieja nodriza: los juegos con sus hermanos: la imágen ante la cual rezaba: las memorias de su primer amor: aquellas emociones tan puras, tan castas, tan indecisas, que ni aun despues de mucho tiempo sabe definir: la rama que el viento movia en el bosque: el pájaro que en las alboradas del estío se posaba á cantar en las macetas de su ventana: el primer ramillete que le regalaron y que conserva seco ya en el fondo de una caja: todas estas cosas forman para la mujer un mundo de poesía y de amor, al cual se retira para buscar la calma.

V.

Jamás he podido comprender que una mujer tenga gusto en cambiar á menudo de habitacion.

Dice Alejandro Dumas, que los que rehusan cambiar de domicilio son, por lo regular, personas avaras.

Yo, con permiso del fecundo narrador de cuentos, diré que no soy avara, y que, sin embargo, siento un gran dolor cada vez que he de trocar mi vivienda por otra, aunque gane mucho en el cambio.

¿Y sabeis por qué?

Porque sé cuando entra el primer rayo de sol en mi cuarto, y qué noches llega la luna á los cristales de mi ventana: y porque, como dice Zorrilla:

Siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincon ignorado
do alguna vez se ha gozado
un instante de placer.
Y al dejarle para siempre,
conociendo que le amamos,
un ¡*adios*! triste le damos,
sin podernos contener.

¿Cómo, pues, no amar las paredes que nos han visto llorar, reir, qué han presenciado nuestras venturas y nuestros dolores?

Paréceme que el apego de la mujer á su casa

y á los objetos que la adornan, es innato en su condicion suave, blanda y amorosa: que la constancia en sus afectos es inseparable del culto de los recuerdos, y que un corazon frio, egoista é indiferente es como una anomalía en nuestro sexo, á quien Dios encomendó el cuidado de embellecer el hogar, derramando en él la suave luz de la poesía y del amor.

Haga la mujer todo el bien que le sea posible: ame y socorra á los menesterosos, y por desgraciada que sea su vida, siempre tendrá en sus recuerdos un horizonte sereno á donde volver sus fatigados ojos.

CAPITULO DECIMOQUINTO.

La tolerancia.

I.

Debo hablar de una cosa que he omitido hasta aquí, para dedicarle un capítulo aparte, pues es de gran importancia en la vida de la mujer.

Esta es la tolerancia, que algunos confunden con la indulgencia, y que es, en efecto, muy semejante á esta plácida y encantadora virtud.

No es tan bella, sin embargo: pero es en cierto modo mas útil y mas necesaria.

La tolerancia tiene límites mas estrechos que la indulgencia, y rara vez degenera, como esta, en una perjudicial debilidad.

La falta de tolerancia absoluta puede acar-

rear grandes disgustos, y aun grandes desastres.

No hay nada que mas se tema, y por consiguiente que menos se ame, que una persona escesivamente rigorista: un hombre de carácter duro é intratable inspira temor, y se desea estar siempre lejos de él; pero si estos defectos recaen en la mujer, la hacen insoportable y causan su eterna desgracia.

Es lo mas natural suponer en la mujer un carácter blando, dulce, apacible: un corazon tierno y sensible, y gran flexibilidad de voluntad: nadie se admira de que una mujer sea escesivamente tímida y dócil: pero á lo que nadie puede acostumbrarse es á ver una mujer dura é intolerante.

La que se halla dotada de esos hirientes defectos, no conocerá nunca los encantos de la amistad, ni acaso los del amor.

II.

En sociedad se puede dar á conocer de mil maneras políticas, cuando alguna cosa nos desagrada, y eso sin que sea necesario, para lograrlo, un talento sobresaliente: bastará para ello una buena y distinguida educacion: pero yo doy por regla general y mas segura, el mostrarse ofendido las menos veces posibles ó nunca, que es lo mejor.

Y sabeis por qué?

Porque el ofenderse, además de demostrar mal carácter, rebaja al enojado; al paso que haciéndose el ignorante acerca de los insultos que recibe, haciendo como que no los comprende, dá á conocer que está en su lugar al despreciarlos, y al no fijar en ellos su atencion.

A propósito de esto, y para que el ejemplo siga á los preceptos, os referiré un caso que yo presencié no hace mucho tiempo.

Una señora de mucho mérito, por su juventud, su belleza y su elevada posicion social, frecuentaba una casa que no debiera haber frecuentado por la razon de que no se la estimaba en ella segun se merecia.

Por una estraña obcecacion de la persona que la ocupaba como dueña absoluta, ó tal vez por una envidia tan grande que no alcanzaba á ocultarse bajo el tupido velo de las conveniencias sociales, esta señora, lejos de profesar amistad á la que llamaba su amiga, la detestaba profundamente, y no era por cierto de estrañar si se examinan los motivos que para ello tenia.

La señora de Z era mas jóven, mas bonita y mas rica que su envidiosa amiga.

—¿Por qué iba, pues, á casa de esta? se me preguntará.

El motivo era bien sencillo: amigas desde la infancia, aquella jóven, hermosa y llena de mil bellas cualidades, amaba á la señora de T que tenia muy malos instintos: pero como para que haya malos, ha de haber buenos, esta era sin duda la causa de que no se rompiesen los lazos

de aquella amistad tan tierna y sincera por una parte, tan falsa y mentida por la otra.

—¿Cómo haré yo para echarme de casa á esta insoportable mujer? preguntaba un dia la señora de T á uno de sus mas asíduos visitantes.

—¡Insoportable! repuso este muy admirado; ¿llama V. insoportable á esa mujer angelical?

—Justamente; la llamo insoportable, porque para mí lo es.

—¿Pero por qué causa? ¿en qué ha podido ofender á V.? ¡ella es tan buena, tan dulce, tan amable! ..

—¡Por favor, caballero, basta de elogios! esclamó la dama muy apurada: ya sé todo lo que es: pero aun sé mejor que no la quiero en mi casa, y para que no vuelva, estoy discurriendo un medio que no me es dado encontrar.

—Pues hay uno muy fácil, respondió él.

—¿Uno fácil? ¿cuál es?

—Dentro de tres dias, es su santo de V.

—Es cierto.

—¿Y no suele V. tener algunos amigos de ambos sexos á comer?

—Sí: ¿pero qué conexion tiene...?

—¿No convida V. por esquelas?

—Sí.

—¡Pues bien! no envíe V. esquela de convite á la señora de Z.

—¡Oh! ¡pero eso es una grosería espantosa! esclamó con repugnancia la señora de T: ¡hace mas de veinte años que ese dia come en mi casa!

—Pero no dice V. que desea librarse de su amistad?

—¡Sí!

—Entonces, ¿á qué tener consideraciones con una persona á la cual se aborrece? Para romper para siempre unas relaciones es lo mejor ese golpe: no hay cuidado de que se puedan volver á reanudar!

—Lo pensaré, dijo la señora de T; pero confieso que me cuesta trabajo.

Su consejero no se tomó la pena de responderle, y salió de allí maldiciendo á la envidia y á los envidiosos.

III.

Sin vacilar un instante, encaminó sus pasos á casa de la mujer á quien habia tratado, con sus consejos, de escluir del convite; porque hay personas en la sociedad que se nutren de chismes y miserias, como otras se nutren de obras buenas y elevadas.

Halló á la bella señora de Z sola en su gabinete y leyendo: sentóse, y despues de algunas lisonjas vulgares entró de lleno en la cuestion.

—He tenido un mal rato, dijo con aire triste.

—¿Un mal rato? preguntó la jóven: ¿por qué, amigo mio?

—Porque he oido hablar de Vd. con mucha injusticia.

—¿De mí?

—De V., sí, señora.

El buen amigo se calló, esperando esta pregunta tan natural:

—¿Y quién habla mal de mí?

Pero se engañó: su interlocutora se encogió de hombros y cambió de conversacion.

—¡Cómo! esclamó él: ¿no le importa á V. que la critiquen, que la murmuren?

—No por cierto, amigo mio, porque lo hacen sin razon.

—¿Y eso qué importa, si lo hacen?

—Dejarlos: las calumnias caen siempre por su base.

—¡Pero V. tiene enemigos!

—No lo creo: no puedo creerlo.

—¿Ni porque se lo diga yo?

—Creo mas bien que V. se engaña.

—¡Pero si estoy seguro de ello! esclamó el oficioso exasperado: ¡V. verá cómo le hacen un desaire que no se espera!

—¡Un desaire! ¡á mí!

—¿Quiere V. que le diga cuál?

—No, amigo mio, respondió la señora de Z; jamás me ha gustado sentir males anticipados: ellos vienen sin que se puedan evitar: así, pues, esperaré esa ofensa, que su estremado celo me anuncia, con calma, sin impaciencia ninguna porque llegue.

Y aquí la jóven cambió de conversacion con una perfecta suavidad en la apariencia, pero en realidad con una voluntad tan firme que su vi-

sitante no pudo, por mas esfuerzos que hizo, volverla á traer al terreno que deseaba.

La ofensa, sin embargo, no se hizo esperar.

Agena la señora de Z á lo que pasaba en el corazon de su amiga y á los pérfidos consejos que le daban los envidiosos, preparó su traje conveniente para el dia de su santo, y esperó, no solo la invitacion general, sino tambien la visita particular y amistosa de la señora de T; pero fué en vano; no recibió ni invitacion ni visita.

Este golpe la hirió profundamente, tanto por lo que tocaba á su corazon, cuanto por lo que tocaba á su amor propio: lloró mucho aquel dia: pero á las nueve de la noche, se vistió con su buen gusto acostumbrado, y se dirigió á casa de su amiga, á cuya tertulia iba todas las noches.

IV.

Todos los que la vieron entrar, tranquila, serena, risueña, se quedaron admirados: porque todos sabian la ofensa que habia recibido, y casi todos se alegraban de ella.

Pero la que enrojeció de confusion, fué su amiga: habia pensado que el resentimiento alejaria para siempre de su lado á la que habia ofendido, y que no tendria que soportar el tormento y la vergüenza de verla despues de su ofensa: porque habeis de saber, lectoras mias, que para una persona que aun conserva sentimientos de

delicadeza y dignidad, no hay tormento comparable al de tener que soportar la presencia de una persona á quien voluntariamente se ha ofendido.

La señora de Z se fué derecha al sillon que ocupaba su amiga, le tomó cariñosamente la mano y le preguntó *qué tal habia pasado el dia*: aquella balbuceó algunas palabras desacordes, y luego empezó á escusarse con mucha confusion de no haberla convidado á comer.

—¿Y eso qué tiene de particular, querida mia? respondió jovialmente y bastante alto para ser oida la jóven; cada uno es dueño de tener á su mesa las personas que sean mas de su gusto: yo tampoco hubiera podido venir, porque tenia hoy muchas ocupaciones.

A la primera ocasion que se presentó, no faltó quien se fuera á sentar al lado de la señora de Z, y se lamentase traidoramente de la ingratitud de su amiga para con ella; pero aunque sufria cruelmente, tuvo bastante fortaleza en el alma para disculpar cariñosamente á su amiga, y conservar la sonrisa en los lábios.

Sin embargo, no era aquella mujer capaz de imponer su amistad á la fuerza, porque tenia el convencimiento de lo que sabia: dos dias despues pretestó, para no asistir á la tertulia, una ligera indisposicion: luego fué otra noche al teatro: despues dijo que dedicaba una noche á la semana á arreglar ciertos papeles, sola en su casa, y que otra la destinaba para ir al teatro: por fin, dejó de ir del todo y rompió el último hilo de

aquel lazo que ella habia ayudado á anudar con tanto amor, y que habia querido ahogarla, en recompensa de sus sacrificios.

Todos conocieron y apreciaron la dignidad y el valor de aquella mujer, y la envidia comprendió que no se la podia herir impunemente: su ingrata amiga lamentó eternamente la pérdida de su amistad, como una desgracia irremediable, conociendo que la herida que habia abierto no tenia cura.

Si hubiera ido á casa de su amiga, á llenarla de dicterios: si le hubiera escrito una carta insolente, ó bien si hubiera desaparecido de aquella casa sin volver mas, hubiera dejado al insulto y á la envidia triunfantes.

Su venganza fué digna y generosa, y elevó mucho mas el pedestal de la consideracion que se la profesaba.

V.

La tolerancia es necesaria, no solo con la sociedad y con nuestros amigos, si no tambien con nuestra familia y hasta con nuestros criados.

Es imposible llevar nada en la vida con un rigor estremado: imposible que los que nos rodean lleguen á la perfeccion, qne nosotros mismos no podemos alcanzar.

Exigir que un padre, abrumado de los cuidados que le ocasiona su familia, sea siempre para esta afable é indulgente, es una exigencia que

tendrá decepciones, porque nunca llegará á ser realidad.

Exigir que un esposo, rodeado de las mismas penalidades, sea siempre galante, cariñoso y lisongero, es tambien una utopia imposible de ver realizada: muchos defectos hay que tolerar en la vida social, pero muchos mas en la vida de familia.

Nadie nace perfecto: el carácter tiene sus alternativas, como las tiene el corazon: toda persona que siente, que piensa, es desigual, porque la variedad de sus impresiones se refleja en su esterior y en sus acciones, si no tiene gran dominio sobre sí mismo.

La tolerancia es, pues, uno de los ejes sobre que gira la felicidad humana: cuando alguna accion nos desagrada, es preciso ponernos en el lugar del que nos ha ofendido, y preguntarnos:

—¿Qué hubiera hecho yo en este caso? con su educacion, con sus circunstancias especiales, ¿me hubiera portado yo del mismo modo?

Si así obrásemos, es seguro que casi siempre seriamos tolerantes y hasta indulgentes.

La dureza es bastante comun con los criados: y yo creo que es comprender muy poco sus intereses, el regañar de contínuo á las personas que están á nuestro servicio.

Una señora que reconviene á voces á sus criadas, se iguala con ellas, porque es sabido que esa clase de gentes sin educacion, habla siempre en el diapason mas alto que puede: además, los criados, cuando se ven ultrajados, ó lo están á su

parecer, no escuchan en silencio las reconvenciones, y altercan, olvidando todo respeto y toda consideracion, y muchas veces se despiden por venganza y por el gusto de dejar al cuidado de la señora todos los pormenores del servicio doméstico.

A no haber mucha tolerancia, tampoco lograremos nunca tener amigos: es preciso tomar á las personas con sus defectos y sin la pretension de corregirlas; por el contrario, hay que dispensar estos defectos en gracia de otras buenas cualidades; porque así como no hay libro por malo que sea que no tenga algo de bueno, así tambien no hay persona que no sea apreciable por alguna buena dote.

La murmuracion, ese vicio que tan arraigado se halla en la sociedad, y aun en los círculos mas elevados y escogidos, es enemigo mortal de la tolerancia: y el que hace alarde de él, demuestra, no solo malos sentimientos, sino tambien mala educacion.

El tocado, la figura, los modales, las costumbres de las personas á quienes tratan, ofrecen un incesante pasto á la murmuracion de muchas mujeres: y no pocas veces me he preguntado si serán tan dichosas que la escasez de propios cuidados, les haga pensar tanto en los agenos.

Esas mujeres escuchan con la mayor atencion las conversaciones mas indiferentes, y las comentan despues de mil maneras.

Procuran investigar las costumbres de todas partes, los medios de subsistencia con que se

cuenta, los trajes que tienen sus amigas, y los platos que se sirven á su mesa: saben á qué horas salen, á donde van, quién las visita; en una palabra, por cuidar de la vida agena, puede decirse que se olvidan de la suya.

Las que así viven, las que de eso se ocupan, deben tener una cabeza muy vacía, un corazon muy seco, y una casa muy mal arreglada.

La felicidad y el buen órden de una familia exigen una atencion constante y grandes cuidados: ¿cómo, pues, tendrá bien ordenada la suya, quien solo se ocupa en investigar lo que sucede en las agenas? ¿cómo pensará en lo que le concierne quien solo se ocupa de lo que hacen los demás? es de todo punto imposible combinar el deseo de saber vidas agenas con el cuidado de la propia.

VI.

Las personas mas intolerantes, y mas murmuradoras aprecian y admiran á las indulgentes y reservadas.

Yo he oido decir hace poco tiempo á una persona muy maldiciente:

—Mi amigo N es apreciable hasta el estremo; tiene la mas distinguida educacion, porque jamás habla mal de nadie.

Esto prueba que los mismos que adolecen del defecto de intolerancia, admiran y respetan á los que poseen la virtud contraria.

Un poco de tolerancia en todas las cosas de

la vida nos evita muchas incomodidades, y aun á veces muy graves disgustos: la amistad, sobre todo, es un cambio recíproco de sacrificios de amor propio y de deferencias cariñosas.

Donde no hay tolerancia, es imposible que haya amistad y casi pudiera decirse lo mismo del amor: cada uno ha de disimular los defectos del otro, para que á su vez le disimulen los suyos propios.

Muchas veces se ven reunidas en una misma persona grandes virtudes y grandes defectos; en estos casos, es lo mas regular y positivo que las virtudes estén ocultas y los defectos en relieve: pero entonces es preciso buscar el grano de oro á través de la tosca tierra, y decir como el filósofo:

—El oro, aunque sea entre escombros, siempre es oro.

Si se carece absolutamente de tolerancia, es preciso al menos aparentar que se tiene.

Nada ganariamos con decir á nuestro mejor amigo:

—¡Qué hablador es V.! ó bien:—¡cuánto me fastidian sus largas visitas! ¡qué mal se peina! ¡qué mal gusto tiene para vestir!

Estas imprudentes franquezas, esta espresion de la intolerancia, ofende siempre, hiere el amor propio del que es objeto de ella, y á veces convierte una amistad antigua y sincera en un ódio mortal y eterno.

Sed, pues, lectoras mias, dulces, sóbrias de palabras, afables, y sobre todo tolerantes.

Una mujer dura, irascible, regañona, no puede hacerse amar de nadie.

Su familia la teme, los estraños la aborrecen, y la fama de su mal carácter correrá bien pronto de boca en boca.

Procurad, por vuestro propio bien, escusar las faltas de los demás ante vuestros mismos ojos: y si no podeis menos de condenarlas en el tribunal de vuestra razon, callad con los demás acerca de ellas, y no deis pasto á la crítica publicándolas, porque no ganareis nada en el concepto de los que os escuchen, y os hareis enemigos mortales á los que condenais, con tanta intolerancia como arbitrariedad.

CAPÍTULO DÉCIMOSESTO.

La felicidad.

I.

Si buscamos la felicidad completa en el mundo y sus habitadores, no la encontraremos jamás.

La felicidad existe únicamente en nosotros mismos; su gérmen está en nuestra alma: y en este último capítulo voy á repetir, por la vez postrera, lo que tantas en el discurso de este libro llevo dicho.

Los medios de hallar la felicidad los tiene en su mano la mujer.

Sea religiosa con sinceridad, dé alimentos sólidos al corazon y á la cabeza, y será feliz.

El hastío es el mas implacable enemigo de la felicidad de la mujer, pero el hastío nace de la ociosidad ó del abuso inmoderado de las diversiones.

¡No! No es en los bailes, en los espectáculos, en el bullicio del mundo donde la mujer puede hallar la satisfaccion de su corazon, la paz de su alma.

En esos fútiles devaneos se embotará su inteligencia y el aburrimiento reemplazará muy pronto al placer.

En el centro del hogar doméstico, rodeada de sus hijos y ayudando á su esposo á sobrellevar los trabajos de la vida, es solo como la mujer es feliz.

Dios, en su infinita misericordia, le dió, al mismo tiempo que dolores sin cuento, goces tiernísimos, íntimos y apacibles.

La ocupacion de la felicidad de la familia, el cuidado de su hogar, la lectura, la oracion y el cultivo de algunas flores, bastan para hacer feliz á la mujer de organizacion mas poética y privilegiada.

II.

Para conseguir el alimento saludable del corazon, la mujer debe amar, lo necesita: porque en ello consiste la parte mayor de su felicidad.

La mujer sin amor es una planta estéril é inútil sobre la tierra.

Ame, pues, la mujer y que su amor se estienda á cuanto la rodea.

Lejos de mí la pretension de fijarle el objeto de su amor.

Ame la mujer, cuando vive aun entre las santas paredes de la casa paterna, ame á su criador, á ese Dios tan bueno, tan benéfico, tan amoroso, que llegó á dar la vida de su propio hijo por la salvacion del género humano: á ese Dios que provee todas las necesidades de nuestra vida, todos los afectos de nuestro corazon, todas las aspiraciones de nuestra alma.

Ame á la naturaleza con su sol, sus brisas y sus flores.

Ame á la infancia.

Dios, la naturaleza y los niños pagan siempre nuestro amor.

Ame despues, si su corazon la inclina á ello, á un hombre bueno y honrado que la ampare y proteja, oyendo, al par de sus palabras de amor, las bendiciones de sus padres.

El alimento de la cabeza consiste en el juicio y la reflexion.

Las que creen incompatible la poesía con el órden doméstico y con las ocupaciones útiles padecen un lamentable error.

Todo lo bueno es bello y poetico, ó mejor dicho, poéticamente bello.

Las mujeres, que se entregan á ridículas afectaciones, las que emplean todo su tiempo en estudiar al espejo el peinado, la mirada, la sonrisa y el modo de prenderse, tienen vacío el co-

razon, hueca la cabeza y no serán jamás dichosas.

Y no es, no, que la escasez de su talento tenga la culpa de sus estravíos.

Para que cada una cumpla con sus deberes, basta que tenga principios religiosos y una alma tierna.

El mayor ó menor brillo de la imaginacion, el desarrollo, mas ó menos grande de su inteligencia, no hacen á una mujer modesta ó ridículamente coqueta y afectada.

Una mujer de buenos instintos cumple bien y exactamente todas las obligaciones de su estado.

Es laboriosa, sencilla, dulce y cariñosa y se evita, con sus constantes ocupaciones, caer en tristezas románticas é inmotivadas, hallando en la bondad de su corazon esa suave y benéfica poesía que es la fuente de la verdadera, de la única felicidad que existe sobre la tierra.

Yo creo firmemente que en todo corazon de mujer hay un gérmen, mas ó menos grande, de melancolía, porque, como dice Madame Cottin, la debilidad tierna tiene tambien algo de triste, emanado sin duda de su misma delicadeza.

La imaginacion de la mujer además es viva é infatigable; así, pues, la mujer, que desee precaverse de la tristeza y de los sueños peligrosos de una imaginacion desarreglada, debe rodearse de ocupaciones variadas y que reunan lo útil á lo agradable.

De estas, la primera debe ser el cuidado de la familia.

La felicidad, que ella proporcione á los séres á quienes ama, hará la suya propia y dará á su conciencia esa tranquilidad inmutable, base de una constante alegría.

III.

Como dije al principio de este capítulo, no debemos esperar del mundo la felicidad.

Este proporciona algunos goces, sólidos ó efímeros, que nosotros podemos elegir segun nuestra voluntad.

El mundo dá tambien algunos momentos de dicha; pero yo encuentro, mis queridas lectoras, una gran distancia de la dicha á la felicidad.

La dicha es pasagera y va siempre acompañada del temor de su corta duracion.

La dicha no tiene base, así como no la tienen los castillos de naipes que fabrican los niños, y se viene al suelo con la misma facilidad que esos ténues edificios.

Nosotros mismos nos forjamos la dicha, segun nuestros deseos ó nuestras aspiraciones.

El amante la halla en la espresion cariñosa de los ojos de su amada.

La madre, que es el ser mas generoso de la naturaloza, en padecer por el fruto de sus entrañas.

El político en la formacion de un gabinete que favorezca sus planes.

El músico en oir una melodía de Bellini ó de Verdi.

El poeta en que se agote una edicion de sus poesías.

El autor dramático en que se aplauda una obra suya.

La jóven linda en mirarse al espejo y hallarse graciosamente prendida.

Pero todos los seres que acabo de enumerar, ven eclipsarse brevemente su dicha con las sombras de la duda, de la afliccion ó del desengaño, con una de tantas sombras que velan de contínuo el sol de la ventura en el pobre corazon humano.

La dicha es consecuencia de los goces y los goces son efímeros y pasajeros en esta tierra de lágrimas.

No así la felicidad: hija del cielo, el cielo la envia á llamar á las puertas de nuestra alma, que tambien bajó de la region celeste á nuestro cuerpo.

—Vé, le dice el Criador; vé al mundo: el dorado palacio, la pagiza cabaña, la blanca casita del artista pueden cobijarte; vé, y al que te reciba, cólmale de venturas: hazle el sol mas dorado y brillante, las flores mas aromadas, los manjares mas sabrosos, el lecho mas blando, las brisas mas templadas, la luna mas pura y clara, y el canto de las aves mas dulce y sonoro: vé, mensajera mia: al que te abra su alma, dále alegría perpétua, conformidad en las aflicciones, fervor en la oracion, sinceridad en los afectos, ternura

en la amistad: dále esa indulgencia que, amenguando los defectos de los demás, los haga menos amargos y ofensivos á su propio corazon: dále, para el ser á quien ame, ese amor que tiene su raiz en las entrañas, que se mezcla á la sangre y se encarna en el seno de quien la abriga: ese amor ante el cual no hay dolores, pues hasta el sufrimiento es dulce; ese amor, hijo tuyo, y á quien tu llevas siempre pendiente de tu fecundo seno.

Y la felicidad, al oir las palabras del Eterno, bate sus blancas alas y baja al mundo á llamar á las almas.

¡Ay! ¡Cuán pocos se las abren!

¡La ambicion es el terrible dique, la barrera invencible que se opone al paso de la celeste mensajera!

Ella espera triste durante algunos dias, sentada en los umbrales de aquellas puertas que le cierran, y luego, hambrienta, helada, abatida, remonta el vuelo á la region celeste, rozando con las plumas de sus alas las cabezas de aquellos que no quisieron abrigarla.

¡A cuantos de estos he oido yo esclamar despues de haberla perdido para siempre!

—¿Dónde estás, felicidad, que nunca te hemos conocido?

¡Desdichados! ¡No la espereis jamás!

¡La negra ambicion que alimentásteis, la hizo huir de vosotros!

IV.

No cerreis, lectoras mias, no cerreis vuestras almas á esa hija del cielo!

Los que dicen que en el mundo no hay mas que dolor, ofenden impiamente á Dios.

El ha colocado la felicidad á nuestro alcance y ha dispuesto que la mujer buena la consiga.

No deis entrada jamás á infundadas tristezas.

No lloreis por pequeños contratiempos.

Las lágrimas de impaciencia escitan la cólera de Dios.

Las de afliccion caen todas en su mano y los ángeles de vuestra guarda las convertirán en perlas para tejeros gloriosas diademas que os pondrán en el cielo.

Vosotras, jóvenes que entrais en la carrera de la vida, decid todos los dias:

—Dios mio, hágase en mí vuestra voluntad.

Y cuando algun infortunio entristezca vuestro espíritu, decid pacientemente:

—Dios lo quiere.

De este modo jamás la tristeza hará su presa en vosotras.

Las palabras que os enseño son un fuertísimo escudo en todas las desgracias, en todas las pruebas de la vida.

El demonio de la ira huye despavorido al oirlas.

Rezad, jóvenes, rezad todos los dias á María Santísima.

Vuestra belleza, vuestra juventud serán mas seductoras si se encarna en vuestros corazones una sólida y afectuosa piedad.

Compadeced á esas pobres mujeres que dicen que el rezar es *anti-elegante* y nunca, os lo ruego encarecidamente, nunca las tengais por amigas.

Nada hay mas bello, mas grande, mas poético que nuestra sacrosanta religion; es el primero y el último de los amores de la mujer, ó mejor dicho, es la base de todos sus amores.

Jesucristo es la encarnacion del amor sublime, silencioso, mártir de su propia grandeza.

Su madre es la personificacion de lo mas grande, puro y apasionado que existe.

Si teneis por base de vuestra conducta la religion y el deseo de cumplir con todas vuestras obligaciones, sereis felices; y la apacible igualdad de vuestro carácter, reflejo de vuestra alma tranquila, hará tambien constantemente venturosos á cuantos os rodean.

El amor al trabajo es quizá lo que mas contribuye á hacernos felices, y un entendimiento alimentado con lecturas útiles y agradables no se deja sorprender por quiméricas visiones, ni por el tédio, esa fatal enfermedad, cáncer enconado de nuestra sociedad moderna, en la cual todo se analiza y se desea constantemente *el mas allá* que pocas veces se consigue encontrar.

¡Ah! ¡Ese *mas allá* es el cielo!

Allí encontraremos la verdadera, la inmutable, la eterna felicidad.

La que podemos gozar en la tierra la tenemos en nuestra mano, pues nos es dado lograrla con la paz interior de una tranquila conciencia.

No pidais al mundo mas de lo que puede daros.

No creais las que sabeis sentir, que sois seres privilegiados sobre todos los demás.

No gimais como desterrados en el seno de vuestra familia, de vuestros amigos.

No tengais ambicion.

Perdonad las injurias.

Ejercitad la caridad.

Tened fé sincera.

Amad vuestros hogares.

Cuidad de las gracias que Dios os ha dado.

Sed templadas, dulces, modestas, dignas, mas dres cuidadosas, esposas ejemplares.

Tened esperanza en Dios.

Orad con el corazon y sereis felices, yo os lo aseguro: ¡sereis felices!

V.

Hace poco tiempo leí en un periódico un artículo que llevaba el mismo título que este y la firma de una mujer.

¡Pluguiese á Dios que jamás se hubieran fijado en él mis ojos!

Dos cosas hallé en él y ambas lastimaron cruelmente mi corazon: una mujer descreida y un análisis impío de todas las obras, de todos los decretos del supremo juez.

Segun aquella desgraciada autora, todos los mortales, y en especial la mujer, han nacido únicamente para el llanto, para el sufrimiento, para la desesperacion.

No tenemos una hora de placer.

No tenemos goce ninguno.

Por todas partes el engaño, la desolacion y los fantasmas horribles de un mundo poblado de maldades y de perversos habitadores.

¡Ah, no! ¡Las que hayais leido ese artículo, no creais verdades sus desoladoras utopias!

¡No! ¡La felicidad existe!

La vida es buena y hermosa, y está llena de amor, de goces, de ternura, y embellecida con el sol, las flores y la luna que el Señor Eterno nos ha dado.

El que cuida del sustento de las míseras avecillas, el que se interesa y vela por la suerte del mas pequeño reptil, ¿crearia á la mujer únicamente para llorar y sufrir?

¿A la mujer, en cuyo seno tomó carne su hijo?

¿A la mujer, simbolizada en María, gloria, delicia y hermosura del cielo?

Creedme, bellas jóvenes, que dais el primer paso en la carrera de la vida.

Creedme, madres tiernas, cuya fé vacila ante tan aflctivos sofismas.

El camino de la virtud es ancho, hermoso, y está sembrado de flores; de flores aromadas que deleitarán vuestros sentidos, si teneis fé y religion.

¿Qué son la devocion, el amor, la resignacion, sino flores de riquísimo perfume que hacen olvidar los abrojos que brotan tambien á su lado?

Que la mujer sufre es indudable.

¿Por qué seria poética y bella si no por el prestigio que ejerce su corona de espinas y por el encanto de su debilidad?

Pero en cambio, la mujer, que es buena, se ve rodeada de amor y de purísima felicidad.

Adolescente, la recompensa de sus virtudes, el contento de sus padres.

Esposa, el amor, la estimacion y la confianza de su esposo.

Madre, las tiernas caricias de sus hijos.

Anciana, el amor inocente de los nietecillos que acarician sus plateadas trenzas y besan sus demacradas manos.

¡Ah, sí! La mujer, lejos de los fantasmas de la gloria, humo siempre; de la ambicion, que es la tortura, la sed hidrópica del alma, de la ciencia, eterno afan de muchas míseras existencias: la mujer, nacida para los dulces goces del hogar, para el amor, para la vida íntima, tiene mas elementos de felicidad que el hombre, dominado por estas pasiones.

La mision de la mujer en el mundo es curar las heridas que dichas pasiones abren, y la que la cumple es indudable que dirá conmigo:

—¡No, no es una quimera, no es un sueño la felicidad! La virtud nos la da en la tierra y Dios nos la guarda mas completa en el cielo, premiando en su bondad el que hayamos sabido alcanzarla, creyendo, esperando y amando.

La mujer que se queja de su suerte comete una impía ingratitud.

El Supremo Hacedor la ha creado adorable por sus virtudes, angelical por su belleza, amable por su dulzura, é interesante por su misma debilidad.

¡Sí, hay felicidad! Pero casi siempre está entre las débiles manos de la mujer.

Si, como espero, llega el dia venturoso en que todas las mujeres sean, por su educacion, lo que deben ser; si todas llenan la sublime mision, que Dios y la naturaleza les han confiado, el hombre descreido gritará con férvido entusiasmo:

¡HAY FELICIDAD! ¡DIOS ES TODO MISERICORDIOSO!

CONCLUSION.

I.

Termino aquí *El Angel del Hogar*.

Mi pluma no se ha fatigado con la tarea de escribirlo, que ha sido harto grata para mí, y va á ocuparse inmediatamente en nuevos trabajos, que os ofreceré, lectoras mias, sin detencion alguna.

Yo he querido reunir en este libro la educacion moral de la mujer, es decir, la sólida y provechosa educacion, pues, por muy brillante que sea la intelectual, de poco ó de nada puede servirle, mientras la moral no sea completa y bien entendida.

He procurado daros, lectoras mias, en este libro, reglas generales para educar á vuestras hijas, ó para que vosotras mismas encontreis la

verdadera felicidad: esa felicidad que tantas pobres mujeres miran huir desconsoladas, y lloran perdida despues con la mayor amargura, sin que puedan atinar el motivo porque se les escapa; y tengo la satisfactoria conviccion de que, si leeis con reflexion estos artículos, alguna vez encontrareis el motivo que hace que esa dicha desaparezca: quizá podreis asirla, antes de que os abandone por completo, ó recuperarla, si por desgracia la habeis perdido.

Dolores hay, sin embargo, en la vida de la mujer, que por mas que otra mujer los adivine y sea escritora, no puede hablar de ellos, ni, por consiguiente, consolarlos.

Para esos dolores, buscad alivio en las santas verdades, en los sublimes preceptos de nuestra grandiosa religion, pues para ella no hay pliegue oculto en el corazon humano.

Yo abrigo una creencia, que quizá será supersticiosa, pero que no debeis estrañar, porque toda alma tierna tiene algunas preocupaciones.

Una de las mias, consiste en creer que la mujer buena nunca es completamente infeliz, aunque la desgracia la oprima con su férrea mano.

II.

La sociedad, por mas que digan los filósofos modernos, no adelanta en corrupcion.

Por el contrario, cada dia descubre nuevos gérmenes de virtud.

Casi todas las faltas tienen por base la ignorancia ó la alucinacion acerca de los propios sentimientos.

Lo repito: la vida es buena y hermosa, embellecida por los afectos y por la virtud.

Para el que corre de desórden en desórden, llega un dia en que la existencia se convierte en un páramo desierto ó erizado de espinas.

La vida no son los placeres, los bailes, las diversiones, sobre todo, para la mujer.

Esa existencia fútil, disipada, acaba con la salud, anticipa la vejez, embota el entendimiento.

La que se entrega tanto al mundo, que no cuida de refrescar el corazon con la virtud; la que deja eclipsar su inteligencia con las sombras de la vanidad, de la lisonja, del egoismo, ¿qué guardará para cuando el mundo la abandone?

Ni la hermosura, ni la riqueza, ni la hidalga cuna pueden hacer, por sí solas, dichosa á la mujer, y mas de una vemos, dotada de todas estas ventajas, que gime torturada por un dolor sin nombre, por una desesperacion sin término.

La felicidad la encuentra la mujer en su casa, en medio de su familia: allí es la reina, la señora; aun mas: allí es la Providencia.

Si ocupa su vida en el trabajo, en el amor, en la amistad, y los ratos de ócio en la lectura y en el cultivo de esas graciosas habili-

dades, hechizo y encanto del hogar doméstico; si desconoce la envidia y tiene piedad y creencias religiosas, si educa á sus hijos para hacerlos hombres de honor y á sus hijas para que sean á su vez buenas y ejemplares madres de familia, entonces podrá decir cada noche al arrodillarse en su reclinatorio:

—¡Gracias os doy, Dios mio, por haberme hecho tan feliz!

¡Admirable bondad la de Dios, que nos ha dado la ventura, por premio de la virtud, y que la galardona además con una gloria eterna!

¡Solo nuestra religion es tan próvida, tan benéfica y tan dulce!

La educacion moral de la mujer, hasta el dia tan descuidada, es lo que ha de mejorar á nuestra sociedad: esa educacion, base de todas las virtudes y fuente de la verdadera, de la constante felicidad.

III.

Terrible compañero de la vida de la mujer es el dolor.

Si esta le acoge por primera vez en su corazon, se adhiere á él, sin que ningun esfuerzo de las personas que la aman, sea bastante á ahuyentarle.

Siéntase por la noche á la cabecera de su lecho.

Aleja el sueño de sus ojos, y se posa, abrumador y frio como el hierro, sobre aquel corazon desventurado que le acogió.

Tal vez acaba por triturar el seno que le dió apoyo, y solo consiente en alejarse cuando ya ha sorbido toda la sávia de la desdichada en quien hizo presa.

No le acojais jamás, queridas lectoras mias.

El dolor cambia en agrio y adusto el carácter mas bello, y agota la generosidad, porque el que sufre no puede ser compasivo.

Cuando alguna pena os aqueje, pedid á Dios un consuelo para ella, y en seguida tened ánimo para buscar su remedio.

Nada hay en el mundo que no pueda remediarse con el auxilio de Dios y de su divina madre.

No hablo yo de esos dolores naturales, originados por la pérdida de una persona amada.

Esos dolores no gangrenan el alma, ni tornan irascible el carácter: antes por el contrario, degeneran en una melancolía dulce y consoladora para el alma.

Me refiero á otros dolores, forjados á veces por el acaloramiento de nuestra imaginacion, y que, por lo tanto, no tienen consuelo en lo humano.

De este número son los celos, injustos casiempre, y sin alivio las mas veces.

¡Sí! Las pobres mujeres, devoradas por ese mónstruo terrible, son los seres que mas compasion me inspiran en el mundo: y no puedo

ofrecerles mas escudo para oponer á sus sangrientas mordeduras, que la práctica de la virtud y el noble orgullo que es la base de la dignidad de la mujer.

Es una verdad incontestable que la mujer digna es á lo menos respetada y estimada sinceramente por la sociedad, y por el mismo que la amaba en otro tiempo.

IV.

La religion es la que coloca á la mujer en el pedestal mas elevado que, por su condicion, puede ocupar.

Ved si no á las pobres mujeres de Oriente, constituidas en esclavas, porque la religion no ha enclavado aun en aquellas regiones su triunfante bandera.

No las ennoblece ni el amor, ni la maternidad, y viven sujetas á *un amo*, y reducidas á acatar como leyes todos sus brutales caprichos.

Contempladla en Europa.

Vedla rodeada de prerogativas y consideraciones, ennoblecida, reina, en fin, de su hogar, y si es digna de ello, señora muy amada de su esposo y de sus hijos; esta posicion envidiable la debe solo á nuestra santa y hermosa religion.

Y ved asimismo como entre nosotras la mujer mas virtuosa y digna es tambien la mejor considerada.

¡Ah, sí! Por mas que contempleis, bellas é inocentes jóvenes, los triunfos de las coquetas y *mujeres de moda*—en la acepcion verdadera de esta palabra,—por mas que mireis, castas y tiernas, esposas, las conquistas y devaneos de las que son vuestra antítesis, creedme á mí, que tengo el poco envidiable instinto que hace conocer los pliegues del corazon humano y las llagas de la sociedad; creedme y me dareis gracias algun dia por haber puesto ante vuestros ojos esta verdad:

NO HAY FELICIDAD POSIBLE, SI LA CONCIENCIA NO ESTÁ PURA Y EL ALMA LIMPIA, COMO LA MAGESTAD DEL GRANDE Y PODEROSO DIOS QUE LA HA FORMADO.

Si he conseguido el fin que me propuse al empezar á escribir este libro; si os he hecho conocer cual es el modo de ser *El Angel del hogar*; si he dado algun consuelo á vuestras afiicciones, están cumplidos todos mis votos, y solo me resta dar gracias á la Madre de Dios, por haberme concedido el bien inestimable, que con tanto fervor le pedí al tomar la pluma para dirigirme á vosotras; LA FELICIDAD DE SER UTIL A MI SEXO.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ULTIMO

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Páginas

Cap. I. *La resignacion*. 5
Cap. II. *La bondad y la amabilidad*. 17
Cap. III. *La reserva y el disimulo*. 31
Cap. IV. *La envidia y los celos*. 43
Cap. V. *Un marido débil.—Una madre enamorada de su hija.—Clemencia y Paulina*. . 56
Car. VI. *El vestido blanco.—Una noche en el teatro.—La belleza y la gracia.—El conde S...—Casamiento de Paulina*. 67
Cap. VII. *La mano de Dios.—El trabajo.—Para lo que sirven las habilidades.—El ramo de violetas y la paloma*. . . . , ... 81
Cap. VIII. *Martirio sin gloria.—Heroismo del amor filial.—Por fin la felicidad*.. 93

Páginas.

CAP. IX. *La modestia*. 106
CAP. X. *La amistad*. 117
CAP. XI. *La fé*. 129
CAP. XII. *La esperanza*. 146
CAP. XIII. *La caridad*. 158
CAP. XIV. *Los recuerdos*. 169
CAP. XV. *La tolerancia*. 179
CAP. XVI. *La felicidad*. 193
CONCLUSION. 206

FIN DEL INDICE.

BIBLIOTECA

MORAL Y RECREATIVA.

UN TOMO CADA MES.

OBRAS DE

OCHO RS. CADA TOMO.

MARIA DEL PILAR SINUÈS DE MARCO.

Los tomos de esta biblioteca, compuesta únicamente de obras de la señora Sinues de Marco, tendrán de 250 á 300 páginas. El papel es superior y los tipos nuevos.

TOMOS PUBLICADOS.

El lazo de flores, novela.....	1	Tomo.
La rama de sándalo. Novela.....	1	Id.
El ángel del hogar.—Estudios morales acerca de la mujer.—Tercera edicion.	3	Id.

TOMOS QUE SE REPARTIRÁN SUCESIVAMENTE Á LOS SEÑORES SUSCRITORES.

A la sombra de un tilo.—Novela....	1	Id.
Dos venganzas.—Idem.....	2	Id.
El sol de invierno.—Novela basada en la comedia que, con el mismo título, se ha representado con estraordinario éxito.....	2	Id.
Margarita.—Novela.—(Tercera edicion.)	1	Id.
La virgen de las lilas.—Idem.....	1	Id.

Todos los suscritores que adelanten el importe de los seis primeros tomos **recibirán** á vuelta de correo un ejemplar de la COLECCION DE CUENTOS MORALES, escritos por la señora *Sinués de Marco* con el título de

A LA LUZ DE UNA LAMPARA.

cuya obra, que forma un elegante volúmen, se halla de venta á razon de **s i s ales** cada ejemplar en la administracion, calle de Trujillos, núm. 3, cuarto segundo, y en las principales librerías, en cuyos puntos se reciben tambien suscriciones á la BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA.

OBRAS PUBLICADAS

DE LA SRA. SINUES DE MARCO

Y QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA ADMINISTRACION, CALLE DE TRUJILLOS, NÚM. 3, CUARTO SEGUNDO.-MADRID.

La ley de Dios. Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo; edicion ilustrada con diez láminas y el retrato de la autora. Esta obra ha sido aprobada de texto para las escuelas de instruccion primaria, por real órden de 26 de abril de 1860, y justipreciada en 28 reales cada ejemplar.

El ángel del hogar. Obra moral y recreativa dedicada á la mujer. Segunda edicion.—42 reales en Madrid y 46 en provincias. (No hay ejemplares.)

Margarita. Novela original.—Segunda edicion.—8 reales en Madrid y 9 en provincias. (Se ha agotado la edicion.)

Rosa. Novela original.—Tercera edicion.—5 reales en Madrid y 6 en provincias.

Amor y llanto. Coleccion de leyendas históricas.—Segunda edicion.—9 reales en Madrid y 10 en provincias. (No hay ejemplares.)

Los títulos de las leyendas, de que consta esta coleccion, son:—La corona de sangre.—Luz de Luna.—La princesa de los Cáspios.—La hermana de Velazquez.

Premio y castigo. Novela original.—Segunda edicion.—6 reales en Madrid y 7 en provincias.

La diadema de perlas. Novela histórica.—Original.—Segunda edicion.—4 reales en Madrid y 5 en provincias. (Se ha agotado la edicion.)

Flores del alma. Coleccion de poesías.—Edicion de lujo.—10 reales en Madrid y 12 en provincias.

Cantos de mi lira. Coleccion de leyendas en verso.—Segunda edicion.—9 reales en Madrid y 10 en provincias.

Esta coleccion va precedida de un prólogo del Sr. don Juan Antonio Viedma, y se compone de las siguientes leyendas.—El Angel de la muerte.—El palacio de los génios.—Las dos sultanas.

Fausta Sorel. Novela original.—Dos tomos.—Edicion ilustrada con magníficas láminas.—56 reales en Madrid y 60 en provincias.

Un nido de palomas Novela original.—8 reales tanto en Madrid como en provincias.

A la luz de una lampara. Coleccion de cuentos morales.—6 reales tanto en Madrid como en provincias.

Los precios de estas obras en Ultramar y el Estranjero, los fijarán los corresponsales.

La persona que quiera adquirir cualquiera de estas obras, no tiene mas que dirigirse á la administracion acompañando el importe del pedido en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro y la recibirá Franca de porte *á vuelta de correo.*

Esta obra y las demàs de la señora Sinués de Marco, se hallan de venta en las principales librerias y en la administracion, calle de Trujillos, nùm. 3, cuarto segundo, à donde se dirijirán los pedidos.

MADRID:—1862.

IMPRENTA ESPAÑOLA, *Torija*, 14.